# Su Querida Duquesa

Una novela de la Regencia

Catherine Bilson

# Su Querida Duquesa

Una novela de la Regencia

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Copyright en inglés 2024

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

# Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Epílogo

23. La Novia Dijo No - Capítulo de muestra

Otros libros de la autora Catherine Bilson



# Capítulo Uno

—¿ESTÁS LISTA, QUERIDA MÍA? —PREGUNTÓ LORD LYMSEY, Y Lady Aurelia recogió sus faldas de seda, tomó todo el aire que sus ajustadas ballenas le permitían y asintió. Su padre correspondió con un asentimiento, pero fue su hermano Louis quien le ofreció el brazo a Aurelia, guiándola por los relucientes escalones de mármol blanco de Stowe House.

Por supuesto, no estaban solos. La mitad de la alta sociedad subía también por las escaleras, ansiosos por entrar en la magnífica casa que no había acogido una celebración en más de una década. El Duque de Stowe organizaba un baile, y una invitación era la más codiciada de la ciudad, especialmente porque los chismosos decían que el primo y heredero del duque, Lord Grantleigh, era el favorito para ganar la mano de la debutante más hermosa del año, la hija mayor del Conde de Lymsey.

Lady Aurelia Cole, la de los rizos dorados, ojos marrones derretidos y piel tan perfectamente suave y tersa como un melocotón fresco, hija de un político whig muy influyente y dotada con veinte mil libras.

—Todos me están mirando —susurró Aurelia mientras Louis la conducía para unirse a la fila de recepción.

—Me atrevo a decir que están apostando sobre si esta noche se anunciará el compromiso —respondió Louis con naturalidad, y ella le pellizcó el brazo.

—¡Sabes que no será así!

—Solo porque mamá le ha indicado a papá que mantenga a Grantleigh a raya hasta que hayas tenido una temporada completa. —Louis le dirigió una mirada cariñosa—. Ha estado esperando para proponerte matrimonio desde que cumpliste dieciséis, duendecillo.

Una sonrisa tiró de los labios de Aurelia a pesar de los nervios que le revolvían el estómago. Su hermano y Nathan Wallace, Lord Grantleigh, habían sido mejores amigos desde sus días en

Eton. Seis años menor, ella los había seguido cada vez que Nathan venía a casa con Louis durante las vacaciones, lo cual era frecuente, ya que su padre era diplomático y sus padres pasaban gran parte de su tiempo en el extranjero.

No fue hasta que Aurelia cumplió quince años que Nathan realmente se fijó en ella; él y Louis estaban en su último año de estudios en Cambridge entonces. Él había sido indiferente con ella hasta entonces, pero después de no verla durante un par de años debido a un período de luto tras la muerte de su padre, su floreciente belleza lo tomó por sorpresa. Ella, por supuesto, había estado alimentando un enamoramiento por el apuesto amigo de su hermano durante años, así que cuando él correspondió a su interés, fue como un sueño hecho realidad.

Naturalmente, era demasiado joven para casarse, y sus perspicaces padres vieron hacia dónde soplaba el viento y se aseguraron de que nunca estuviera a solas con Nathan. Y a pesar de sus súplicas, ni su padre indulgente ni su madre despreocupada considerarían que se comprometieran hasta que Aurelia hubiera sido presentada en la corte y hubiera tenido al menos una temporada completa para, como decía su madre, "asegurarse de que no haya nadie más a quien prefirieras".

Aurelia suspiró suavemente mientras la fila avanzaba un poco y alcanzó a ver a Nathan; tan alto y apuesto en su impecable frac de noche color borgoña, parecía aburrido hasta la médula por tener que estar de pie e intercambiar cortesías con todos los que llegaban.

—No estires el cuello, Aurelia —la reprendió Lady Lymsey en voz baja, sin mover apenas los labios al pronunciar la reprimenda.

—Sí, mamá —dijo Aurelia obedientemente, y pellizcó a su hermano de nuevo cuando este soltó una risita. No era justo, pensó rebeldemente, cómo las jóvenes damas tenían que seguir tantas reglas que apenas podía recordarlas todas, y sin embargo los jóvenes como su hermano podían comportarse como quisieran. Vaya, ni una palabra se había dicho aún sobre que Louis buscara esposa, y tarde o temprano tendría que hacerlo, para producir el próximo heredero del condado de Lymsey.

Muchas debutantes bonitas miraban a Louis por encima de sus abanicos, riendo tontamente y sonrojándose si él tan solo miraba en su dirección, notó Aurelia, y sin embargo, él ni siquiera las miraba. En su lugar, estaba devolviendo la sonrisa atrevida de una hermosa mujer con un dramático vestido de satén negro y rojo.

—¿Quién es esa? —preguntó Aurelia.

—Nadie que debas conocer. —Louis desvió rápidamente la mirada.

—Sospecho que tampoco es alguien que tú deberías conocer —dijo Aurelia secamente.

Sonrojándose, Louis intentó desviar su atención preguntando:

—¿Puedes ver al duque ya?

Aurelia se inclinó ligeramente hacia la derecha en un intento de ver. La madre de Nathan, Lady Grantleigh, era visible ahora en su lado más alejado, y junto a ella Aurelia apenas podía distinguir el brazo de manga oscura de otro hombre. Ese debía ser el Duque de Stowe, el sobrino de Lady Grantleigh y primo de Nathan.

—Todavía no —le dijo a Louis—. ¡Es tan curioso que nadie sepa siquiera cómo es!

—No es tan extraño, ha estado en el continente estos últimos doce años. El viejo duque era aparentemente un hombre bestial, y su hijo se escapó para unirse al ejército cuando tenía solo dieciocho años. ¡Como soldado raso, si puedes creerlo! —Louis sacudió la cabeza con incredulidad.

Aurelia tampoco podía imaginar realmente qué podría haber llevado a un chico de su edad a huir de su hogar de esa manera, pero ciertamente sus simpatías estaban comprometidas. Se inclinó y estiró el cuello de nuevo, hasta que el siseo de reproche de su madre la hizo retroceder.

—¿Grantleigh recuerda algo de su primo? —le preguntó a Louis.

—No mucho. Como heredero, Stowe no fue enviado a Eton, sino educado en casa, de lo contrario probablemente yo también lo habría conocido, aunque es mayor que yo. Grantleigh dice que solo recuerda que Stowe era muy callado.

—¿Y Stowe solo ha regresado hace unas semanas? —insistió Aurelia.

—En efecto. Heredó hace dos años cuando el viejo duque murió, pero para entonces estaba haciendo algo muy importante con el ejército que no estaba dispuesto a dejar, así que no se fue hasta después de que el viejo Boney fuera finalmente capturado y enviado a Elba.

—¡Pero lo enviaron allí hace meses!

Louis se encogió de hombros.

—Tal vez Stowe no quería volver en absoluto.

Esa explicación tenía tanto sentido como cualquier otra, supuso ella. La fila avanzó un paso o dos, y ella se movió con ellos, ahogando un pequeño suspiro de impaciencia.

Stowe tenía treinta años, que era todo lo que sabía de él aparte de lo que Louis acababa de contarle. No había visto a Grantleigh desde que Stowe regresó a Inglaterra, convocando a su heredero perentoriamente a Stowe Park en Oxfordshire.

Entonces, hace unos días, Lady Grantleigh les llamó y les informó que estaba organizando un gran baile en la residencia de los Stowe en la ciudad para dar la bienvenida al duque de regreso a Inglaterra.

No había duda de que harían otra cosa que aceptar, por supuesto. Lady Grantleigh se había convertido en una gran amiga de los Lymsey desde la muerte de su esposo y su propio regreso permanente a Inglaterra. Aurelia apreciaba mucho a la mujer mayor, de hecho, pensaba que no podría pedir una futura suegra más amable.

Lady Grantleigh la miró en ese preciso momento, ampliando la sonrisa en su rostro mientras se estiraba para tirar de la manga de su hijo. La expresión aburrida de Grantleigh desapareció en un instante cuando vio a Aurelia, reemplazada por una amplia sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa, pensando en lo apuesto que se veía, con su cabello oscuro despeinado con estilo y su abrigo perfectamente cortado resaltando su altura.

El grupo frente a los Lymsey avanzó, y Aurelia finalmente tuvo su primer vistazo del duque.

Stowe tenía el mismo cabello oscuro y ojos que su tía y su primo, y era de una estatura similar a la de Grantleigh, pero ahí terminaban las similitudes. Mientras que Grantleigh era alto y delgado, los hombros de Stowe parecían tensar las costuras de su abrigo negro. Lejos de tener la palidez de moda, la piel de Stowe lucía un bronceado que hablaba de muchas horas al aire libre en todo tipo de clima, y aunque Aurelia estaba segura de que su ayuda de cámara lo había afeitado cuidadosamente para el baile, la sombra de su barba ya comenzaba a oscurecer su mandíbula cuadrada.

No había sonrisa en los labios de Stowe cuando dirigió su atención a Lord Lymsey, pero inclinó la cabeza en un pequeño gesto de respeto mientras Lymsey hacía una reverencia.

—He leído informes de sus discursos en el Parlamento, milord —dijo Stowe con una voz baja y profunda que, sin embargo, cortaba eficazmente el murmullo que los rodeaba—. Me siento honrado de que un político whig tan prominente honre esta casa con su presencia, y me gustaría asegurarle que, aunque mi padre era un ferviente tory, mis simpatías están completamente con su causa.

—¡Excelente! —El padre de Aurelia parecía encantado—. Espero darle la bienvenida a su escaño en los Lores cuando el Parlamento se reúna de nuevo, Su Gracia.

—Ejem —dijo Lady Lymsey, y el conde pareció avergonzado.

—Perdón, perdón. Lady Lymsey, Su Gracia, y mi hijo el vizconde Coleworth, y nuestra hija Lady Aurelia Cole.

Stowe hizo una reverencia a Lady Lymsey con una gracia sorprendente para un hombre tan grande, saludó a Louis con una especie de reserva distante, e hizo otra reverencia a Aurelia. Esperando impresionarlo —después de todo, como primo de Grantleigh y cabeza de la familia,

su desaprobación acabaría con cualquier posible unión— ella hizo la reverencia más profunda que pudo manejar con gracia.

Nunca había conocido a nadie con ojos tan oscuros; eran casi negros, pensó Aurelia, mientras Stowe la miraba brevemente a los ojos. No hubo cambio en su expresión cuando habló con esa voz baja y autoritaria.

—Su presencia engalana mi hogar, Lady Aurelia. Espero que disfrute de la velada.

—Gracias, Su Gracia. —Reconociendo la cortés despedida, Aurelia se retiró, sintiéndose extrañamente conmovida. Aunque Stowe la había mirado solo por unos momentos, tenía la extraña sensación de que había mirado directamente en su alma.

—Ay —se quejó Louis mientras subían las escaleras hacia el salón de baile, y Aurelia miró hacia abajo para ver que estaba clavando sus dedos en el antebrazo de él a través de la manga de su abrigo.

—Lo siento.

—No pasa nada, Aur. ¿Qué ocurre, te sientes un poco nerviosa? Después de todo, todas las viejas cotillas te estarán observando esta noche.

—No estaba nerviosa hasta que dijiste eso. —Ella lo fulminó con la mirada. Inafectado por la furia fraternal, Louis se encogió de hombros.

—Estas cosas son todas iguales. Yo bailaré contigo, Grantleigh bailará contigo, y luego todos los jóvenes idiotas aquí se retarán a duelo por conseguir un lugar en tu tarjeta de baile.

—Oh, para ya. —Se detuvieron un momento en lo alto de las escaleras ya que había un atasco en las puertas del salón de baile, y Aurelia de repente se estremeció. Tenía la extraña sensación de estar siendo observada.

Girándose, miró discretamente hacia abajo, y para su asombro descubrió que era el Duque de Stowe quien la observaba, de hecho la miraba fijamente, hasta que su tía tiró de su manga y él volvió su atención a la dama frente a él que esperaba su atención.

La misma dama del vestido negro y rojo que había captado tanto la atención de Louis, notó Aurelia, que incluso ahora se balanceaba acercándose a Stowe y posaba su mano en su manga.

Stowe se tensó y retrocedió ligeramente, la dama retiró su mano, y Stowe volvió a mirar a Aurelia.

—Vamos, Aur, tendrás que esperar a que Grantleigh cumpla con su deber —dijo Louis, obviamente malinterpretando la dirección de su atención—. Yo bailaré contigo el primero si él no llega a subir a tiempo.



Lo habían pillado mirando fijamente.

Dos veces.

Rhys Marlowe, ex coronel del ejército de Su Majestad y ahora, para su desgracia, Duque de Stowe, apartó rápidamente la mirada de la princesa de cuento en lo alto de las escaleras.

—¿Estás bien, querido? —preguntó su tía en voz baja, notando obviamente su falta de atención —. Lamento lo de la señora Grable-Smithee.

—¿Quién?

Lady Grantleigh alzó las cejas, y luego inclinó la cabeza para mirar más allá de él hacia las escaleras.

Afortunadamente, la princesa de cuento había desaparecido de la vista. Stowe le dio a su tía una sonrisa sin sentido.

—Solo estoy cansado de estar de pie esperando que comience la acción —dijo, y ella pareció aceptarlo, asintiendo y mirando el reloj de pie en la pared opuesta del vestíbulo.

—Cinco minutos más y dejaremos que los sirvientes se encarguen de mostrar la entrada a los que lleguen tarde —le informó—. Sé que Nathan está ansioso por reclamar a Lady Aurelia para un baile.

Ese era el nombre de la princesa de cuento, y Stowe miró a su tía, alzando las cejas.

—¿Grantleigh conoce a la dama?

—En efecto; él y el vizconde Colesworth han sido íntimos amigos desde Eton.

Con más invitados por presentar, Stowe tuvo que contener sus preguntas hasta que disolvieron la línea de recepción y ofreció su brazo a su tía para escoltarla escaleras arriba, notando que Grantleigh ya se había apresurado a subir delante de ellos.

—¿Grantleigh tiene un entendimiento con Lady Aurelia? —preguntó Stowe.

—Aún no. Ella acaba de cumplir dieciocho años, y sus padres quieren que tenga una temporada completa antes de permitirle comprometerse.

El tono confiado de su tía declaraba que ella consideraba el compromiso como un hecho consumado, y Stowe pensó que probablemente tenía razón, aunque la hija de un conde tan poderoso como Lymsey podría aspirar a algo más alto que un simple baronet si lo deseara. Grantleigh era adinerado y su padre había ganado su baronía al servicio del reino. Con ambiciones de servir en la Oficina de Asuntos Exteriores, Grantleigh era sin duda aceptable

como futuro yerno para Lymsey, quien Stowe dudaba fuera del tipo que intentara casar a sus hijas para su propio beneficio.

La princesa de cuento se vería bien del brazo de Grantleigh, pensó Stowe, su delicada belleza dorada complementaría perfectamente la altura y el atractivo moreno de él.

No estaba realmente seguro de por qué la mera idea le hacía sentir tan melancólico. Por supuesto, su tía había declarado su intención de presentarle a todas las damas elegibles de Londres para que pudiera elegir una novia lo más rápido posible, pero descubrir que su primo estaba prácticamente comprometido con la única que hasta ahora le había intrigado era algo desalentador.

Había habido un sinfín de jóvenes hermosas —y algunas no tan jóvenes— pasando por esa línea de recepción, pero algo en Lady Aurelia había captado su atención. La había visto mientras entregaba su capa a un lacayo, su vestido blanco de corte sencillo con un fino sobrestido plateado y vaporoso de alguna manera llamaba más la atención que los vestidos extravagantes que otras damas se habían puesto en sus esfuerzos por atraer su mirada. Pequeños capullos de rosa de tela blanca estaban prendidos en su cabello dorado recogido, una sola perla blanca colgando de una fina cadena en el hueco de su garganta.

Parecía la personificación de la elegancia y la pureza, y la vivacidad brillante en sus ojos marrones mientras miraba a su alrededor mantuvo su mirada mucho después de que debería haber dirigido su atención a otra parte.

Había decidido pedirle un baile mientras avanzaba por la fila, pero de cerca quedó casi mudo por lo hermosa que era, por la profundidad de esos hermosos ojos mientras lo miraba. Murmuró alguna frase hecha torpe y ella se había alejado mucho antes de que él reuniera el ingenio suficiente para pedirle bailar.

Ahora, no podía. No sin invadir el territorio de su primo, y Grantleigh ya tenía que vivir bastante a su sombra.

Los músicos tocaron el primer acorde, y como si sus pensamientos los hubieran invocado, Grantleigh y Lady Aurelia se movieron al frente de la línea de bailarines, ambos sonriendo, viéndose tan perfectos el uno para el otro como él había pensado que lo harían.

—Ahí está Lady Sarah Mulholland —Lady Grantleigh le dio un codazo, y Stowe apartó la mirada de la pareja con esfuerzo.

—Le ruego me disculpe, tía, pero he olvidado quién era esa joven dama —mantuvo la voz baja, sin querer que nadie más lo oyera. Su tía rió suavemente y le dio un golpecito con el abanico en la manga.

—La hija menor del Marqués de Holmsbrook. En su segunda temporada, pero sus hermanas mayores se casaron muy bien y su padre no aprobó a ninguno de los potenciales pretendientes en línea para ella el año pasado. ¿Tú? Tú tendrías una oportunidad. Vamos, pídele un baile.

No tenía intención de hacer la voluntad de su tía toda la noche, pero ella había puesto un gran esfuerzo en organizar esta celebración para él, diciendo que era lo mínimo que podía hacer. Sin una casa propia en la ciudad, los Grantleigh habían estado viviendo en esta durante varios años siempre que estaban en la ciudad, ya que su padre detestaba Londres y raramente abandonaba Stowe Park. Sin los esfuerzos de Lady Grantleigh, la casa de la ciudad probablemente no estaría en condiciones de albergar ni siquiera la más pequeña de las cenas, y aunque su determinación de presentarlo en sociedad y encontrarle una novia pudiera hacerle sentir un poco incómodo, no pagaría sus esfuerzos con descortesía.

Así que, esbozó una sonrisa y se inclinó ante Lady Sarah, solicitando el honor de su mano para el segundo baile, incluso cuando todo en él anhelaba a la princesa de cuento que bailaba en los brazos de su primo.



# Capítulo Dos

ALIVIADA DE QUE GRANTLEIGH HUBIERA LLEGADO AL SALÓN de baile a tiempo para reclamar su primer baile, evitando así tener que bailar con Louis, Aurelia aceptó el brazo de su pretendiente para acompañarlo a la fila.

—Gracias a Dios que eso ha terminado —dijo Grantleigh con un suspiro teatral.

—¿No disfrutaste recibiendo a todos? —preguntó Aurelia, desconcertada. A ella siempre le gustaba conocer gente nueva y pensaba que Grantleigh compartía sus sentimientos.

—Siempre preferiré pasar tiempo contigo —dijo él galantemente, y luego tuvo que moverse al lado opuesto de la fila, lo que puso fin a su conversación por el momento.

Era muy halagador, supuso Aurelia, que él se sintiera así. Aun así, sabiendo que Grantleigh aspiraba a una carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pensó que sería mejor que aprendiera a disfrutar más de conocer gente de lo que parecía en ese momento. Sin duda, había un buen número de personas influyentes aquí esta noche cuyo conocimiento debería estar cultivando.

—No te he visto en algunas semanas, ¿cómo están tus padres? —preguntó Grantleigh mientras marcaban el primer compás, presionando levemente sus manos enguantadas.

—Muy bien, te lo agradezco. —Esperó a que él la elogiara, tal vez dijera algo sobre su vestido. La simplicidad del vestido era engañosa; había pasado horas de pie, completamente inmóvil, siendo pinchada y sometida a pruebas con alfileres mientras lo confeccionaban para que le quedara a la perfección.

—¿El trabajo de tu padre lo mantiene ocupado incluso cuando el Parlamento no está en sesión? —preguntó Grantleigh cuando el patrón del baile los reunió de nuevo, y Aurelia suspiró inaudiblemente.

—Siempre —dijo ella sucintamente, esperando que él captara la indirecta y dejara de preguntar sobre sus padres.

—¿Tiene algún proyecto de ley que planee introducir en la nueva sesión? —insistió Grantleigh.

—Quizás podrías pedirle que baile contigo en la próxima pieza, y entonces podrías preguntárselo tú mismo. —Las palabras mordaces se le escaparon cuando su frustración pudo más que ella, y escuchó un resoplido de risa de la siguiente pareja en la fila. Al mirar, se encontró con los ojos oscuros del Duque de Stowe, ¡pero seguramente no había sido él quien se había reído! La bonita chica de cabello castaño con un vestido rosa demasiado recargado ni siquiera miraba en su dirección.

—Difícilmente puedo bailar con él —se burló Grantleigh, obviamente sin entender en absoluto su punto—, pero ciertamente lo buscaré más tarde.

Aurelia esperó, pero él dijo poco de consecuencia durante el resto de su baile, comentando solo sobre el calor de la sala y cuánta gente había aceptado la invitación al baile.

—Sin duda, todos están emocionados por conocer a tu primo —sugirió Aurelia, y Grantleigh hizo una mueca de desprecio, después de echar un vistazo rápido alrededor para comprobar que Stowe no estuviera al alcance del oído.

—No lo estarán una vez que lo conozcan.

—¿Por qué dices eso? —Aurelia podía ver a Stowe, al otro extremo de la fila de parejas. No sonreía mientras él y la chica del vestido rosa marcaban los compases, pero era ligero de pies y gracioso a pesar de su constitución sólida.

—Se parece demasiado a su padre —dijo Grantleigh sombríamente.

No tuvo oportunidad de preguntar exactamente qué quería decir con eso, ya que el baile terminó y todos aplaudieron cortésmente. Aceptando el brazo de Grantleigh para regresar con su madre, Aurelia abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida.

—¿Me reservarás el baile de la cena, Aurelia?

No solo un segundo baile, sino el baile de la cena; ciertamente estaba haciendo conocer su preferencia. Halagada, Aurelia asintió aceptando.

—¿Dónde está mamá? —murmuró mientras se acercaban al lugar donde su madre le había dicho que regresara. Había más de una docena de hombres allí en su lugar, de todas las edades, aunque la mayoría parecían ser más jóvenes.

—Justo ahí. —Grantleigh parecía completamente disgustado, pero continuó avanzando, y el grupo de hombres se separó para revelar a Lady Lymsey con una expresión de excepcional satisfacción.

—Aquí estás, querida. Gracias por traerla, Grantleigh. —Lo despidió con una mirada—. Ahora, Aurelia, permíteme presentarte al Conde de Chuddington. Está muy ansioso por pedirte un baile.

El conde le sonrió esperanzado. De baja estatura, tenía un rostro casi demacrado, pero ojos marrones chispeantes y un carácter alegre. Aurelia pensó que debía estar cerca de la edad de su madre, pero no tenía objeción en bailar con él. Ofreciendo una graciosa reverencia mientras él se inclinaba, dijo: —Me siento honrada, mi lord.

—¡El honor es todo mío, Lady Aurelia!

Mirando los rostros ansiosos de los otros caballeros, Aurelia se dio cuenta de repente de que todos estaban esperando con la esperanza de que se les concediera un baile con ella, y la expresión intensa de su madre advertía que probablemente todos los bailes estarían prometidos antes de que ella regresara del último. Bueno, daría una advertencia justa de que el baile de la cena, al menos, estaba prometido. —Hasta el baile de la cena, Lord Grantleigh —dijo, dándole deliberadamente una sonrisa especialmente brillante.

Con el rostro aún sombrío, él asintió bruscamente en reconocimiento antes de ejecutar una reverencia rígida a su madre y dar media vuelta.

No tiene motivos para estar celoso, pensó Aurelia con irritación mientras tomaba la pista del brazo de Chuddington. ¡Sabe bien cuánto me gusta bailar, y ciertamente no voy a dejar de hacerlo una vez que nos casemos!

Grantleigh ni siquiera bailó con nadie más, vio ella, a diferencia de Stowe, quien salió a la pista varias veces con damas jóvenes muy elegibles. Aurelia no las conocía a todas, pero sí vio a dos hijas de duques, a la cuñada del Primer Ministro y a una heredera bancaria con una dote, se rumoreaba, de medio millón de libras.

A Grantleigh le vendría bien bailar con algunas damas más de altas conexiones, pensó Aurelia mientras ejecutaba un giro y lo atrapó mirándola con el ceño fruncido, de pie solo al lado de la pista, con los brazos cruzados sobre el pecho. O, en su defecto, ir y hacerse agradable a algunos caballeros de la política.

Ciertamente esperaba que no pretendiera exigir que su esposa cargara con todo el peso social de su carrera. Aurelia pensaba que un matrimonio debería ser una asociación, muy parecido a lo que tenían sus propios padres. Lord Lymsey apoyaba a su esposa en todas sus actividades, y la condesa había cultivado una reputación como anfitriona de un encanto sin igual, en cuyas reuniones uno podía conocer a todo tipo de personas interesantes.

Aurelia aspiraba a emular a su madre, pero sería mucho más difícil hacerlo con un marido que se quedara al lado de la sala y frunciera el ceño cada vez que su esposa hablara con otro hombre.

Quizás solo esté inseguro, Aurelia intentó decirse a sí misma, demasiado consciente de que no se sentía para nada convencida. Como papá aún no permite un compromiso formal, está preocupado de que alguien más me robe.

No había peligro de que ella permitiera que eso sucediera. Grantleigh había sido el tema de todas sus ensoñaciones desde que tenía memoria. Nadie más era tan alto, tan apuesto, tan inteligente.

El patrón del baile se cruzó, y ella tomó la mano del siguiente caballero en la fila, dándose cuenta con sorpresa de que era el Duque de Stowe.

—Lady Aurelia —murmuró él, y ella se sobresaltó ligeramente, sorprendida de que hubiera recordado su nombre. Debía tener una memoria excepcional, considerando los cientos de personas nuevas a las que había sido presentado esa noche.

—Vuestra Gracia —respondió ella—. Este es un entretenimiento maravilloso; debo felicitarle.

El compás del baile los separó por un momento antes de volverlos a unir.

—Gracias, mi lady, pero todas las felicitaciones deben ir a mi tía. Lady Grantleigh es la mente maestra de las festividades.

—¡Entonces le felicito por su sabiduría al dejar todo en sus manos! —dijo Aurelia con ligereza, y se sorprendió cuando una sonrisa curvó brevemente los labios de Stowe hacia arriba.

Tuvo que volver entonces con su pareja original y no volvió a ver a Stowe, pero el recuerdo de esa sonrisa, la forma en que sus ojos casi negros se iluminaron por el más breve momento, permaneció con ella.

Era muy apuesto cuando sonreía.



—No más por ahora, se lo ruego —suplicó Stowe cuando su tía le cogió del brazo de nuevo y parecía lista para presentarle a otra joven dama.

Lady Grantleigh le dirigió una mirada penetrante.

—¡No puedes estar cansado!

—No en cuerpo, señora —respondió él—. Hace mucho tiempo que no tenía que hacer tanta charla trivial con tanta gente.

La expresión de su tía se suavizó.

—Muy bien. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo por el salón de baile?

Él no quería. Todo el mundo conocía a su tía, y los detendrían cada pocos pasos personas que usarían la excusa de su conocimiento con ella para hablar con él.

—Necesito un poco de paz y tranquilidad —intentó excusarse.

Lady Grantleigh lo consideró por un momento antes de asentir regalmente.

—Vuelve a tiempo para la cena —le instruyó—. Me acompañarás, y nos sentaremos con algunas personas que deberías conocer mejor.

—Sí, señora —dijo Stowe, sintiéndose como si fuera un niño pequeño otra vez. Su tía no era una dama a la que se pudiera contradecir fácilmente, sin embargo, y acompañarla a cenar era lo mínimo que le debía.

Salir del salón de baile no fue tarea fácil, ya que varias personas lo detuvieron para ofrecerle sus felicitaciones por el éxito del baile. Stowe pensó que eran prematuras; aún había mucho tiempo para que ocurriera algún desastre que hiciera que el evento fuera memorable por todas las razones equivocadas. El comentario ingenioso de Lady Aurelia sobre su sabiduría al dejarlo todo en manos de su tía le vino a la mente mientras aceptaba otro cumplido vacío, y sonrió para sus adentros. La princesa de cuento poseía ingenio además de belleza.

Su primo Grantleigh era un hombre afortunado.

Finalmente escapando del abarrotado salón de baile, descubrió que los pasillos circundantes no estaban menos vacíos, con pequeños grupos de pie juntos y chismorreando, damas entrando y saliendo de los tocadores, gritos de risa y nubes de humo de cigarro emanando de la sala de juegos donde muchos de los caballeros se habían retirado.

Aliviado de haber tenido la previsión de declarar la biblioteca y su estudio adjunto fuera de límites para la noche y estacionar a un lacayo en la puerta para asegurar que sus deseos fueran respetados, asintió al lacayo en la puerta.

—Buenas noches, John.

—Parece que todos se están divirtiendo, Su Gracia —dijo John.

Muchos podrían estar sorprendidos por la informalidad del hombre, reflexionó Stowe mientras John abría la puerta para él y se deslizaba en la biblioteca, oscurecida salvo por un fuego ardiendo en la chimenea. Muchos de sus sirvientes, sin embargo, eran antiguos soldados que habían servido con él en el continente. Cuando regresó a Inglaterra y comenzó a abrir las propiedades, se había esforzado por encontrar a sus hombres y buscarles un empleo remunerado. John era uno de ellos, y reentrenarse de ser un fusilero a lacayo de un duque no era algo que sucediera de la noche a la mañana.

Pasando por la biblioteca hacia su estudio al otro lado, Stowe cogió la licorera de brandy en la amplia mesa y vertió un chorrito en un vaso. Caminando hacia la ventana, bebió pensativamente mientras contemplaba los jardines. Al menos estos estaban tranquilos; aunque su tía había

ordenado colgar faroles en los árboles, desprovistos de sus hojas en ese momento, el frío y los ocasionales chubascos mantenían a los invitados en el interior.

Apoyando la frente contra el frío cristal, Stowe tomó varias respiraciones profundas, dejando que el silencio lo rodeara. El ruido del salón de baile no se parecía en nada al estruendo de los cañones, los estallidos de los rifles y los gritos de los moribundos en el campo de batalla, así que no tenía idea de por qué debía perturbarlo tanto.

—Superaré esto —se susurró a sí mismo—. Debo hacerlo.

Su padre había descuidado todos los deberes del ducado excepto las propiedades rurales de Stowe, declarando abiertamente su desprecio por la política, la socialización y, en verdad, por otras personas. Decidido a compensar las fallas de su padre, Stowe planeaba ser una voz en la Cámara de los Lores para aquellos que no tenían ninguna, comenzando con los soldados ingleses que regresaban y no tenían a dónde ir ni empleos para mantenerse.

Suspirando profundamente, tomó otro sorbo de brandy, reprendiéndose por la autocompasión cuando estaba en una casa fina vistiendo un traje que costaba mucho más que el salario anual de un hombre promedio. Volvería a la fiesta cuando la música que podía oír a lo lejos cesara, acompañaría a su tía a cenar y haría todo lo posible para comenzar su campaña para ganar a otros hombres activos en política a su punto de vista.

Un sonido en la biblioteca contigua, la habitación que debería estar vacía de compañía, le hizo girar la cabeza con el ceño fruncido. ¿Era esa la voz de una mujer? Molesto, se dirigió a zancadas hacia la puerta y la abrió de golpe, listo para reprender a quien fuera que hubiera logrado convencer a John para interrumpir su breve momento de paz.



# Capítulo Tres

AURELIA ESTABA SEGURA DE QUE TENÍA LA CARA sonrojada cuando terminó un enérgico baile campestre con un coronel cuya forma de bailar desmentía su edad; el hombre debía tener sesenta años, pero saltaba y brincaba como un hombre de la mitad de su edad. A Aurelia le costó seguirle el ritmo, y aceptó agradecida la copa de horchata que su madre le ofreció.

—Aquí está Grantleigh para tu baile —dijo Lady Lymsey—. ¿Estás segura de que quieres darle dos, querida? —bajó la voz.

—En realidad, creo que le pediré si podemos dar un paseo por la sala en su lugar —admitió Aurelia—. Me estoy cansando y me duelen un poco los pies.

En realidad, sus nuevas zapatillas plateadas le apretaban los dedos y pensaba que podría estar formándosele una ampolla en el talón, pero por nada del mundo lo admitiría. No cuando Lady Lymsey podría sugerir que se fueran temprano.

—Muy bien —Lady Lymsey aceptó su sugerencia—. Voy a buscar a tu padre; asegúrate de sentarte con nosotros en la cena.

—Sí, mamá —accedió Aurelia, pensando que al menos eso le daría a Grantleigh la oportunidad de hablar con su padre sobre política que parecía desear tanto—. ¿Te importaría mucho si damos una vuelta por la sala en lugar de bailar? —preguntó mientras aceptaba el brazo que Grantleigh le ofrecía.

—Si tú quieres. Te ves acalorada y cansada —dijo Grantleigh bruscamente, y ella casi jadeó ante su rudeza. Louis podría haber hablado así, ¡pero Louis era su hermano, no su pretendiente!

Con la mandíbula apretada mientras contenía una furiosa réplica, Aurelia caminó deliberadamente despacio, consciente de sus pies doloridos, agarrando con fuerza el brazo de Grantleigh para que se viera obligado a dar pasos pequeños y cortos. Sonrió a todos los que

conocía, deteniéndose para hablar con varios, incluso dándole a Grantleigh la oportunidad de hablar de política con uno de los amigos de su padre. Sin embargo, él permaneció distante, diciendo poco y pareciendo irritado todo el tiempo.

—Alejémonos un poco del ruido —dijo Grantleigh abruptamente cuando se acercaban a las puertas del salón de baile.

—De acuerdo —asintió Aurelia, pensando que podría aprovechar la oportunidad para reprenderlo suavemente y señalar que su actitud no le hacía ningún favor a los ojos de aquellos a quienes aparentemente buscaba impresionar.

Sin embargo, la multitud parloteante parecía igual de densa fuera del salón de baile, y Grantleigh suspiró con impaciencia y la condujo por las escaleras hasta la planta baja, pasando por la sala de juegos. Papá probablemente está ahí, pensó Aurelia, mirando a través de la nube de humo de cigarro, pero sin lograr verlo.

—Por aquí —Grantleigh colocó su mano sobre la de ella y la guió hacia donde un solitario lacayo estaba de pie frente a una puerta cerrada. Asintió bruscamente al hombre.



—¿Lord Grantleigh? —dijo John con incertidumbre.

—Abre la puerta, hombre —espetó Grantleigh con impaciencia.

Nacido como el cuarto hijo de un granjero de cerdos de Staffordshire, John tenía poca o ninguna idea de cómo funcionaba la aristocracia. Sí sabía que el Duque de Stowe, su antiguo capitán, estaba casi en la cima de la jerarquía, y el duque había dicho que la biblioteca estaba prohibida para los invitados de la fiesta, pero Lord Grantleigh no era exactamente un invitado, ¿verdad? Era el primo del duque, que vivía en la casa. Una palabra suya probablemente podría hacer que John perdiera su trabajo, y parecía muy descontento con el retraso mientras John lo pensaba.

John podía ver claramente por qué Grantleigh quería estar a solas con la hermosa joven que llevaba del brazo. Era más bonita que cualquier chica que John hubiera visto jamás, con el cabello dorado como un campo de trigo y ojos de un suave marrón dorado. Incluso le sonrió a John, con los ojos brillando intensamente. Un poco aturdido por cómo lo miraba, John buscó torpemente el pomo de la puerta y abrió la puerta de la biblioteca, recordando en el último momento hacer una reverencia respetuosa.

—Gracias —fue la joven quien habló, con voz dulcemente musical.

*Esa sí que es una verdadera dama*, pensó John mientras cerraba la puerta tras la pareja. *¡Qué suerte tiene Lord Grantleigh!*



La biblioteca estaba silenciosa y tenue, con solo la luz del fuego iluminando débilmente los altos estantes llenos de libros y algunos sillones y sofás dispersos. Grantleigh tomó inmediatamente un candelabro del aparador y encendió las velas con el fuego, moviéndose por la habitación y tocando la llama a cada vela hasta que la biblioteca estuvo casi tan brillante como lo había estado el salón de baile.

Mientras Grantleigh se ocupaba, Aurelia tomó una sola vela y fue a mirar algunos de los libros. Le gustaba leer y se aprovechaba regularmente de la extensa biblioteca de su padre, pero esta colección superaba la de Lord Lymsey dos veces, si no más.

Había libros en francés, español, italiano y lenguajes que no reconocía en los estantes, así como muchos títulos en inglés que conocía y otros que no, y pensó que la mayoría de los libros eran nuevos. Fascinada, Aurelia se preguntó en voz alta si el nuevo duque hablaba todos estos idiomas.

—Sí, los habla, y ha comprado la mitad de las librerías de Londres para abastecer su biblioteca —respondió Grantleigh—. Hay una aún más grande ahora en Stowe Park.

Aurelia pensó que le gustaría mucho ver eso algún día. Mientras sacaba cuidadosamente un libro del estante para examinarlo, levantó la vista al oír el tintineo del cristal contra el cristal y vio a Grantleigh sirviéndose una bebida de una licorera.

Se toma muchas libertades con las posesiones del duque, pensó. Aunque supongo que vive aquí; aun así, parece arrogante.

Volviendo su atención al libro, no oyó su sigiloso acercamiento hasta que un brazo se deslizó alrededor de su cintura. —¡Oh! —saltó, casi dejando caer el libro, e intentó retroceder un paso o dos, solo para encontrarse acorralada por la esquina de la habitación y los brazos de Grantleigh.

—Mi queridísima Aurelia —dijo con voz espesa, y ella pudo oler el brandy en su aliento.

—¡Lord Grantleigh! —Conmocionada, intentó empujarlo hacia atrás, pero él solo se acercó más.

—Debes llamarme Nathan, mi amor.

Lo había llamado así en sus ensoñaciones, pero justo ahora, la idea parecía inapropiada e indeseada. —Suélteme, Lord Grantleigh —dijo represivamente, tratando de emular a su madre en su momento más aplastante.

Ignorando su petición, Grantleigh le arrebató el libro de su mano temblorosa y lo arrojó descuidadamente a un lado. Cayó al suelo, y Aurelia gritó en protesta.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya no puedo reprimir mis sentimientos por ti, Aurelia —dijo Grantleigh, y ella tuvo la extraña sensación de que estaba recitando un discurso, palabras que había preparado y memorizado con anticipación para este momento.

—¡Ojalá lo intentaras! —dijo ella bruscamente, poniendo una mano en su pecho y empujando con fuerza, tratando de poner algo de espacio entre ellos. Sin embargo, él era demasiado fuerte, atrayéndola más cerca, lastimando su muñeca cuando ella intentó mantenerla rígida entre ellos.

—Mi pasión ya no puede ser negada —declaró él, hablando por encima de ella cuando intentó rechazarlo—. ¡Debo hacerte mía esta noche!

—¡No! —fue todo lo que Aurelia logró gritar antes de que él forzara su boca sobre la de ella, una mano poderosa agarrando su cabello para mantener su cabeza quieta. Su lengua se empujó dentro de su boca y ella se atragantó, luchando por respirar mientras su nariz se aplastaba contra su mejilla.

Un sonido de rasgadura hizo que ella gritara impotente dentro de su boca; él estaba desgarrando su corpiño con su mano libre, la tela de gasa rasgándose fácilmente bajo su mano codiciosa, que luego se cerró caliente y húmeda alrededor de su pecho desnudo mientras ella luchaba impotente, su fuerza inútil contra su determinación de ultrajarla. Incapaz de respirar, sintió que la oscuridad se cernía sobre ella, sus luchas debilitándose.

Un rugido gutural hizo que Grantleigh se sobresaltara, permitiendo a Aurelia tomar una bocanada de aire desesperadamente necesitada. Él estaba mirando hacia la puerta, una expresión casi expectante en su rostro cambiando a perplejidad cuando la encontró aún cerrada.

Aurelia miró hacia el otro lado, directamente al rostro furioso del Duque de Stowe.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —bramó Stowe, y en un instante estaba sobre ellos, agarrando el cuello de Grantleigh y apartándolo de Aurelia con facilidad, como un gato agarrando a un gatito travieso por el cogote.

—Mi prometida —comenzó Grantleigh, interrumpido por el grito de negación de Aurelia.

—¡Ciertamente no lo soy!

Stowe le dirigió una mirada, su expresión ya enfurecida oscureciéndose aún más al ver el corpiño rasgado que ella intentaba desesperadamente sostener con sus manos.

—Sí, no parecía usted muy entusiasmada con sus atenciones, Lady Aurelia. Fuera, Grantleigh. Fuera —enunció Stowe fríamente, y Grantleigh, obviamente intimidado por la ira de su primo, se

retiró apresuradamente hacia la puerta.

—Fuera de mi casa —aclaró Stowe—, antes de que te diga que me encuentres al amanecer por el honor de la dama.

Grantleigh huyó, la puerta cerrándose de golpe tras él, y Aurelia se encontró comenzando a temblar, sus rodillas cediendo.

Stowe ni siquiera había observado la salida de Grantleigh, mirando a Aurelia, manteniendo sus ojos en los de ella.

—Mi lady —habló formalmente, pero había amabilidad y preocupación en su tono y su expresión—. ¿Está usted herida?

—No —logró jadear—. No, no estoy herida. Gracias por... gracias.

Sus labios se apretaron, como si estuviera enojado de que ella sintiera la necesidad de agradecerle en absoluto, y gesticuló hacia su frente, aunque su mirada nunca dejó la de ella.

—Su vestido está rasgado. Por favor, permítame llamar a una doncella para que la atienda.

—Gracias —murmuró ella de nuevo, tambaleándose hacia un sofá y casi cayendo sobre él cuando sus piernas finalmente cedieron.

Stowe estaba alcanzando un cordón para llamar cuando la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo.

—Aurelia, ¿estás aquí?

Era Lady Lymsey quien hablaba, y no estaba sola. Lady Grantleigh estaba a su lado, con los ojos muy abiertos, y había un par de otras damas detrás de ellas, ambas mirando ávidamente a Aurelia y Stowe a solas, Aurelia claramente sosteniendo su vestido con sus manos.

Lady Grantleigh fue quien tuvo la presencia de ánimo para arrastrar a Lady Lymsey dentro de la biblioteca y cerrar la puerta en las caras de las otras dos matronas.

—Esto no es lo que parece —intentó decir Aurelia mientras la boca de su madre se abría, su expresión curiosa transformándose en un instante en absoluto horror mientras miraba de Stowe al pecho medio expuesto de Aurelia.

—Lady Aurelia —dijo Stowe, cortando su protesta—. Parece que tengo el honor de pedirle que acepte mi mano en matrimonio.



# Capítulo Cuatro

DURANTE UN LARGO MOMENTO, EL ÚNICO SONIDO EN la habitación era el crepitar de las llamas en la chimenea.

—Tía Grace —Stowe rompió el silencio—, ¿podrías ir a buscar a Lord Lymsey, por favor?

—Sí —murmuró Lady Grantleigh, con la conmoción aún visible en su rostro mientras miraba de Stowe a Aurelia—. Sí, por supuesto.

El cierre de la puerta tras Lady Grantleigh pareció sacar a Lady Lymsey de su parálisis temporal, y se apresuró al lado de Aurelia, sentándose y rodeándola con su brazo.

El suave toque de su madre rompió la presa, y el primer sollozo ruidoso brotó de Aurelia. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras lloraba de shock y dolor, y su madre la mecía suavemente, lanzando miradas asesinas todo el tiempo a Stowe, quien permanecía de pie en silencio junto a la ventana.

Lady Grantleigh regresó rápidamente con Lord Lymsey, quien entró a zancadas en la biblioteca con los puños apretados y el rostro enrojecido. Stowe levantó una mano para detener a Lymsey cuando este comenzó a exigir respuestas, y tal era su presencia imponente que el experimentado político hizo una pausa.

—Si viene a mi estudio, milord, hay algunas cosas que necesito informarle —dijo Stowe, con su voz profunda, medida y calmada—. Tía Grace, ¿podrías buscar un chal para Lady Aurelia y pedir que traigan su abrigo? Pide a Willis que haga traer el carruaje de los Lymsey a la puerta lateral, para que puedan marcharse sin ser vistos.

Lady Grantleigh lo miró durante un largo momento antes de decidir obviamente confiar en que él sabía lo que hacía. Asintió y salió de nuevo de la habitación.

Lymsey tenía la mandíbula apretada mientras miraba a su hija sollozante, y Stowe se compadeció del conde. Lo que estaba a punto de escuchar sería profundamente desagradable, y lo mínimo

que Stowe podía hacer era arreglar lo que su primo había arruinado.

La otra opción, exigir que Grantleigh se casara con Lady Aurelia de inmediato, era tan desagradable que rehuía incluso el pensamiento.

—Dame una razón por la que no debería estar exigiendo que nombres a tus padrinos —dijo Lymsey con frialdad cuando Stowe cerró la puerta del estudio.

—No soy yo quien intentó comprometer a su hija —dijo Stowe sin rodeos, y el hombre mayor parpadeó hacia él.

—¿Entonces cómo explicas lo que acabo de ver?

—Interrumpí a mi primo Grantleigh intentando forzar a su hija.

—Cristo —dijo Lymsey después de un momento, y Stowe asintió con una mueca. Tomando la licorera de brandy, la inclinó en dirección a Lymsey. El conde asintió, hundiéndose en una silla.

Sirviendo una generosa medida, Stowe le entregó el vaso y esperó hasta que Lymsey hubo tomado un buen trago antes de hablar.

—Era evidente que Lady Aurelia no daba la bienvenida a las atenciones de Grantleigh. Lo aparté de ella y lo eché, fuera de la casa, antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirme más tarde. Estaba a punto de mandar llamar a una doncella para que asistiera a Lady Aurelia cuando Lady Lymsey y mi tía entraron.

Lymsey dio otro trago y en silencio extendió su vaso vacío. Stowe lo rellenó.

—Me ofrecí de inmediato para Lady Aurelia y, a pesar de las circunstancias, estaré más que feliz de cumplir mi palabra, si ella me acepta. Lamento que fuéramos vistos por algunas otras damas en el pasillo...

Lymsey dijo varias palabras que Stowe solo había escuchado en el campo de batalla, y de boca de soldados que habían sido pilluelos de los barrios bajos de Londres antes de unirse al ejército.

—Exactamente. —Honestamente, compartía los sentimientos de Lymsey—. Si su hija lo prefiere, haré que Grantleigh cumpla con su deber.

Al ver que Lymsey se hinchaba como un sapo enfurecido, sonrió con ironía.

—En este momento, preferiría azotarlo con un látigo que verlo casado con Lady Aurelia.

Lymsey, un político tan erudito que sus discursos a menudo se reproducían íntegramente en los periódicos, solo pudo emitir un gruñido de rabia.

—No fui testigo de lo que llevó al incidente, pero sí vi la expresión de Grantleigh cuando los interrumpí. Miraba hacia la puerta de una manera que solo puedo calificar de expectante; se sorprendió muy desagradablemente al verme.

—Crees que tenía la intención de ser descubierto —Lymsey captó inmediatamente lo que Stowe estaba sugiriendo—. El pequeño... estaba tratando de forzar mi mano. No le permití que se ofreciera para Aurelia. —Sus puños se cerraron contra sus piernas, y Stowe consideró rellenar el vaso de brandy por tercera vez, pero decidió no hacerlo.

—Parece que su paciencia se agotó. La decisión debe ser suya, por supuesto.

—Y de Aurelia —dijo Lymsey después de un momento—. Lady Lymsey y yo siempre les hemos dicho a las chicas que tendrán la libertad de elegir a sus propios maridos. Yo tuve suerte en mi matrimonio arreglado, pero he visto demasiados que resultaron mal.

Stowe asintió en acuerdo.

—Debo dejar el asunto en sus manos. Es posible que tenga otro candidato disponible, pero le aseguro que estoy listo para rectificar esta afrenta al honor de Lady Aurelia.

Lymsey lo consideró pensativamente.

—Como Duquesa de Stowe, nadie se atrevería a susurrar una palabra sobre la reputación manchada de Aurelia —dijo.

—Precisamente. —Stowe inclinó la cabeza, contento de que el conde entendiera su intención.

Lymsey se sentó en silencio durante lo que parecieron interminables minutos, sorbiendo lo último de su brandy, obviamente dando vueltas en su mente a sus próximos pasos.

Stowe rompió el silencio cuando se le ocurrió otro problema potencial.

—Será mejor que encuentre a su hijo... Colesworth, ¿no es así? Antes de que escuche algún rumor enormemente exagerado y haga algo lamentable.

—Cristo. —Eso impulsó a Lymsey a ponerse de pie—. Tienes razón, Stowe.

Un suave golpeteo en las puertas francesas de cristal hizo que Stowe se girara. Hale, uno de sus hombres de mayor confianza, le hizo un gesto con la cabeza.

—Su carruaje estará en la puerta lateral. Asegurémonos de que Lady Lymsey y Lady Aurelia se marchen a salvo, y luego podréis ir a localizar a Colesworth. Os acompañaré; que nos vean a los dos interactuando amistosamente debería servir para acallar los rumores más violentos, al menos por esta noche.

—Eres un tipo bastante frío, ¿no es así, Stowe? —dijo Lymsey.

—No entrar en pánico bajo el fuego ha sido algo así como un requisito profesional —dijo Stowe en voz baja, y Lymsey soltó una risa áspera y sin humor.

—Me imagino.

Cuando regresaron a la biblioteca, Stowe vio que Lady Aurelia estaba envuelta tanto en su propia estola como en un grueso chal de lana de su tía. Lady Lymsey y Lady Grantleigh estaban

sentadas una a cada lado de ella, abrazándola estrechamente mientras lloraba en un pañuelo de encaje bastante inadecuado.

—El carruaje está aquí para llevaros a casa, querida —dijo Lymsey—. Enviadlo de vuelta por mí y os seguiré con Colesworth más tarde.

Lady Lymsey le lanzó a Stowe una mirada venenosa mientras se ponía de pie, pero su marido levantó la mano.

—Tranquila, Elizabeth. La situación no es lo que piensas, aunque sigue siendo grave. Te lo explicaré todo cuando llegue a casa y mañana podremos hablar sobre lo que hay que hacer.

Era evidente que Lady Lymsey estaba considerando desatar una diatriba de todos modos, ya que su mandíbula trabajaba y sus ojos azules brillaban, pero apretó los labios y asintió a su marido.

—Vamos, Aurelia —su voz era suave mientras hablaba con su hija—. Vamos a llevarte a casa.

—Vuelve con nuestros invitados —pidió Stowe en voz baja a su tía—. Te seguiré en breve con Lord Lymsey —lo que tenía que contarle sobre su hijo le rompería el corazón, pero necesitaba que se mantuviera tranquila hasta que terminara el baile—. Si ves a Colesworth, ¿podrías decirle que Lord Lymsey lo está buscando?

—¡También te estará buscando a ti! —susurró Lady Grantleigh.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Dejando a su tía para que volviera a la fiesta, Stowe condujo a los Lymsey a su estudio y abrió las puertas francesas, donde Hale esperaba con un gran paraguas para proteger a las damas de la lluvia que ahora caía con más fuerza.

—Por aquí —Stowe los condujo rápidamente hasta la puerta lateral que llevaba a las caballerizas, donde esperaba el carruaje de los Lymsey. Un lacayo ayudó a las dos damas a subir al carruaje, Aurelia aún llorando desconsoladamente. A Stowe le costaba soportar verla tan afligida. Inclinándose hacia el carruaje, sacó su propio pañuelo del bolsillo y lo puso en las manos de ella.

—Lo siento mucho, mi lady —dijo en voz baja—, pero haré todo lo que esté en mi poder para arreglar esto.

No podía ver el color de sus ojos en el carruaje poco iluminado, pero ella lo miró directamente por un momento y luego asintió, con un movimiento brusco de su cabeza. Dando un paso atrás, Stowe cerró la puerta e hizo un gesto al lacayo.

Lymsey regresó de hablar con el cochero, con el rostro sombrío.

—Vamos a ello, entonces —dijo, y con una mirada a Stowe, añadió—: Intenta sonreír, Su Gracia.

Sonreír era lo último que le apetecía hacer, considerando todo, pero cuando se unieron de nuevo a la multitud, se forzó a poner una sonrisa en su rostro, asintiendo mientras Lymsey afirmaba a cualquiera que preguntara que Aurelia se sentía fatigada y que Lady Lymsey la había llevado a casa.

Era obvio que los rumores ya estaban volando, pero las miradas desconcertadas que Stowe y Lymsey recibían mostraban que el plan de aparecer perfectamente cordiales juntos estaba enturbiando las aguas muy bien. Para mañana, nadie sabría qué creer mientras informes contradictorios volaban por todo Londres.

Cuando el vizconde Colesworth los encontró justo fuera del salón de baile, la confusión en su rostro mientras miraba entre ellos les dijo que ya había escuchado más de una versión.

—No digas una palabra —dijo Lymsey entre dientes, con la sonrisa rígida, mientras agarraba el brazo de su hijo—. Solo sonríe y estrecha la mano de Stowe como si fuerais los mejores amigos, y luego los tres vamos a dar un paseo por el salón de baile juntos.

Parecía que Colesworth había heredado la habilidad de su padre de hablar a través de una sonrisa forzada, pues dijo:

—¿Qué demonios está pasando, padre? —mientras estrechaba la mano de Stowe, un poco más fuerte de lo que la cortesía podría dictar.

—Digamos simplemente que ni un solo rumor que puedas haber oído es la verdad real —dijo Lymsey—, y lo dejaremos así hasta que podamos hablar en privado.

Colesworth parecía como si quisiera exigir más información al instante, pero el hijo del político obviamente había aprendido discreción de su padre. Asintió y se colocó al otro lado de Stowe.

Todos los grupos de chismosos en el salón de baile se quedaron mirando y callaron ante el acercamiento de los tres hombres juntos, mostrando un frente unido. Lymsey repitió su versión sobre Lady Lymsey llevando a una fatigada Lady Aurelia a casa al menos una docena de veces, y Stowe se forzó a ser tan abierto y afable como pudo.



Curiosamente, se sentía más fácil ahora que antes; quizás porque cada vez que sentía que su sonrisa se desvanecía, se recordaba a sí mismo que estaba haciendo el esfuerzo por el bien de Lady Aurelia. Ella no merecía ninguna de las censuras que fluirían hacia ella si él fallaba en su misión, y por lo tanto el fracaso no era una opción.

Después de todo, se había enfrentado a cosas mucho peores que los chismosos de la alta sociedad en los sangrientos campos de batalla de Europa.

Curiosamente, el pañuelo de Stowe reconfortó a Aurelia mientras lo presionaba contra su rostro húmedo. Un tenue aroma se elevaba de él, cedro y naranjas amargas, agudo pero extrañamente calmante. Sus sollozos se calmaron un poco, y se sintió capaz de respirar por primera vez desde aquellos terribles momentos en que Grantleigh la había forzado a un beso brusco.

—¿Puedes contarme qué pasó, querida? —preguntó su madre cuando los desesperados sollozos de Aurelia se calmaron.

Tomó unas cuantas respiraciones para calmarse, sonándose la nariz con el pañuelo de Stowe.

—Me temo que Lord Grantleigh no es quien yo pensaba —dijo finalmente, con voz débil y temblorosa.

—¿Grantleigh? —jadeó Lady Lymsey, conmocionada—. ¡Pero si era Stowe quien estaba contigo!

Las lágrimas amenazaban con brotar nuevamente al recordar la ferocidad con la que Stowe había apartado a Grantleigh de ella y lo había echado de la casa, antes de ocuparse cuidadosamente de su comodidad. Parecía saber que ella no podía soportar a ningún hombre cerca en ese momento, manteniendo respetuosamente la distancia.

—Stowe fue muy amable —susurró Aurelia con la garganta destrozada por el llanto—. Pero espero que Louis no siga siendo amigo cercano de Grantleigh. No quiero volver a verlo nunca más.

—No comprendo en absoluto lo que ha sucedido —dijo finalmente Lady Lymsey, mientras el carruaje se detenía frente a la escalinata de la casa de los Lymsey en la ciudad—. Por ahora, vamos a llevarte a la cama. Te atenderé yo misma y haré que Mary te traiga una taza de leche caliente para ayudarte a dormir.

Agradecida de no tener que explicar a su doncella el estado de su vestido rasgado, Aurelia permitió dócilmente que su madre se hiciera cargo, envolviéndola en un grueso camisón de franela y deteniéndose solo para quitarle las horquillas del cabello antes de instarla a meterse en la cama. Mary llegó con la prometida leche caliente y Aurelia la bebió bajo la atenta mirada de Lady Lymsey.

—Duerme, querida —Lady Lymsey nunca había sido particularmente demostrativa, pero se inclinó y besó tiernamente la frente de su hija—. Todo parecerá mejor mañana —susurró, y con una última mirada por encima del hombro, apagó las velas y dejó a Aurelia sola.

Tumbada sola en la cama, con solo la luz del fuego iluminando su dormitorio, de repente todo pareció demasiado. Su respiración se aceleró, su corazón latía con fuerza en su pecho, y podía sentir que un grito se formaba en su garganta, que sin duda haría que toda la casa acudiera corriendo si lo dejaba salir.

Temblando de pies a cabeza, Aurelia se dio cuenta de repente de que aún aferraba en su mano el pañuelo de Stowe, ahora húmedo. Presionándolo contra su rostro, inhaló ese leve aroma a cedro y naranjas amargas, que una vez más la reconfortó, calmando su corazón acelerado.

Un rasguño en la puerta la hizo levantar la cabeza, y luego la puerta se entreabrió con un chirrido.

—¿Aur? ¿Podemos entrar?

Sus hermanas no esperaron respuesta, se deslizaron dentro y cerraron la puerta antes de correr y trepar a la cama junto a ella.

Ophelia, de dieciséis años, y Viola, de trece, las personas más queridas en el mundo de Aurelia. Sintiéndose de repente desesperada por protegerlas, rodeó con un brazo a cada una y las abrazó con fuerza.

—¡Aur, estás temblando! —exclamó Ophelia—. Has vuelto tan temprano, y Mamá está llorando en su saloncito, ¿qué ha pasado?

—¿Te encontraste con un libertino? —preguntó Viola en tono conmocionado, siendo evidentemente lo peor que podía imaginar.

Aurelia se sintió de repente muy mayor. Abrazando a Viola más cerca, besó su frente.

—Me temo que mucho peor que eso —susurró, con la voz ronca por las lágrimas contenidas, y de algún lugar encontró la fuerza para explicar lo que había sucedido, cómo había confiado ciegamente y pagado el precio, porque no dejaría a sus hermanas inocentes desprotegidas contra los peligros que ahora sabía que existían.

—Lo siento tanto —dijo cuando terminó y las tres hermanas se abrazaban con fuerza—. Lo he arruinado todo.

—¡No! —gritó Ophelia en señal de negación.

—¡Vaya, ese bestia de Grantleigh! ¡Espero que Padre lo rete a duelo y lo mate! —Viola sonaba como si ella misma quisiera dispararle a Grantleigh.

—No digas eso, Vi, porque Lord Grantleigh podría dispararle a Padre y entonces ¿dónde quedaríamos? —argumentó Ophelia, siempre práctica.

—No habléis de eso, por favor —suplicó Aurelia, incapaz de soportar la idea. Se aferró desesperadamente a la promesa que el duque le había hecho mientras le ponía su pañuelo en las

manos, que haría que todo saliera bien.

En ese momento no podía ver exactamente cómo sería eso, pero algo en Stowe inspiraba confianza.

Acurrucada en los amorosos brazos de sus hermanas, Aurelia finalmente se quedó dormida.



# Capítulo Cinco

LADY LYMSEY HABÍA SOBREVIVIDO A NUMEROSOS ESCÁNDALOS POLÍTICOS, perdido a tres de sus siete hijos por enfermedades infantiles e incluso una vez se había enfrentado con serenidad, pistola en mano, a un espía francés que intentaba secuestrarla para utilizarla como moneda de cambio contra su marido.

Nunca se había sentido tan conmocionada en su vida como cuando su marido finalmente llegó a casa y les contó a ella y a un Louis muy impaciente toda la historia, o al menos la historia tal como se la había relatado el Duque de Stowe.

—¿Crees que Stowe estaba diciendo la verdad? —preguntó Lady Lymsey, recuperándose lo suficiente mientras su hijo aún permanecía de pie en medio de la habitación, con la boca abierta.

—Creo que no tenía motivos para mentir —dijo Lymsey—, y no tuvo tiempo de presionar a Aurelia para que se uniera a su mentira. La ausencia de Grantleigh durante el resto de la velada parecería confirmar el relato de Stowe, pero debes hablar con Aurelia por la mañana y escuchar su versión de los hechos, así como descubrir qué llevó al ataque de Grantleigh.

—¡No puedo creer que Nathan haya hecho esto! —estalló Louis, apretando los puños—. ¡No lo haría, nunca lo haría!

Lady Lymsey intercambió miradas con su marido.

—Los celos pueden llevar a un hombre a la locura —dijo finalmente Lord Lymsey—. Aurelia fue indudablemente la bella del baile anoche, con los hombres cayendo sobre sí mismos para bailar con ella. Quizás Grantleigh simplemente perdió la cabeza.

—Se casará con ella —dijo Louis, sonando casi desesperado—. La ama, y Aur lo ama a él, ¡lo sé! Lo encontraré y lo obligaré a casarse con ella... —Dio un paso hacia la puerta, como si planeara ir en ese mismo momento.

—Te sentarás —rara vez Lord Lymsey tenía que alzar la voz a su hijo y heredero, un muchacho de buen carácter con una cabeza sensata sobre los hombros, pero su voz resonó como un látigo y Louis se sentó tan rápido que casi volcó la silla—. Deja esto en manos de tu madre y mías, Louis —Lymsey suavizó su tono—. Sé que Grantleigh es tu amigo, pero debes confiar en que haremos lo mejor para Aurelia.

—¡Ella quiere casarse con Nathan! —insistió Louis.

—Si ese es el caso, entonces lo tendrá —Lady Lymsey no tenía duda de ello; entre su marido y Stowe, Grantleigh estaría diciendo sus votos a Aurelia antes de que terminara la semana, si eso era lo que ella quería. Sin embargo, considerando su ferviente deseo de no volver a verlo nunca más mientras regresaban a casa en el carruaje, Lady Lymsey sospechaba que cualquier amistad entre Lord Grantleigh y la familia Lymsey había llegado a su fin.

—No salgas de casa mañana sin antes hablar conmigo —ordenó Lord Lymsey—, y no recibiremos visitas.

—Sí, querido —dijo Lady Lymsey de inmediato, y Louis no pudo hacer otra cosa que decir:

—Sí, padre.

—Ve a la cama, hijo —dijo Lymsey, no sin amabilidad—. Hablaremos mañana, y si hay algo que puedas hacer, te lo haremos saber.

—Muy bien —Louis aceptó la instrucción de mala gana y dejó al marido y la esposa solos para considerar la situación en la que se encontraban.

—No puedo evitar pensar que esto es de alguna manera mi culpa —dijo Lady Lymsey después de varios minutos de silencio—. Le dije que nunca se dejara atrapar a solas con un hombre que pudiera no tener sus mejores intenciones en mente, pero nunca pensé en advertirle contra Grantleigh.

—¿Cómo podías saber que el cachorro se volvería loco? —dijo Lymsey, levantando la cabeza de donde había estado sentado con la cara hundida en sus manos—. Yo también me estoy recriminando; si les hubiera permitido comprometerse, ¿habría hecho esto? ¿Planeó todo esto para forzar mi mano? Pero si es así, ¿por qué ser tan brusco con ella, rasgando su vestido...? No puedo entenderlo.

Parecía angustiado, y levantándose de su asiento, Lady Lymsey fue a arrodillarse a los pies de su marido, tomando sus manos entre las suyas.

—Creo que la verdad es que tú no tienes más culpa que yo, o que Aurelia. Por increíble que parezca, si Grantleigh realmente la atacó de una manera tan terrible, él es quien debe asumir las consecuencias.

—Excepto que parece que Stowe puede ser quien asuma las consecuencias —Lord Lymsey acarició con sus pulgares el dorso de las manos de ella.

—Entonces Aurelia será duquesa, con un hombre verdaderamente honorable por marido. Podría haber peores resultados.

—Oh, Elizabeth —Lymsey le sonrió antes de levantar sus manos y besarlas—. Como siempre, sobresales encontrando el lado positivo.

—Ven a la cama, marido —invitó suavemente Lady Lymsey—. Ya que dudo que alguno de nosotros encuentre el sueño esta noche, al menos busquemos consuelo el uno en el otro.

—Mi sabia y encantadora esposa —levantándose, la puso de pie—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Hacer un desastre bastante insoportable de las cosas, sin duda —bromeó Lady Lymsey, esperando hacerlo sonreír, y se sintió aliviada cuando él logró una risa cansada. La estaba complaciendo, por supuesto; ninguno de los dos tenía ganas de reír, pero mientras subían las escaleras juntos, ella se alegró de que él hubiera aceptado su invitación y al menos no tendría que pasar la noche despierta sola y temerosa de lo que los acontecimientos de esta noche podrían significar para el futuro de sus hijas.

Al entrar en la habitación de Aurelia a la mañana siguiente, Lady Lymsey encontró a sus tres hijas dormidas, acurrucadas juntas como una cesta de gatitos. Había rastros de lágrimas secas en las pálidas mejillas de Aurelia, y el corazón de Lady Lymsey se dolió por su hija mayor. La traición de alguien en quien confiabas era la peor de todas.

—Viola, Ophelia —inclinándose sobre la cama, despertó a las dos menores—. Id a vuestras habitaciones y luego buscad a la señora Wilmslow.

—Pero mamá —protestó Viola, frotándose el sueño de los ojos—, ¡Aur nos necesita!

—Podréis verla más tarde, lo prometo, pero ahora ella y yo debemos pasar un tiempo a solas. Podréis volver después de que ambas hayáis completado vuestra práctica de música del día.

Lady Lymsey esperó hasta que la puerta se cerró detrás de las chicas más jóvenes antes de acomodarse en la cama, sin preocuparse por sus faldas, y colocar su cabeza en la almohada junto a la de Aurelia. Unos ojos marrones con el borde enrojecido la miraron, llenos de dolor.

—¿Dormiste algo, cariño? —preguntó Lady Lymsey con suavidad.

—Un poco —la voz normalmente musical de Aurelia estaba ronca.

—Entonces tú eres la afortunada, porque yo no lo hice —dijo Lady Lymsey, rodeando a Aurelia con un brazo para atraerla hacia sí y besarle la mejilla—. Ahora, me temo que debo presionarte para que me cuentes la historia completa de lo que sucedió anoche, pero la elección es tuya: si

me lo cuentas ahora o si llamo para que traigan chocolate y tostadas y me lo cuentas durante el desayuno.



La amabilidad y consideración de su madre, quien solía dar instrucciones que esperaba fueran obedecidas sin cuestionamiento, casi llevaron a Aurelia a las lágrimas nuevamente. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza y contener la respiración por unos momentos.

—Debes tener hambre —dijo Lady Lymsey con tono alentador—. ¿Crees que podrías comer algo?

Debería intentarlo, al menos. Dotada de un apetito saludable, Aurelia podía sentir el vacío en su estómago. Era probable que el día fuera difícil en el mejor de los casos, y necesitaría sus fuerzas, así que asintió.

—El chocolate suena bien.

—Bien —Lady Lymsey sonaba aliviada, y luego se levantó de la cama y tocó la campanilla para llamar a Mary, despachando a la doncella con una petición de desayuno para ambas.

Aurelia soportó que su madre la apremiara a ponerse un sencillo vestido de día, aunque cálido, de suave lana. Lady Lymsey incluso tomó el cepillo para atender ella misma el cabello de Aurelia, trenzándolo con simplicidad y recogiéndolo para asegurarlo con algunas horquillas. Agradecida por la cariñosa atención de su madre, Aurelia no se quejó ni siquiera cuando Lady Lymsey accidentalmente le pinchó el cuero cabelludo un par de veces.

Mary pareció más que un poco indignada al ver que su trabajo había sido realizado cuando trajo el desayuno, pero Lady Lymsey la despidió con una palabra tranquila y se sentó a servir el chocolate.

Aurelia se sentía un poco mareada, pero sorbió el chocolate endulzado y mordisqueó un trozo de tostada untada con mermelada. Después de un rato, su estómago se asentó, y probó también uno de los pasteles que la cocinera había enviado, encontrándolo delicioso, relleno de manzana picada y frutos secos.

Lady Lymsey permaneció en silencio, comiendo su propio desayuno. Su paciencia ayudó a Aurelia a encontrar las palabras.

—Grantleigh dijo que el salón de baile estaba demasiado ruidoso y abarrotado y que quería hablar —dijo finalmente Aurelia, dejando su taza vacía—. Lo acompañé a la biblioteca.

—¿En serio? No debería haberte sacado del salón de baile sin avisarme —señaló Lady Lymsey —. Difícilmente podías saber a dónde te llevaba, querida.

Supuso que era cierto; después de todo, nunca había estado en la casa de los Stowe en la ciudad.

—Estaba mirando un libro mientras Grantleigh bebía algo de brandy, y lo siguiente que supe fue que él... él...

No pudo hacer que las palabras salieran.

—¿Te rasgó el vestido? —sugirió Lady Lymsey con suavidad.

—¡Sí! —Aurelia se aferró agradecida a esa descripción, la forma menos violenta de describir cómo Grantleigh la había atacado—. No podía respirar, pensé que iba a desmayarme, y entonces escuché gritar a Stowe. Él apartó a Grantleigh de mí.

—¡Gracias a Dios que estaba allí!

Aurelia asintió en ferviente acuerdo. Stowe debía haber estado en su estudio, se dio cuenta ahora, la habitación por la que los había conducido para salir de la casa, y había oído hablar a ella y a Grantleigh. Supuso que vino a investigar quién estaba en la biblioteca.

—Fue muy amable —susurró.

—Parece un hombre honorable —Lady Lymsey parecía estar eligiendo sus palabras cuidadosamente cuando habló a continuación—. Te ha hecho una propuesta de matrimonio, Aurelia. Si nadie más que yo y Lady Grantleigh te vio, todo esto podría solucionarse, pero fuiste vista en compañía de Stowe con un vestido rasgado por varias personas que no tienen ningún incentivo para guardar silencio. Aunque tu padre y Louis pasaron un tiempo con Stowe después de que nos fuimos para dar una buena imagen de las cosas, aún habrá rumores circulando. Me temo que solo veo dos posibles caminos a seguir desde aquí.

—¿Cuáles son? —preguntó Aurelia, esperando que de alguna manera su madre hubiera pensado en una salida a su predicamento.

—Estoy segura de que Lord Grantleigh aún podría ser persuadido para casarse contigo...

—¡No! —Se puso de pie sobresaltada, casi derribando la bandeja de la mesa—. No.

—Tranquila, mi querida. Ustedes dos claramente se dirigían en esa dirección; tu padre le negó el permiso para pedir tu mano con la condición de que podría solicitar el permiso nuevamente en verano, ¿sabes?

—¡Me atacó anoche, buscando forzar mi mano! —Sus labios se sentían hinchados y adoloridos mientras se llevaba la mano a ellos, y tardíamente se dio cuenta de que estaban magullados por el beso forzado de Grantleigh, no por su llanto—. No lo aceptaré, mamá. Un hombre que podría hacer eso no es quien yo pensaba que era —Aurelia permaneció de pie, caminando de un lado a

otro. Su miedo y angustia de la noche anterior habían dado paso a la ira ahora, furia porque Grantleigh los había engañado a todos con su carácter. Si era capaz de atacar a una chica confiada e inocente de esa manera, ¿quién sabía de qué más sería capaz?

—Entonces tus opciones se limitan a una, me temo —Lady Lymsey también se puso de pie, extendiendo la mano para colocarla sobre los hombros de Aurelia—. Stowe dejó claro a tu padre que tiene la intención de cumplir su oferta de matrimonio, si esa es tu elección.

—Stowe —dijo Aurelia, pensando en la forma en que la había mirado tan seriamente mientras se inclinaba en el carruaje.

—Cualquier madre sueña con que su hija se convierta en duquesa, Aurelia, y Stowe es uno de los pocos duques elegibles en Inglaterra. No solo eso, sino que es joven, rico y lo suficientemente honorable como para ofrecerse a arreglar los errores de su primo. Sé que lo conociste por primera vez anoche, pero...

—No tengo mucha elección, ¿verdad?

—Me temo que no —Lady Lymsey no hizo ningún intento de endulzar la verdad para ella—. Si fueras nuestra única hija, haríamos todo lo posible por ofrecerte más opciones, quizás irnos a casa a Cornualles por un tiempo hasta que todo el alboroto se calmara, pero tenemos que considerar a Ophelia y Viola.

—No puedo manchar sus futuros con ningún indicio de escándalo —acordó Aurelia. Por nada permitiría que eso sucediera, no mientras tuviera en su poder protegerlas de la mancha asociada con una hermana mayor que había sido comprometida y no se había casado.

—Desearía que pudiera ser de otra manera, pero eres una chica sensata, Aurelia, y si estás decidida contra Grantleigh, entonces me temo que debes casarte con Stowe tan pronto como sea posible —Lady Lymsey parecía genuinamente apenada, pero también firme. Aurelia lo entendía perfectamente. Con dos hijas menores que considerar, sin mencionar la carrera política de Lord Lymsey y la posición de toda la familia en la Sociedad en juego, Aurelia debía aceptar su destino.

Solo había intercambiado unas pocas palabras con el Duque de Stowe, pero reunió su compostura y pidió ver a su padre. Solicitaría que enviara un mensaje al Duque de Stowe informándole de su decisión y su preferencia de que la boda se celebrara lo antes posible.

Después de todo, realmente no tenía otra opción.

—Cielos, Grantleigh, ¿qué hiciste?

Nathan Grantleigh bajó su periódico y frunció el ceño por encima de este al hombre que acababa de tomar asiento frente a él en su club, sin invitación alguna. Lord Harrel era un antiguo

compañero de escuela, pero nunca había sido un amigo cercano, y Grantleigh bien podía prescindir de su compañía ahora.

—No sé a qué te refieres, Harrel —dijo con tono represivo.

—¿En serio? —Lord Harrel sonrió con aire sugerente—. Pues tienes muy mala memoria, entonces. Mi madre dice que hubo un incidente en la biblioteca de la casa de los Stowe ayer por la noche. Dijo que la hija de Lymsey se vio envuelta en una situación algo escandalosa.

—Estamos comprometidos —dijo Grantleigh—, o lo estaremos pronto. Sabes que sus padres querían que tuviera una temporada antes de que nos casáramos.

—¿Es por eso que Colesworth dice que te retará a duelo cuando te alcance?

El periódico cayó al suelo cuando Grantleigh se enderezó de golpe, y Harrel se rio entre dientes, obviamente complacido de haberlo alterado.

—Recibí una nota de Louis esta mañana. Está furioso, dice que te arrancará el corazón. Parece que su padre lo confinó a la casa por el día, así que supongo que el conde planea alcanzarte primero. Si yo estuviera en tu lugar, consideraría pasar unos días fuera de la ciudad para dejar que los ánimos se calmen.

Abriendo la boca para desacreditar la sugerencia por absurda, Grantleigh de repente se dio cuenta de que era el centro de bastantes miradas de reojo, mientras otros hombres en la sala se agrupaban en círculos cerrados y hablaban en voz baja.

—Me atrevo a decir que a estas alturas ya le habrán informado a Lymsey que estás aquí —dijo Harrel.

Grantleigh recordó que siempre había pensado que Harrel era un pequeño imbécil odioso cuando estaban en la escuela juntos. Los años transcurridos no lo habían mejorado.

—Maldito sea Stowe por entrometerse, de todos modos —murmuró Grantleigh entre dientes. Si su primo simplemente se hubiera abstenido de entrar unos minutos más, las damas habrían visto a Aurelia en sus brazos y ese habría sido el fin del asunto. Probablemente estaría reuniéndose con Lymsey esta misma mañana para discutir los acuerdos.

En cambio, las mujeres probablemente entraron para encontrar a Aurelia con el vestido rasgado, sola, porque Stowe se habría escabullido rápidamente, el hombre no tenía idea de cómo hablar con las damas. Louis probablemente estaba furioso porque Grantleigh se había visto obligado a dejar sola a Aurelia.

Dicho esto, todavía estaba molesto porque Aurelia había armado tanto alboroto por besarla. ¿Qué había pensado que iba a pasar cuando lo acompañó a la biblioteca? Realmente no había tenido la intención de rasgarle el vestido, pero la tonta manera en que intentó apartarlo lo enardeció, y

decidió darle una lección sobre quién era su amo. Pronto aprendería a disfrutar de sus atenciones, una vez que estuvieran casados. Ciertamente no toleraría ningún rechazo o negación de sus derechos conyugales.

Pero primero tenía que llevarla al altar, y parecía que Louis tenía una impresión completamente equivocada sobre las acciones e intenciones de Grantleigh. Tal vez sería mejor dejar Londres por unos días, permitir que el temperamento de Louis se enfriara. Si se estaban extendiendo rumores sobre Aurelia, Lord Lymsey pronto vería que no había otra opción más que permitirle casarse con Grantleigh tan rápida y silenciosamente como fuera posible. Lo recibirían de vuelta con alivio y los brazos abiertos. Vaya, Lymsey probablemente incluso se tomaría la molestia y el gasto de obtener la licencia especial para tenerla lista cuando Grantleigh regresara, lo que le ahorraría muchos problemas.

Dos semanas, juzgó Grantleigh en privado. Dos semanas serían suficientes, con todos reuniéndose en las fiestas navideñas sin nada mejor que hacer que chismorrear sobre sus superiores, para que la familia Lymsey comenzara a entrar en pánico seriamente. Podría ir a su finca cerca de Bath; rara vez se molestaba en visitarla ya que era pequeña y no tan lujosa como la casa de los Stowe en la ciudad, pero supuso que debería revisarla y ver qué debería hacer con ella una vez que se pagara la dote de Aurelia.

—Me voy de la ciudad —le dijo a Harrel, quien escuchó ávidamente, obviamente esperanzado de obtener algún chisme—. Dejaré que Louis se calme.

—¿A dónde irás? —preguntó Harrel.

Grantleigh reprimió un resoplido despectivo. Harrel se lo diría a cualquiera que preguntara, y entonces Louis estaría tras su pista en cuestión de horas. —A Nottingham —mintió con facilidad, y añadió un grano de verdad—. Tengo amigos allí que me invitaron a visitarlos en Navidad. —Decidido a asegurar a Aurelia, había rechazado la invitación, pero la carta aún estaba en su escritorio en la casa de la ciudad, lo cual Stowe descubriría si se molestaba en ayudar a Lymsey a buscar. Sumado al testimonio de Harrel sobre lo que había dicho, con suerte cualquier persecución iría en una dirección completamente equivocada.

¡Maldito sea Stowe de todos modos! La intrusión de su primo en el momento justo equivocado ponía un obstáculo en los planes de Grantleigh, pero solo sería temporal. Aurelia sería la nueva Lady Grantleigh antes de que terminara enero. Estaba bastante decidido en ello.



# Capítulo Seis

TRES DÍAS DESPUÉS, AURELIA ESTABA DE PIE EN el salón de la casa de los Lymsey junto al Duque de Stowe, aceptándolo como su esposo. Vestida con uno de los hermosos vestidos que habían sido encargados para su temporada en Londres, los cuales ahora formarían parte de su ajuar, lucía excepcionalmente bella. Al menos eso decía todo el mundo.

Aurelia no se sentía hermosa. Se había visto más pálida que la nieve cuando se miró al espejo, con los ojos hundidos por la falta de sueño. Al menos no era la única que parecía agotada, pensó, mirando más allá de su nuevo marido hacia Lady Grantleigh, la única de sus parientes que asistió a la boda.

Lord Grantleigh no había sido visto desde que abandonó la casa de los Stowe la noche que la atacó, y Lady Grantleigh obviamente había recibido con dureza la noticia del comportamiento vergonzoso de su hijo y su posterior desaparición. Aun así, le sonrió a Aurelia cuando el obispo la declaró esposa de Stowe, y Lady Lymsey entrelazó su brazo con el de Lady Grantleigh en una muestra de apoyo.

Stowe tomó su mano, y Aurelia miró hacia abajo mientras él le ponía un anillo en el dedo, una pesada pieza de oro con un rubí de corte cuadrado engastado encima. Parecía muy antiguo y muy valioso, y era demasiado grande para su dedo. Cerró el puño para evitar que se deslizara, y captó el ceño fruncido de Stowe por el rabillo del ojo. ¡Bueno, no era su culpa que el anillo fuera demasiado grande!

Ophelia y Viola se apresuraron a felicitarla, Viola ofreciendo una reverencia exageradamente profunda y llamándola inmediatamente Su Gracia.

—Oh, basta —dijo Aurelia, medio riendo.

—No, no —dijo Stowe—, más bajo.

Viola estalló en risitas, mirándolo especulativamente, y él le guiñó un ojo.

La pequeña broma alivió un poco el nudo helado que parecía haberse instalado en la boca del estómago de Aurelia. A pesar del semblante sombrío que Stowe mostraba la mayor parte del tiempo, tenía sentido del humor y no estaba por encima de bromear con su hermana pequeña. Grantleigh apenas reconocía la existencia de Viola, señaló una vocecita en su cabeza, y ella la descartó. No pensaría en Grantleigh hoy, no dejaría que arrojara una sombra sobre su día de boda más de lo que ya lo había hecho.

Lady Lymsey había insistido en organizar un desayuno de bodas, y había invitado a varios de los amigos más cercanos de la familia, así como a todos los miembros de la familia que estaban en Londres, muchos de los cuales Aurelia apenas conocía. Sin embargo, todos y cada uno de ellos se acercaron a ofrecer sus felicitaciones a la nueva duquesa, y nadie siquiera susurró que el matrimonio nacía del escándalo.

—Nadie lo recordará en unas semanas —había prometido Lady Lymsey mientras anidaba la tiara de diamantes de los Lymsey en el cabello de Aurelia esa mañana—. Tu matrimonio será la comidilla durante nueve días, y se olvidará tan pronto como llegue la siguiente emoción. ¡Nadie se atrevería a insultar a tu marido continuando con los chismes de todos modos!

La tiara, y el collar y los pendientes a juego, eran ridículamente pesados. Aurelia ya sentía el cuello arañado por los bordes afilados del collar, y un dolor de cabeza comenzaba a golpear sus sienes. De alguna manera, logró superar el desayuno, picoteando algunas de las delicias que le pusieron delante y asintiendo y sonriendo durante las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.



Su nueva esposa había estado pálida cuando entró en el salón del brazo de su padre, y su palidez solo se había acentuado a medida que avanzaba el día. Cuando se levantaron de la mesa, ella se tambaleó brevemente, y Stowe extendió instintivamente la mano para sostenerla.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —preguntó en voz baja.

Unos ojos enormes se alzaron para encontrarse con su mirada, y su corazón se encogió por ella al ver las oscuras sombras debajo.

—Es pesada —susurró, y él frunció el ceño antes de darse cuenta de que debía referirse a la enorme tiara que llevaba puesta. Parecía pesada, con espirales de diamantes, cada uno del tamaño de su dedo meñique, elevándose en un arco del ancho de su mano.

—¿Le gustaría marcharse? —preguntó, sabiendo que tendría que quitarse los diamantes para devolverlos. Eran las joyas heredadas de los Lymsey y no eran suyas para quedárselas, aunque como hija de la casa, por supuesto, las llevaría para casarse.

—Sí —dijo sin rodeos, obviamente demasiado cansada para encontrar palabras bonitas, y él asintió.

—Vaya a prepararse para partir. Enviaré a su madre con usted y haré que preparen el carruaje. —La observó mientras se dirigía al pie de las escaleras; su hermana Ophelia se apresuró a acompañarla, así que él centró su atención en encontrar a sus padres y avisarles de que planeaba marcharse.

Lymsey no pareció complacido con la noticia, pero su expresión se suavizó un poco cuando Stowe explicó que Aurelia parecía cansada.

—Planeo llevarla a Stowe House y dejarla descansar. Dudo que haya dormido mucho en los últimos días.

Lymsey dudó, y Stowe adivinó lo que el conde quería preguntar incluso antes de que balbuceara las palabras.

—Ah, ¿va a, eh...?

—Planeo darle a Lady Aurelia todo el tiempo que necesite para adaptarse a nuestro matrimonio —lo interrumpió Stowe antes de que el conde los avergonzara a ambos—. Ella no me conoce en absoluto, y usted y yo apenas nos conocemos mejor, pero le prometo que no soy un hombre cruel, Lord Lymsey. Le concederé todas las cortesías.

—Bien, bien. —Lymsey pareció visiblemente aliviado—. No habría permitido que el matrimonio se llevara a cabo si no pensara que es usted un hombre de honor.

—Aunque las circunstancias no hayan sido como ninguno de los dos habría deseado, milord —ofreció Stowe—, me siento verdaderamente honrado de que confíe en mí a su hija, y prometo hacer todo lo posible por mantener esa confianza tratándola con el mismo cariño que obviamente ha recibido toda su vida de su familia.

—Me alegra el corazón oírle decir eso. Aurelia es muy querida para su madre y para mí, y esperamos verlos mucho a ambos en el futuro.

Stowe reconoció el comentario más como una petición que otra cosa, e hizo una reverencia.

—Usted y toda su familia son bienvenidos en cualquiera de mis casas en cualquier momento, Lord Lymsey.

—Al igual que usted y los suyos en la mía, excepto Lord Grantleigh, por supuesto. —Lymsey bajó la voz—. ¿Ha sabido algo?

—Me temo que se ha escondido. Me acerqué a Bow Street y tengo a dos de sus mejores investigadores buscándolo, además de mis propios hombres. —Stowe hizo una mueca—. Supongo que entró en razón y se retiró algo alarmado. He enviado hombres a su finca y a un par de propiedades menores que posee, pero podría llevar algún tiempo localizarlo. Una vez que lo haga, le consultaré sobre el mejor curso de acción. —Miró al otro lado de la habitación hacia el vizconde Colesworth, quien bebía malhumorado una copa de vino mientras se encontraba solo junto a la chimenea.

—Planeo enviar a Louis fuera —dijo Lymsey, adivinando obviamente la dirección de sus pensamientos—. Es joven e impetuoso; unos meses en el continente le vendrán de maravilla de todos modos. Tengo amigos con hijos de edad similar, y planeamos contratar un tutor y enviarlos juntos.

No era el peor plan que Stowe había escuchado, y ciertamente alejaría a Colesworth de la situación. Era lo suficientemente joven e imprudente como para desafiar a Grantleigh si encontraba primero a su antiguo amigo, lo que podría resultar desastroso para ambas familias.

—¿Cuándo? —preguntó con curiosidad.

—Tan pronto como se pueda organizar. Habíamos planeado regresar a casa en Cornualles para Navidad, y he hecho averiguaciones sobre barcos que zarpan de Plymouth, en lugar de que Louis regrese a Londres. Mis propias, eh, investigaciones indicaron que Grantleigh podría haberse dirigido hacia el norte. —Lymsey le lanzó a Stowe una mirada de disculpa—. Mantener a Louis lo más lejos posible de él es lo mejor para todos, creo.

Stowe estaba completamente de acuerdo, y no guardaba ningún rencor contra Lymsey por realizar sus propias investigaciones sobre el paradero de Grantleigh. Con Aurelia casada a salvo, Lymsey aún tenía que preocuparse por un hijo impetuoso.

—Si puedo ser de alguna ayuda, solo tiene que pedirlo —ofreció.

Lymsey inclinó la cabeza en agradecimiento, aunque Stowe sospechaba que el experimentado político tenía contactos mucho mejores que un hombre que había pasado la última década luchando con un regimiento de fusileros. Aparte de ir con los jóvenes y guiarlos personalmente por España o Italia, había poco que pudiera hacer.

—¡Aquí están! —Lady Lymsey salió del salón para encontrarlos de pie al pie de las escaleras—. ¿Dónde está Aurelia?

—Se siente cansada —dijo Stowe, sintiéndose incómodo por informar a la madre de Aurelia sobre sus sentimientos—. Le sugerí que se preparara para irse y la llevaré a casa para que descanse.

—Pero... —comenzó Lady Lymsey, y luego obviamente se contuvo. Miró a su esposo, quien puso su mano en su brazo en un gesto suavemente tranquilizador y curiosamente íntimo—. Por supuesto, Su Gracia. —Hizo una pequeña reverencia respetuosa.

—Por favor —dijo Stowe torpemente—, no lo haga, milady. Ahora somos familia. Espero que me llame Stowe.

Lady Lymsey lo consideró con ojos azules muy parecidos a los marrones de su hija, inclinando ligeramente la cabeza.

A pesar de ser casi treinta centímetros más alto que la condesa, Stowe se sintió pequeño bajo su escrutinio. Había pasado solo unos minutos en su compañía desde el impactante momento en su biblioteca cuando ella había saltado a la conclusión equivocada sobre su encuentro a solas con Aurelia y su vestido rasgado, pero había oído lo suficiente sobre ella para saber que era tan respetada entre las damas que gobernaban la sociedad educada como su esposo lo era en los pasillos del Parlamento.

—Stowe —dijo Lady Lymsey al fin—. Su preocupación por Aurelia es bienvenida. ¿Podría visitar por la mañana para ver cómo se siente?

—Por supuesto, y por favor, traiga a sus otras hijas con usted. No tengo duda de que Aurelia agradecerá la compañía de sus hermanas.

Pasos ligeros en las escaleras detrás de él lo hicieron volverse para ver a Aurelia descendiendo, todavía vistiendo su hermoso vestido de seda a rayas azules y blancas, pero ahora con una capa azul pálido encima y un sombrero en la cabeza. Ophelia la seguía un par de pasos detrás, secándose algunas lágrimas con un pañuelo de encaje.

—Mi señora. —Stowe hizo una reverencia cuando Aurelia descendió el último escalón para pararse a su lado, pero no le ofreció su brazo. Cuando ella lo miró, frunciendo ligeramente el ceño confundida, él dijo—: Querrá despedirse de sus padres, por supuesto.

—Oh, sí, por supuesto. —Besó la mejilla de su padre y fue envuelta en un cálido abrazo por su madre, quien le susurró al oído durante varios largos momentos.

Aurelia parecía aún más pálida cuando se apartó, y Stowe se preguntó qué le habría dicho su madre que la angustió tanto. ¡Esperaba que no fuera nada sobre someterse a sus demandas maritales, ya que no tenía intención de hacer ninguna!

Afuera estaba lloviendo, pero un lacayo esperaba con un paraguas para asegurarse de que Aurelia se mantuviera lo más seca posible, y Stowe la ayudó a subir a su carruaje él mismo. Ella miró brevemente el lujoso interior acolchado y tapizado antes de acomodarse en un rincón, aparentemente intentando hacerse lo más pequeña posible.

Stowe suspiró mientras tomaba su propio asiento frente a ella, dándose cuenta de que tenía pocas opciones más que iniciar la incómoda conversación lo antes posible. Aurelia estaba obviamente asustada, y no la dejaría sintiéndose así más tiempo del necesario.

—Mi señora —comenzó, luego cambió de opinión—, Aurelia.

Los ojos marrones brillaron con lágrimas que obviamente se esforzaba por contener mientras obedientemente volvía la cabeza para mirarlo.

—¿Sí, milord?

—Por favor, no me llames así. Stowe estará bien, pero mi nombre de pila es Rhys, si quieres usarlo. Hace demasiado tiempo que nadie lo hace, para ser franco. Me gustaría oírlo de ti.

Sus labios formaron Rhys pero aún no lo dijo en voz alta. Él podía contentarse con eso, sin embargo.

—Por favor, permítame tranquilizarla, Aurelia. No tengo intención de exigir mis derechos conyugales esta noche. Las circunstancias nos han unido en matrimonio, pero la verdad es que somos extraños el uno para el otro.

Esos magníficos ojos lo inspeccionaron de nuevo, y él se preguntó qué estaría pensando. —Necesitará un heredero —dijo finalmente.

—Tiene razón, pero no tengo prisa. Habrá tiempo suficiente para eso una vez que nos conozcamos y confiemos el uno en el otro.

—Está siendo muy amable —susurró Aurelia—. Gracias.

—No tiene que agradecerme, Aurelia. Para bien o para mal, estamos casados, y preferiría no comenzar nuestra vida juntos siendo un patán exigente —vaciló, pero luego añadió—: No debe temer nunca que la trate tan bruscamente como lo hizo mi primo. Prefiero que mis parejas estén dispuestas.

—Ya veo —bajó la cabeza para mirar su regazo, ocultando su expresión y dejándolo mirando la parte superior de su sombrero.

Stowe tuvo la desagradable sensación de que había dicho algo incorrecto, pero no podía descifrar qué. El silencio se extendió hasta la incomodidad, y se sintió agradecido cuando el carruaje se detuvo.

La lluvia había cesado, aunque brevemente, y Stowe saltó antes de hacer un gesto al lacayo para que se retirara y volverse para ayudar a Aurelia a bajar él mismo. Ella colocó su mano enguantada en la de él para aceptar su ayuda, pero mantuvo su rostro apartado de él mientras bajaba y lo acompañaba por los escalones de la entrada de la casa.

Stowe murmuró una maldición entre dientes cuando se dio cuenta de que todo el personal se había reunido para dar la bienvenida a su nueva señora; debería haber supuesto que estaría cansada y haberles pedido que esperaran hasta mañana. A punto de despedirlos, se detuvo cuando Aurelia entregó su sombrero a una doncella que esperaba y dijo:

—¡Oh, qué amables son todos ustedes al salir a recibirme! ¿Me presentará a su ama de llaves, Stowe, para que pueda decirme quién es cada uno?

Su sonrisa era brillante, pero él pensó que era frágil, como si la expresión pudiera quebrarse en cualquier momento.

—¿Está segura? —preguntó en voz baja—. Entenderán que está cansada...

—Puede que no me haya querido como su duquesa, Stowe —respondió ella igual de bajo, aunque él notó que aún no miraba sus ojos—. Pero para esta gente, eso es lo que soy, y no los decepcionaré en mi primer día.

Él quería discutir el punto, decirle que no podía pensar en nadie más adecuada para ser duquesa, pero ella ya estaba avanzando para pararse frente al ama de llaves.

—Señora Tanwell —dijo Stowe, cediendo a la demanda tácita de Aurelia.

—Su Gracia —la señora Tanwell hizo una profunda reverencia, y Aurelia sorprendió tanto al ama de llaves como a Stowe al reír.

—¡Oh, por favor, no haga una reverencia tan profunda ante mí! ¡Ya sé que dependeré completamente de usted para que me enseñe todo lo que necesito saber sobre las preferencias de mi señor y lo que el hogar necesitará de mí!

—Lo que desee, mi señora.

Había encantado a su ama de llaves con una risa y unas pocas palabras, y Stowe observó asombrado cómo continuaba por la fila de sirvientes, escuchando mientras la señora Tanwell enumeraba los nombres y la posición de cada uno. Todos ellos estaban bajo su hechizo en un cuarto de hora, y Stowe sacudió la cabeza en silencioso asombro. Siguiendo la estela de Aurelia, pensó que podría aprender mucho de su esposa. Aunque fuera más de una década menor que él, había vivido toda su vida aprendiendo de un maestro político y una de las mejores anfitrionas de la sociedad. Sin duda, ella tenía una idea mucho mejor de cómo ser duquesa que él de cómo ser duque.

Por fin, llegaron al final de la fila y a una muy impresionada fregona que no podía tener más de doce años. La niña hizo una reverencia tan profunda que casi se cayó, pero Aurelia no se rió, extendiendo la mano para estabilizarla suavemente con una mano en su codo y unas palabras amables.

La señora Tanwell captó la mirada de Stowe y le dio una mirada de inequívoca aprobación. Él sonrió en respuesta, obviamente sorprendiendo al ama de llaves, que pareció brevemente sobresaltada antes de suavizar rápidamente su expresión.

—Le agradecería si pudiera escoltar a Lady Stowe para que vea sus habitaciones, señora Tanwell —dijo Stowe—. Ha sido un día largo. Y creo que ambos tomaremos una cena ligera en nuestras habitaciones; no hace falta molestar a todos para preparar una cena formal.

—Por supuesto, Su Gracia —la señora Tanwell hizo una rápida reverencia y se volvió hacia Aurelia con una sonrisa deferente—. ¿Me seguiría, Su Gracia? —Con un rápido gesto, dispersó al resto del personal, excepto a dos doncellas de piso que la siguieron mientras se llevaba a Aurelia escaleras arriba.



# Capítulo Siete

AURELIA MIRÓ HACIA ATRÁS MIENTRAS SUBÍA LA IMPONENTE escalera de mármol, con una mano en el pasamanos de latón pulido para mantener el equilibrio. La mirada de Stowe estaba fija en ella, y fruncía el ceño. ¿Acaso desaprobaba que se hubiera tomado el tiempo para hablar con todos los sirvientes?

No se arrepentiría de haberlo hecho, ni siquiera si el precio era el disgusto de su nuevo marido. Muchos aristócratas parecían no notar nunca a quienes trabajaban para ellos, pero a Aurelia la habían criado para ser muy consciente de que los sirvientes eran personas, con familias y sentimientos. Sus padres eran firmes defensores de pagar buenos salarios y tratar bien a sus sirvientes, y Lady Lymsey insistía en que la lealtad que recibían a cambio valía más que el gasto.

Siguiendo a la ama de llaves por un amplio pasillo lleno de obras de arte, Aurelia redujo el paso para mirar los cuadros, preguntándose quién los habría elegido. Seguramente no el duque actual; parecían llevar colgados mucho tiempo. En su mayoría, eran escenas de caza y batalla oscuras y deprimentes, intercaladas con algún retrato ocasional de un caballo extremadamente mal proporcionado.

Al notar sus observaciones, la señora Tanwell se detuvo.

—El anterior señor era un gran coleccionista de arte —comentó, con tono neutral.

—Ya veo —respondió Aurelia, mirando los ornamentados marcos dorados de estilo rococó en la mayoría de los cuadros—. Me imagino que deben ser bastante difíciles de mantener bien desempolvados.

Una de las doncellas que las seguían se rió por lo bajo, llevándose la mano a la boca de inmediato, con los ojos muy abiertos por el horror ante su propio atrevimiento.

La señora Tanwell observó a Aurelia en silencio por un momento antes de decir:

—Tiene usted razón, mi señora, pero la casa cuenta con suficiente personal para ocuparse de tales asuntos.

—Sin duda, ya que no veo ni una mota de polvo —Aurelia reconoció a la ama de llaves con un gesto de cabeza, y la mujer mayor le devolvió la sonrisa, obviamente halagada por su observación—. Debo decir que no me agrada particularmente la temática. Los pájaros muertos, en concreto, nunca han sido de mi agrado —arrugó la nariz ante un cuadro de un par de faisanes colgados.

—Da la casualidad de que al anterior señor tampoco le gustaban mucho estos cuadros en particular. Verá, nunca venía a Londres y guardaba todos sus favoritos en Stowe Park. Tengo entendido que hay algunas piezas muy buenas de Stubbs allí, entre otros.

Guardando la información, Aurelia hizo un gesto a la señora Tanwell para que continuara, y pronto llegaron al final del pasillo. Con una puerta a cada lado, la señora Tanwell indicó la puerta de la derecha sin abrirla.

—La habitación de Su Gracia, mi señora. Y a este lado está su dormitorio —abrió la puerta de la izquierda.

Aurelia miró a su alrededor mientras se quitaba los guantes. Aunque había un fuego crepitando en la chimenea, era lo único alegre de la habitación, empapelada con un papel pintado rojo oscuro con un estampado dorado apagado. La cama era enorme, una cama con dosel de roble envejecido, casi negro, con colgaduras de brocado de un rojo oscuro similar al del papel pintado. Las cortinas de la misma tela ocultaban a medias las ventanas altas y estrechas y contribuían al efecto lúgubre general de la habitación.

La señora Tanwell y las doncellas se afanaban en encender aún más velas para añadir a las que ya estaban encendidas, y Aurelia levantó la mano para detenerlas.

—Por favor, no lo hagan. Me siento fatigada y me gustaría acostarme un rato.

—¡Por supuesto, mi señora! —exclamó la señora Tanwell, sacudiendo la cabeza—. Le ruego me disculpe. Ah, ¿no trajo usted una doncella de Lymsey House?

No lo había hecho, prefiriendo dejar atrás a la adusta Mary. Ella misma elegiría una nueva doncella, al menos si su marido se lo permitía.

—Lottie y Emma están bien instruidas, si me permite que la atiendan —la señora Tanwell indicó a las dos doncellas, que hicieron una reverencia con deferencia—. Todas sus cosas fueron enviadas desde Lymsey House ayer y han sido guardadas en su vestidor.

Aurelia estaba demasiado cansada para que le importara, pero agradeció a la ama de llaves e indicó su satisfacción con las doncellas asignadas. Fueron silenciosas y eficientes mientras la

ayudaban a cambiarse a un camisón y una bata y le quitaban las horquillas que sujetaban su cabello en lo alto de la cabeza. Dejó escapar un pequeño gemido de alivio cuando la pesada masa se desplomó para fluir alrededor de sus hombros.

Stowe frunció el ceño al ver que la puerta de la habitación de la duquesa estaba abierta, y se detuvo afuera para echar un vistazo, esperando encontrar a alguien que acababa de salir, aunque pensó que todos los sirvientes usarían la puerta de servicio en el vestidor, desde donde una estrecha escalera conducía a la cocina. ¿Tal vez la señora Tanwell tenía obligaciones en otro lugar arriba?

El ama de llaves no estaba a la vista, pero ciertamente se llevó una buena imagen de su nueva esposa. Sentada en un taburete frente al tocador, con un vestido y una bata blancos, su cabello dorado cayendo a su alrededor, era una criatura de luz en una habitación llena de oscuridad. De pie en las sombras del pasillo, Stowe tragó saliva.

Le había prometido a Aurelia que no la tocaría hasta que ella estuviera lista, pero mirarla era suficiente para tentarlo incluso cuando estaba completamente vestida. La visión de ella preparándose para dormir le hizo querer entrar y despedir a sus doncellas antes de tomar lo que la ley decía que era suyo por derecho.

Dar un solo paso más sería abandonar todo honor, sin embargo, y no rompería su promesa y la pequeña cantidad de confianza que Aurelia pudiera tener en él. Tan silenciosamente como pudo, abrió la puerta de su propia habitación y entró, apartando los ojos con reluctancia de su hermosa esposa.

El sueño tardaría en llegar, si es que llegaba. Su ayuda de cámara Harris lo miró inquisitivamente cuando lo despidió con un gesto y se puso a caminar por la habitación.

—¿Se preparará para unirse a su señoría, mi lord? —se aventuró Harris después de varios minutos de silencio interrumpido solo por el golpeteo rítmico de las botas de Stowe.

—No —no necesitaba explicarse, pero lo hizo de todos modos, esperando que el ayuda de cámara se asegurara de que los otros sirvientes no chismorrearan—. Ella no me conoce. Sería cruel.

—Eso es muy considerado de su parte, mi lord —Harris le dio un gesto de aprobación—. ¿Qué hay de las sábanas?

—Cristo —ni siquiera había pensado en eso. Las sábanas seguramente serían inspeccionadas por la mañana, y la ausencia de sangre daría lugar a chismes que podrían dañar aún más la reputación de Aurelia.

—Si me permite ayudarle, milord, estoy seguro de que podría conseguir algo de sangre de pollo, ¿quizás? —sugirió Harris—. Podría explicarle a su señoría la necesidad...

Aurelia lo entendería, lo sabía, pero explicárselo no era una perspectiva que le agradara. —Ayúdame a quitarme este traje —dijo finalmente—, y ve a buscar un pollo o algo. Le explicaré a su señoría una vez que las doncellas se hayan ido.

—Muy bien, milord. —Harris era bastante imperturbable, y Stowe no pudo evitar preguntarse si el ayuda de cámara alguna vez había tenido que cazar un pollo en plena noche para obtener sangre y fingir la pérdida de virginidad de una novia aristocrática.

Estaba bastante seguro de que no quería saber la respuesta, así que se abstuvo de preguntar.

Respondiendo a un suave golpe en la puerta un poco más tarde, Harris intercambió unas palabras con quien fuera que estuviera afuera antes de volverse hacia Stowe.

—Su señoría ya está en la cama, milord —dijo, inclinando la cabeza hacia la puerta con un gesto exagerado, por el cual Stowe entendió que al menos una de las doncellas había entregado el mensaje y probablemente estaría observando desde el pasillo para ver si iba a la habitación de Aurelia.

—Hablaré con ella. Ve a conseguir algo de sangre, y por el amor de Dios, no dejes que nadie sepa lo que estás haciendo.

—Siempre podría abrirme una vena, milord —dijo Harris, con cara seria.

—No nos pongamos tan drásticos, Harris. —Stowe le lanzó una mirada sardónica al ayuda de cámara—. Si alguien va a sangrar por el honor de mi señora, debería ser yo, de todos modos. Pero veamos si podemos encontrar un pollo primero.

Harris solo hizo una reverencia, y Stowe suspiró, ajustándose firmemente la bata. No tenía sentido retrasar las cosas; si esperaba, era probable que Aurelia se quedara dormida y se asustara si la despertaba. Abriendo la puerta, cruzó el pasillo hacia la mitad de la suite principal de la duquesa y abrió la puerta sin llamar, fingiendo no ver a la doncella que acechaba al final del pasillo.

Aurelia se incorporó de golpe en la cama con un chillido ahogado de sorpresa cuando su puerta se abrió inesperadamente y Stowe entró. Él se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio, antes de cerrar la puerta y cruzar para pararse junto a la cama.

—Prometiste que no lo harías —balbuceó ella, aferrándose a la colcha.

—Y no lo haré —dijo él en voz baja—, pero mi ayuda de cámara señaló que es probable que examinen tus sábanas por la mañana.

—Oh. ¡Oh! —Segura de que su cara estaba ardiendo, agachó la cabeza.

—He enviado a Harris a buscar un pollo u otra fuente de sangre disponible. Cuando regrese, me la traerá y mancharemos tus sábanas antes de que alguien más pueda verlas.

—Eres muy considerado, milord.

—¿Creía que habíamos acordado que me llamarías Stowe?

La cama se hundió ligeramente, y ella lo miró de reojo para descubrir que se había sentado en el borde.

—Lo siento —murmuró él—, pero volver a mi propia habitación en uno o dos minutos creará chismes que preferiría evitar.

Ella reconoció el punto, aunque su cara volvió a arder al darse cuenta de que todos en la casa asumían que ella y Stowe estaban en ese momento consumando su matrimonio. —No me importa que estés aquí —dijo, sorprendida al darse cuenta de que era cierto. Confiaba en su palabra de que no la tocaría y solo estaba preocupada por su reputación ante el personal.

Stowe dejó escapar un suspiro y se recostó contra el poste de la cama al pie de esta. La miró con expresión meditativa. —¿Qué quieres de este matrimonio, mi señora?

Asombrada, ella lo miró con los ojos muy abiertos, ya sin sentirse cansada. —¿Perdón?

—Aunque el matrimonio no se consumará en este momento, pocos fuera de esta habitación serán conscientes de ello, y anular el matrimonio no es algo que me gustaría contemplar.

—No —Aurelia estuvo de acuerdo en voz baja—. Ni a mí. —Ella tendría mucho más que perder que él con una anulación; se presumiría que él la había encontrado insatisfactoria, ¿y qué hombre se casaría con ella entonces? Mientras que Stowe era un duque. No tendría problemas para encontrar otra novia.

—Por lo tanto, nos corresponde a nosotros sacar el mejor partido de la situación, ¿no es así? Soy yo quien sale más beneficiado de esta unión, soy muy consciente de ello. Eres joven, hermosa y dulce, y yo... bueno, he pasado demasiado tiempo en el campo de batalla y muy poco entre la sociedad civilizada.

Aurelia medio sonrió. —A veces, la Sociedad no es para nada civilizada, milord.

—Rhys.

—Me pediste que te llamara así antes. ¿Suena galés?

—Es uno de mis nombres, el único que mi madre eligió para mí. Rhys era el nombre de su padre, y sí, ella era galesa. —No sonrió, pero había un indicio de suavidad alrededor de sus ojos—. Me temo que no la recuerdo. Murió de fiebre puerperal cuando yo tenía solo unos días de nacido.

—¿Así que usas el nombre que ella te dio para honrarla?

—Y para irritar a mi padre. —Su mandíbula se tensó brevemente, inclinando la cabeza, antes de levantarla para mirarla a los ojos de nuevo—. Estoy seguro de que has oído historias sobre lo terrible que era, pero dudo que se acercaran siquiera a una décima parte de la verdad. Era un monstruo, y hubo momentos durante mi infancia en los que envidiaba a mi madre. Al menos en la muerte, ella escapó de su tiranía.

—Oh, Rhys. —Instintivamente, extendió una mano, queriendo consolarlo—. Lo siento mucho. No puedo imaginar cómo debe haber sido vivir con un padre así.

Él extendió su mano a su vez, dejando que sus dedos se rozaran levemente antes de retirarla. —Me alegro de que nunca hayas tenido que hacerlo. Si vamos a tener hijos, en algún momento en el futuro, un padre que sepa cómo debe ser una familia sana aumenta nuestras posibilidades de criarlos para que sean personas buenas y decentes, aunque nunca hay garantías.

Aurelia frunció el ceño, sin estar segura de lo que quería decir. —Eres una persona buena y decente, aunque nunca conociste a tu madre y tu padre suena perfectamente horrible.

—Gracias por decir eso. —Esa suavidad apareció de nuevo alrededor de sus ojos, antes de que sacudiera la cabeza—. Aunque en realidad estaba pensando en mi primo, que creció con dos padres maravillosos y, sin embargo, aparentemente no tiene idea de lo que es el honor o el comportamiento de un caballero.

Ella se encogió un poco, pensando en Grantleigh. —Supongo —estuvo de acuerdo después de un momento—. Sin embargo, era excepcionalmente bueno haciendo creer lo contrario a la gente. Ciertamente me engañó.

Stowe debió haber notado la amargura en su voz, porque se movió y le tomó la mano, sosteniéndola esta vez. —No te culpes, Aurelia. Mi tía ya lo ha hecho suficiente, y no creo que nadie deba ser culpado por el comportamiento de otro.

—Lady Grantleigh debe estar devastada —su mano era cálida y fuerte contra la fría de ella; Aurelia se aferró cuando quizás él podría haberse soltado.

—Lo está, pero estaba muy decidida a asistir a la boda. Te tiene mucho cariño.

—Y yo a ella. Me alegro de ser parte de su familia —dijo Aurelia con sinceridad. Como Stowe parecía dispuesto a ser comunicativo, reunió el valor para preguntar—: ¿Qué le pasará a Lord Grantleigh, mi señor? Después de todo, no me hizo daño, pero... preferiría no volver a encontrarme cara a cara con él, si es posible.

—¡Si crees que le dejaría acercarse a ti...! —Stowe parecía estar a punto de gritar, pero se detuvo y evidentemente reprimió algunas palabras acaloradas—. Mis hombres tienen que encontrarlo primero —comenzó de nuevo, en un tono más calmado—. Aunque no puedo obligarlo a abandonar el país, tu padre y yo tenemos el poder de hacer su vida extremadamente incómoda. Planeamos convencerlo de que sería en su mejor interés poner sus propiedades aquí en manos de un administrador y emigrar a América.

Aurelia no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que exhaló en un suspiro de alivio.

La expresión de Stowe era comprensiva. —Por ahora, tu padre está concentrado en sacar a tu hermano del país antes de que localice a Grantleigh y provoque un enfrentamiento que no puede terminar bien para nadie. Mis esfuerzos están en encontrar a Grantleigh, y tengo más de una docena de investigadores altamente competentes recorriendo Inglaterra en su búsqueda. Lo encontraré, y nunca más tendrás que verlo. Te lo juro.

Le apretó la mano con suave seguridad, y Aurelia le sonrió agradecida. —Gracias —dijo fervientemente—. Muchísimas gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer —Stowe pareció avergonzado por su agradecimiento, soltando su mano.

Ella lamentó inmediatamente la pérdida de su calidez, quería volver a alcanzarlo pero temía que él la considerara demasiado atrevida. Un suave golpe en la puerta la hizo sobresaltarse.

—Ese debe ser Harris —Stowe se levantó de un salto—. Terminaremos en un momento y te dejaré descansar, mi señora.

—Aurelia —le corrigió suavemente—. Si voy a llamarte Rhys, realmente debes llamarme Aurelia.

Sus ojos se suavizaron de nuevo, y ella se dio cuenta de que eso era lo más cercano a una sonrisa que podía esperar de él, excepto en circunstancias excepcionales. Su corazón dio un pequeño vuelco al pensar que le gustaría ver sus ojos así de suaves a menudo, y una sonrisa real tocar su rostro severo de vez en cuando. Quizás ella podría traer un poco de alegría a su vida, aunque un hombre que había sufrido una infancia impensable y luego años de guerra sin duda la encontraría frívola y tonta.

—Aurelia —dijo Stowe, con voz baja y suave, antes de aclararse la garganta y hablar en su tono normal y firme—. Aunque lamento las circunstancias... no lamento que estemos casados, Aurelia. En absoluto.



# Capítulo Ocho

RHYS CERRÓ LA PUERTA DE SU PROPIA HABITACIÓN con un suspiro de alivio, recostándose contra ella por un momento antes de quitarse la bata y dirigirse a la cama para dejarse caer boca abajo.

—Vaya día —murmuró contra las almohadas, un suave montículo al que aún no estaba acostumbrado después de tantos años de vida militar. Apartando la mayoría de ellas, se cubrió con la fina manta superior y se dio la vuelta para mirar fijamente al oscuro techo.

Harris había entregado un pequeño frasco de sangre con su habitual eficiencia, y Rhys se reprochó haber pensado, incluso en sus más alocadas imaginaciones, que su ayuda de cámara podría haberse presentado en la puerta de Aurelia con un pollo entero, ya fuera muerto o vivo.

Aurelia aún lo miraba con ojos asombrados cuando él levantó las sábanas del otro lado de la cama para dejar caer unas gotas de sangre, y Rhys se maldijo en silencio por haber soltado sus pensamientos. Ella no estaba en absoluto preparada para oír ninguna declaración de afecto o siquiera de admiración, sin importar cuáles fueran sus sentimientos. Aunque se consideraba irrazonablemente afortunado de tener a Aurelia como su esposa, necesitaba guardar esos sentimientos para sí mismo por el momento, al menos.

Sin embargo, el miedo en sus ojos cuando le dijo titubeante que preferiría no tener que ver a Grantleigh nunca más casi lo había matado, y no deseaba nada más que abrazarla con fuerza y prometerle que daría su propia vida antes de que eso sucediera.

Siempre fui un tonto por una damisela en apuros. Sonriendo con ironía, Rhys intentó no pensar en ello, en la forma en que ella le había agradecido cuando le prometió que Grantleigh nunca volvería a acercarse a ella. En lo mucho que le gustaba el sonido de su nombre en sus labios, y sobre todo intentó no pensar en lo suave y pequeña que se había sentido su mano en la suya,

porque ese camino llevaba a la locura. Ese camino llevaba a noches de insomnio preguntándose si su piel era igual de suave por todas partes.

—Basta —dijo Rhys en voz alta, pero parecía que ni siquiera su legendario autocontrol de hierro era prueba contra los pensamientos sobre Aurelia. No cuando era demasiado consciente de que ella dormía a solo unos pasos de distancia. La forma en que se veía en la enorme cama de la duquesa, incluso aferrando las sábanas contra su pecho en un sobresalto virginal, lo iba a perseguir, lo sabía. Con su cabello dorado recogido en una trenza suelta colgando sobre su hombro, era joven, inocente y demasiado dulce para alguien como él.

Su cuerpo no estaba escuchando. Con un gemido, Rhys agarró su almohada y se la puso sobre la cara. ¿Quizás pueda asfixiarme hasta perder el conocimiento? Ciertamente es la única forma en que voy a poder dormir esta noche.

En algún momento antes del amanecer, finalmente cayó en un sueño inquieto, desafortunadamente interrumpido por Harris entrando en su habitación con su café matutino y una actitud inconvenientemente alegre.

—¿No tuve el sentido común de decirte que me dejaras dormir hasta tarde la mañana después de mi propia boda? —refunfuñó Rhys, cubriéndose los ojos con un brazo en un vano intento de protegerlos de la luz del sol demasiado brillante que entraba por la ventana mientras Harris descorría las cortinas.

—Lamentablemente no, Su Gracia —canturreó el ayuda de cámara.

—¿Y supongo que no puedo convencerte de que te vayas y vuelvas en unas cinco horas?

—Podría ordenármelo absolutamente, Su Gracia, pero me sentiría obligado a informarle que la duquesa ya llamó a su doncella y anunció su intención de desayunar abajo.

Rhys se incorporó de golpe. —¿Por qué no dijiste eso primero, hombre?

—Creo que estaba usted demasiado ocupado marinándose en su propio mal humor, Su Gracia.

—¿Y quieres dejar de llamarme Su Gracia? Tengo suficiente con eso de todos los demás, ¡no lo necesito en mi propia habitación!

La sonrisa de Harris fue rápidamente reprimida mientras dejaba el café en la mesa junto a la ventana, recogía la bata de Rhys de donde la había tirado y se la llevaba a la cama. —Como usted diga, señor. Supongo que ya ha informado a la duquesa de sus preferencias.

—Cuidado —advirtió Rhys, poniéndose la bata—. Tolero tu insolencia hacia mí porque sin ti no estaría aquí, pero mantén el respeto cuando hables de su gracia.

—Muy bien, señor —Harris asintió—. Pero me permito discrepar sobre que usted no estaría aquí, señor. Habría sobrevivido incluso sin mi torpe costura.

—Quizás, pero la fiebre de la herida me habría llevado sin tus cuidados devotos —Rhys puso una mano en el hombro de Harris al pasar. El hombre más pequeño se había convertido en su asistente con su último ascenso a coronel, y de hecho había cosido más de una de las heridas de batalla de Rhys.

Mientras Rhys bebía su café, Harris preparó un traje para él. Las cejas de Rhys se alzaron al inspeccionar la chaqueta verde oscuro que el ayuda de cámara sostenía.

—¿Verde, Harris?

—Un color de nuevos comienzos, señor —dijo Harris con expresión neutral—. Y uno que le sienta bastante bien, si me permite decirlo.

Rhys debatió si decirle a Harris que guardara la chaqueta verde y sacara una de las negras lisas que generalmente prefería, pero una pequeña parte de él se preguntó si Harris tenía razón. ¿Le sentaba bien el color verde, y Aurelia lo pensaría también?

Su esposa —¡y qué extraño se sentía eso!— ya estaba en la sala de desayuno cuando él entró, pareciendo un rayo de sol a pesar del gris clima invernal fuera de las ventanas. Con un vestido color primavera y su cabello dorado elegantemente arreglado sobre su cabeza, levantó la vista de los huevos escalfados en su plato y le sonrió.

—Buenos días, Stowe.

Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente, pero era como abrir las cortinas a una vista que esperabas que fuera fría y oscura, solo para encontrar el sol en todo su esplendor veraniego bañando el mundo con una cálida luz dorada. —Ah, buenos días, mi lady —logró decir al fin, dando unos pasos adelante y sentándose en la silla que un lacayo sostenía para él—. Espero que haya descansado bien.

Ella se sonrojó delicadamente, su mirada desviándose muy brevemente hacia los sirvientes. —Lo hice, mi lord... después de su visita.

Un color ardiente subió también por las mejillas de Rhys, pero no dijo nada. Ella tenía razón. Solo Harris entre los sirvientes sabía que la consumación de su matrimonio no había tenido lugar, y por el bien de Aurelia la verdad debía permanecer oculta.

Aurelia volvió su atención al desayuno, mientras un lacayo llenaba un plato a petición de Rhys y se lo traía. No había comido bien el día anterior, demasiado preocupado por el bienestar de Aurelia como para tener mucho apetito, y ahora se encontraba hambriento. Estaba a mitad de su filete con huevos cuando ella dejó su taza de té y le hizo una pregunta.

—¿Puedo pedirle al ama de llaves que me dé un recorrido por la casa hoy, mi señor?

Rhys se atragantó con un bocado, mirándola con los ojos muy abiertos. Ella se encogió mientras él la observaba.

—Le ruego me disculpe. No pretendo usurpar el lugar de su tía como señora de la casa, por supuesto, pero...

—Mi tía ya no es la señora de esta casa —Rhys logró tragar y pronunciar las palabras—. Está pasando unos días con una amiga para darnos algo de privacidad al inicio de nuestro matrimonio, y ya hemos acordado que tomará una casa propia. Aunque te tiene aprecio, pensó que sería incómodo para ti y para ella residir bajo el mismo techo, dadas las circunstancias.

Los dedos de Aurelia plisaron su servilleta mientras fruncía el ceño.

—No pretendo echarla de su hogar —murmuró.

—No es por tu causa —dijo Rhys, tratando de mantener un tono suave y no enfadarse mientras sus pensamientos se desviaban una vez más hacia su prima—. Por supuesto que recorrerás la casa esta mañana, si así lo deseas, y cualquier cosa que quieras cambiar, solo tienes que decirlo. Sin embargo, quizás quieras esperar una hora más o menos.

—¿Por qué? —preguntó Aurelia inocentemente—. ¿Está la señora Tanwell ocupada a esta hora de la mañana?

—Nunca estará demasiado ocupada para atenderte, te lo prometo, pero pensé que te gustaría esperar compañía —Le sonrió—. Invité a tu madre a visitarnos esta mañana, para que se asegure de tu bienestar, y para que traiga a tus hermanas con ella.

Al parecer, invitar a Lady Lymsey había sido absolutamente lo correcto, porque el rostro de Aurelia se iluminó y le sonrió radiante, extendiendo la mano para tocar la suya brevemente antes de pensarlo mejor y retirarla. Rhys resistió el impulso de agarrar su mano para retenerla, en su lugar saboreando su deleite y aprobación como un buen vino, aunque negó con la cabeza y le dijo que no necesitaba agradecerle cuando ella lo intentó.

—Tampoco necesitas esperar mi aprobación para extender una invitación a tu familia o a cualquiera de tus amigos —le dijo.

—Eres muy bueno conmigo, Stowe —dijo Aurelia con sinceridad.

—Mi querida dama —Esta vez, no se contuvo de levantar su mano y depositar un ligero beso en el dorso de sus dedos—. Como esposo, espero que mi mayor virtud sea complacer todos tus caprichos.

Ella soltó una risita y le dirigió una mirada que casi podría describir como coqueta.

—Tengo bastantes caprichos, mi señor.

—Me deleitaré en complacerlos todos —dijo con absoluta sinceridad—. No mereces menos.



Aurelia nunca había imaginado que su nuevo esposo resultaría ser tan galante; de hecho, había esperado a medias que la ignorara completamente después de la boda. Era lo suficientemente cínica como para saber que muchos hombres la veían solo como un premio a ganar, y una vez ganado, los premios no tenían más interés a menos que uno quisiera jactarse de ellos o exhibirlos. Sin embargo, Stowe era todo amabilidad y consideración, organizando todo para su comodidad y dejando claro que todos sus vastos recursos estaban a su disposición.

Aunque los Lymsey eran ricos, habían tenido cuidado de no malcriar a sus hijos. Nunca en su vida se le había dado a Aurelia tal autonomía total para hacer lo que quisiera, tener lo que deseara.

—¿De verdad me comprarías cualquier cosa que quisiera? —preguntó.

—No —Stowe negó con la cabeza, pero había un destello de diversión en sus ojos—. Simplemente me aseguraré de que tengas los fondos a mano para comprarlo tú misma.

—Vaya. Creo que resultarás ser un excelente esposo.

Stowe pareció sorprendido, y Aurelia se sonrojó, pero en verdad, no podría haber pedido más. Amable, considerado y aparentemente dispuesto a mimarla, era tan distinto como era posible del ogro intimidante que ella había construido en su mente durante los últimos días. En silencio, se reprochó por ello y se prometió hacer lo mejor posible para ser una buena esposa para él. Comenzaría esta mañana, preguntando a la señora Tanwell sobre sus preferencias y asegurándose de que todos sus deseos fueran atendidos antes de que él pudiera siquiera pensar en expresarlos.

Aunque se preguntaba cuánta diferencia podría hacer realmente. Había cuatro lacayos apostados en la sala de desayuno para atender solo a ellos dos, y por lo que había visto, el resto de la casa también estaba bien dotada de personal.

Bueno, tendría que poner su mente en la tarea. Lady Lymsey había criado a todas sus hijas para ser capaces de manejar grandes equipos de personal y múltiples hogares, y Aurelia se consideraba a la altura del desafío de ese aspecto de su matrimonio, al menos.

—¿Qué sala debería usar para recibir a mi madre? —preguntó.

—Ah —Stowe consideró—. Hay un salón muy elegante en el primer piso que podrías usar si quisieras impresionar a alguien —ofreció—, pero creo que podrías preferir el salón azul para

pequeñas reuniones de invitados. ¿Puedo escoltarte para que los veas ambos y decidas qué te parece?

—Una vez que hayas terminado tu desayuno, por supuesto —dijo Aurelia, pero él desestimó su protesta con un gesto.

—He comido suficiente, te lo agradezco. ¿Estás lista para ir? —Se levantó cuando ella asintió y le ofreció su brazo, deteniéndose al salir de la habitación para hablar con uno de los lacayos—. Se espera a la madre y las hermanas de Su Gracia esta mañana, Matthew; por favor, avisa a la señora Tanwell que tomarán el té a su llegada y recorrerán la casa después.

—Muy bien, Su Gracia —Matthew hizo una reverencia, y otro lacayo abrió la puerta para ellos con otra reverencia, una muy profunda y formal.

—¿Las reverencias te ponen nerviosa después de un tiempo? —susurró Aurelia mientras Stowe la conducía al amplio vestíbulo delantero y subían las escaleras—. Nuestros sirvientes no son tan formales a menos que haya invitados presentes.

—He estado tratando de que abandonen ese hábito, pero la llegada de una nueva duquesa los ha hecho recaer, me temo —Los ojos oscuros de Stowe se arrugaron ligeramente en las comisuras, y ella pensó que estaba divertido—. Muchos de mis sirvientes son antiguos soldados y sus esposas del regimiento en el que serví, en lugar de aquellos que han sido sirvientes toda su vida. Espero que los perdones si en algún momento son demasiado formales o demasiado relajados en sus respetos. Todavía están aprendiendo.

—Por supuesto —dijo Aurelia de inmediato, sorprendida una vez más, aunque una vez que lo pensó, supuso que nada podría ser más natural que Stowe quisiera ayudar a los hombres que habían servido bajo su mando tan lealmente a reintegrarse a la vida civil—. Eso es un esfuerzo muy noble, mi señor.

Él se inclinó más cerca mientras entraban en una habitación grande e imponente decorada al estilo chino y susurró:

—Stowe, Aurelia. O Rhys, ¿recuerdas?

Su aliento era cálido en su oído, y Aurelia se encontró sonrojándose una vez más, de repente muy consciente del tamaño de él, de la fuerza de su brazo bajo la fina lana de su abrigo.

—Sí, mi se... Stowe —En un esfuerzo por distraerse de la perturbadora masculinidad de su esposo, miró alrededor de la habitación—. Tienes razón; este salón es magnífico pero muy formal.

Stowe hizo una mueca mientras miraba a su alrededor. —Es espantosamente recargado. Al parecer, mi padre se enteró de que todas las personas importantes estaban decorando

habitaciones al estilo chino, así que envió instrucciones a un diseñador para que remodelara esta habitación. Nunca vino a verla siquiera.

—¿Y tu tía no la usaba para recibir invitados?

—Ella nunca recibía más que en una escala íntima, ya que no era su casa —Stowe se encogió de hombros—. Parece un desperdicio ya que nunca se ha usado realmente, pero si quieres redecorar la habitación, por favor hazlo.

—Tal vez solo algunos cambios sutiles —reflexionó Aurelia—. Si solo reemplazáramos esos dos grandes divanes con bordes dorados por otros de aspecto más cómodo, y quitáramos parte de la ornamentación más pesada...

—Debes hacer lo que creas conveniente.

Aurelia se dio cuenta de que no estaba en lo más mínimo interesado, e inmediatamente resolvió no molestarlo con discusiones sobre decoración del hogar más allá de pedirle permiso para hacer cambios en habitaciones específicas. Supuso que a un hombre que había pasado gran parte de la última década durmiendo en una tienda de campaña o bajo el cielo abierto probablemente no le importaba mucho más allá de desear un techo que no goteara. —¿Dijiste que había otro salón que podría ser más adecuado para recibir a mi madre? —sugirió después de un momento.

—Sí, en la planta baja. El salón azul. Está justo al lado de la biblioteca —Stowe la guió de vuelta por las escaleras y a lo largo de otro pasillo, abriendo una puerta hacia una habitación mucho más bonita. Con cortinas y tapicería a rayas crema y azul pálido, un papel crema en las paredes salpicado de pequeñas flores azules, el pequeño salón era todo un encanto.

—¡Oh, qué habitación tan encantadora! —Aurelia dio unos pasos dentro de la habitación, girando para verlo todo, sonriendo con deleite.

—Entonces es tuya —Stowe no sonrió al hablar, pero Aurelia tuvo la sensación de que disfrutaba de su placer—. Informaré al personal que recibirás a tus invitados aquí. Solo tienes que tocar la campana y te traerán lo que desees —señaló la cuerda azul de la campana que colgaba junto a la chimenea, donde ya crepitaba un fuego pequeño pero alegre—. Ahora, si me disculpas...

—¡Por supuesto! —dijo Aurelia rápidamente, sintiéndose culpable porque probablemente lo estaba apartando de un trabajo importante que necesitaba hacer—. Gracias.

Él dudó brevemente antes de decir: —Ha sido un placer, Aurelia —e inclinarse ligeramente antes de dejarla sola.

La puerta se cerró tras él con un clic, y Aurelia reflexionó que no creía que fuera el tipo de hombre propenso a la exageración, ni uno que dijera mentiras piadosas para evitar herir sus sentimientos.

Lo que significaba que realmente había disfrutado mostrándole su casa, aunque fuera solo un poco.

Y eso la hizo sentir curiosamente cálida por dentro, como si el té caliente que había bebido con su desayuno aún le calentara las entrañas. Presionando ambas manos contra su estómago, Aurelia caminó para sentarse en la silla más cercana al fuego, probando con placer su suavidad acolchada.

Hasta ahora, creo que me gusta ser la duquesa de Stowe.

Creo que me gusta Stowe. Es más amable de lo que esperaba, detrás de esa fachada severa. Más considerado. Más gentil.

Todavía había una pequeña sonrisa complacida jugando en sus labios veinte minutos después, cuando el mayordomo entró y anunció formalmente: —Lady Lymsey, Su Gracia, acompañada por Lady Ophelia y Lady Viola.



# Capítulo Nueve

LADY LYMSEY ECHÓ UN VISTAZO A LA PEQUEÑA sonrisa satisfecha de su hija mayor e inmediatamente saltó a la conclusión equivocada, aunque le tomó un tiempo a Aurelia darse cuenta, ya que Lady Lymsey no iba a decir nada impropio para oídos virginales con sus dos hijas menores en la habitación.

Además, Ophelia y Viola apenas permitieron que su madre dijera una palabra durante los primeros minutos, exclamando sobre la grandeza de la casa y lo emocionante que era que su hermana fuera ahora una duquesa.

—Sigo siendo yo —dijo Aurelia, riendo mientras las abrazaba a ambas.

—¿Pero no deberíamos llamarte Su Gracia ahora? —preguntó Viola.

—¡Desde luego que no! —Con una sacudida de cabeza, Aurelia tomó la mano de Viola y la llevó a uno de los cómodos sofás, guiándola para que se sentara y colocando suavemente un rizo rebelde detrás de la oreja de su hermana menor—. El privilegio de ser hermana; soy Aur para vosotras, ahora y siempre. Y mi marido, os aseguro, no tiene aprecio por los títulos y las formalidades. Llamadlo Stowe y tendréis su favor.

—Oh, no sé si podría —titubeó Ophelia, siempre la más tímida de las tres—. Parece muy intimidante, Aur. ¿Estás segura de que no le importaría?

—Completamente segura —Aurelia asintió enfáticamente, haciendo señas a Ophelia para que se sentara a su otro lado, y luego se inclinó para confiarles—. Me pidió que lo llamara Rhys, que es un nombre que le dio su madre. Mi marido puede tener un aspecto intimidante, pero creo que es un hombre amable y gentil bajo esa apariencia.

—Bueno, tú deberías saberlo —Viola se rió, y Aurelia se encontró sonrojándose, bastante inexplicablemente.

Al levantar la mirada, se encontró con los ojos de su madre y se estremeció. Lady Lymsey parecía furiosa. Aurelia estaba abriendo la boca para preguntar qué pasaba cuando un golpe en la puerta anunció la llegada de una pequeña procesión de doncellas, llevando una bandeja de té con un hermoso juego de té de plata, tazas de porcelana tan delicadas que eran translúcidas, y platos con pasteles de aspecto delicioso.

—Vaya —Aurelia miró con los ojos muy abiertos mientras las doncellas colocaban eficientemente todo sobre una mesa frente a ella—. ¡Qué despliegue! ¡Y eso que acabo de terminar el desayuno!

Viola se rió, mirando los pasteles con avidez.

—Creo que tu cocinera está ansiosa por impresionar a su nueva señora, Aur.

—Tal vez tengas razón, y ciertamente lo está logrando. Por favor, transmitid mis felicitaciones a la cocinera —pidió Aurelia a una de las doncellas, quien hizo una reverencia respetuosa.

—Por supuesto, Su Gracia, y la señora Tanwell pregunta si será conveniente para usted que la atienda en media hora para guiarla en un recorrido por la casa.

—Tu personal parece muy ansioso por complacer —observó Lady Lymsey, una vez que las doncellas se hubieron marchado—. ¿Stowe les ha dado instrucciones específicas?

—No que yo sepa —Aurelia negó con la cabeza—. Sin embargo, parecen excepcionalmente leales a él, y por una buena razón. Un buen número de los hombres son soldados que sirvieron bajo el mando de Stowe durante su carrera militar.

—¿De verdad? —Lady Lymsey pareció sorprendida.

—Creo que ha habido una cierta cantidad de reentrenamiento involucrado —dijo Aurelia—, pero hasta ahora, al menos en mi presencia, han tendido más hacia la deferencia excesiva que hacia lo contrario.

—Hmm —Lady Lymsey hizo un gesto hacia la bandeja de té—. Bueno, querida, espero que no estés esperando que yo sirva. Estamos en tu casa ahora.

Aurelia había estado haciendo precisamente eso, de manera bastante inconsciente. Con una risa por su propia tontería, alcanzó la caja de té, girando la ornamentada llave en la cerradura de la hermosa caja de plata y abriéndola para revelar tres contenedores de vidrio, cada uno lleno de hojas de té.

—Dios mío —murmuró, tomándose unos momentos para abrir cada contenedor e inhalar la fragancia de los tés. Consciente de la mirada de su madre sobre ella, se tomó su tiempo seleccionando las hojas para agregar al agua caliente e hizo una conversación ligera durante los pocos minutos que tardó el té en reposar.

Lady Lymsey asintió con aprobación después del primer sorbo, haciendo que Aurora exhalara un silencioso suspiro de alivio. Ahora solo necesito averiguar cómo le gusta el té a Stowe, pensó. O si siquiera bebe té. Después de todo, había tomado café con su desayuno, una bebida por la que Aurelia nunca había adquirido el gusto.

La señora Tanwell atendió a las damas Lymsey puntualmente y las condujo en un recorrido por la casa. Aurelia admiró las grandes habitaciones y los techos altos de la magnífica residencia, impresionada por la limpieza de todo, aunque el mobiliario y la decoración en muchas de las habitaciones estaban tristemente desactualizados. Algunas de las suites de dormitorios y una pequeña sala de recepción habían sido actualizadas con cortinas y muebles nuevos, y la señora Tanwell comentó que Lady Grantleigh había hecho algunos cambios en esas habitaciones. La ama de llaves miró de reojo a Aurelia mientras hablaba, y Aurelia se aseguró de decir cuánto apreciaba los esfuerzos de Lady Grantleigh y cuánto disfrutaba de sus gustos.

—¿Dónde está Lady Grantleigh? —preguntó Lady Lymsey con su habitual franqueza.

—Está quedándose con amigos por unos días, milady —La señora Tanwell miró a Aurelia de nuevo—. Pensó que sería mejor dar a sus gracias al menos unos días para adaptarse a la vida matrimonial.

—¿Sabes, mamá —dijo Aurelia, inspirada de repente—, deberías invitarla a Cornualles para Navidad.

Las cabezas giraron, con expresiones de asombro en todos los rostros mientras miraban fijamente a Aurelia. Ella suspiró, exasperada por su falta de comprensión.

—No guardo rencor contra Lady Grantleigh. Todo lo contrario. Siempre le he tenido mucho cariño, y aunque entiendo que pueda sentirse incómoda en mi presencia en este momento, creo que es importante dejar claro a la sociedad mi continuo afecto por ella. Si la invitamos a Cornualles, cumpliremos con el propósito sin que Lady Grantleigh tenga que sentirse incómoda a mi alrededor.

—Eso es muy considerado, Aurelia —dijo Lady Lymsey con aprobación—. Y muy astuto. Redactaré una invitación esta tarde... ¿la señora Tanwell se encargará de que sea entregada en la dirección actual de Lady Grantleigh?

—Por supuesto, mi señora. —La ama de llaves hizo una reverencia, pero su expresión había cambiado, cuando miró a Aurelia, de cautelosa a admirativa—. Su Gracia es muy amable al pensar en la comodidad de Lady Grantleigh. Ha sido una buena y bondadosa señora.

—No lo dudo —dijo Aurelia—. Y no la hago responsable de las fechorías de su hijo.

—Nadie te culparía si nunca más quisieras verla, querida, pero me alegro de que lo estés pensando con claridad. —Lady Lymsey puso su mano en el brazo de Aurelia, manteniéndola cerca mientras el ama de llaves las conducía a la siguiente habitación, y le habló en voz baja al oído—. Estoy orgullosa de cómo te has comportado desde que comenzó todo este episodio, Aurelia. Te irá muy bien como duquesa de Stowe. Muy bien, de verdad.



Un ligero golpe en la puerta de su estudio hizo que Rhys levantara la vista del papeleo de la finca con cierto alivio. Tenía un mayordomo muy competente que se encargaba de la mayoría de los asuntos, pero su sentido del deber no le permitía dejar pasar las decisiones importantes sin revisarlas, aunque la mayoría le resultaran profundamente aburridas.

—Adelante —llamó.

—Disculpe, Su Gracia —su ama de llaves abrió la puerta lo justo para asomarse—, pero estoy realizando el recorrido por la casa para Su Gracia y su familia. ¿Les permitiría ver su estudio?

—Por supuesto. —Poniéndose de pie, se dijo con severidad que no debería sentir esos extraños aleteos en el estómago cada vez que Aurelia estaba a punto de entrar en la misma habitación. Era un soldado curtido en la batalla y una pequeña chica rubia... lo tenía envuelto alrededor de su dedo meñique, se dio cuenta cuando ella entró en la habitación y le dedicó una sonrisa llena de luz solar.

—Pido disculpas por molestarte e interrumpir tu trabajo, Stowe —dijo ella.

—Nunca podrías ser una molestia, mi señora, y espero que te sientas libre de interrumpirme cuando lo desees. Siempre estoy a tu disposición.

Las jóvenes hermanas de Aurelia suspiraron al unísono ante sus comentarios, e incluso su madre le lanzó una mirada de aprobación. La propia Aurelia se sonrojó y miró rápidamente alrededor de la habitación en un intento obvio de encontrar alguna forma de cambiar de tema.

—Esta es una habitación hermosa, Stowe —dijo—. ¿Estás satisfecho con ella?

Rhys se encogió de hombros. —Sirve lo suficiente. —Mirando a su alrededor, pensó que la habitación era muy oscura, o quizás era solo en contraste con la luz solar que Aurelia parecía llevar consigo a todas partes. Los paneles de roble oscuro en las paredes y el suelo hacían que la poca luz que entraba en la habitación pareciera ser absorbida de inmediato, dejando solo su escritorio iluminado por un charco de luz del candelabro encendido que se encontraba sobre él.

—Parece bastante oscura. —Acercándose a la ventana, Aurelia tiró de las pesadas cortinas de terciopelo azul oscuro que oscurecían una buena mitad de la vista incluso cuando estaban recogidas—. Tal vez podríamos reemplazarlas por algo más ligero, poner una alfombra en el suelo con algunos colores brillantes. Pintar el techo de blanco.

Nunca había mirado hacia arriba, pero lo hizo ahora para ver que el techo era del mismo azul oscuro que las cortinas. No era de extrañar que la habitación pareciera oscura.

—Eso suena muy agradable, mi señora. —Era difícil apartar los ojos de Aurelia, ella era el sol en el cielo, eclipsando todo a su alrededor, pero finalmente se dio cuenta de que no había entrado sola. Al menos no había cometido una falta de etiqueta demasiado grave al casi ignorar a su madre y hermanas, ya que Aurelia ahora las superaba en rango a todas al ser su duquesa.

Lady Lymsey parecía bastante disgustada, fijándole una mirada dura y maniobrando para llevarlo a un rincón del estudio donde pudiera decirle unas palabras sin que sus hijas la oyeran.

—Entendí que dijiste que tenías la intención de darle tiempo a Aurelia para que se acostumbrara al matrimonio antes de reclamar tus derechos conyugales, su gracia —siseó entre dientes.

—Y así lo haré, mi señora. Sin importar lo que pueda escucharse por ahí. Sin embargo, tomé medidas para que los sirvientes crean que el matrimonio ha sido consumado. —Rhys mantuvo su propia voz baja.

—¿Esperas que crea eso? —Lady Lymsey parecía indignada.

—Puede preguntarle a Aurelia sobre la veracidad de ello, si lo desea.

La sugerencia pareció enfurecer aún más a la condesa, y con un resoplido altivo le dio la espalda y fue a reunirse con sus hijas, inspeccionando una colección de pequeñas antigüedades expuestas en un gabinete de cristal al otro lado del estudio.

Las damas no se demoraron mucho, Aurelia le lanzó a Rhys otra de esas sonrisas soleadas antes de partir. Solo de nuevo, sacudió la cabeza, tratando de librarse de la sensación de embriaguez que parecía sufrir cada vez que ella estaba cerca.

Necesitaba mantener distancia de su hermosa y dulce esposa, porque de lo contrario era probable que rompiera ese voto que acababa de reafirmar a su madre, y aunque Aurelia parecía bastante complacida con su compañía, apenas lo conocía.

Con un profundo suspiro, Rhys volvió a sentarse y alcanzó los papeles que había estado examinando cuando Aurelia entró en la habitación, informes de varios agentes que había puesto tras el rastro de su primo. Había hombres registrando cada rincón de Gran Bretaña en busca de Grantleigh, y cuando lo encontraran, tenían órdenes de traerlo de vuelta a Stowe a rastras.

Inconscientemente, Rhys apretó el puño. El papel se arrugó, y lo alisó con manos que no estaban del todo firmes, maldiciéndose por centésima vez por no haber reaccionado esa noche para detener a Grantleigh. Se había centrado en Aurelia, queriendo asegurarse de que estuviera a salvo e ilesa, y para cuando pensó en dar órdenes de asegurar a Grantleigh, su primo había desaparecido.

Ni siquiera podía pensar en construir ningún tipo de matrimonio con Aurora hasta que se ocupara de Grantleigh. La idea de que su esposa tuviera que enfrentarse de nuevo a su atacante le hacía hervir la sangre. No, encontraría a Grantleigh y le ofrecería una elección: enfrentarse a Rhys en un campo de duelo, o embarcarse hacia las Américas con una cuantiosa fortuna para establecerse, y no volver a pisar las costas de Inglaterra jamás.

—¿Mi señor?

Un golpe en la puerta hizo que Rhys levantara la mirada, arqueando las cejas al ver a uno de sus hombres allí.

—¿Alguna novedad, Hale? —dijo, poniéndose de pie.

—Un posible avistamiento en el camino a Bristol. Salgo ahora mismo para investigarlo personalmente.

—Eso tendría sentido —murmuró Rhys. La pequeña propiedad de su primo estaba a unas pocas millas al sur de Bristol, y si Grantleigh esperaba reunir recursos, ese sería el mejor lugar para hacerlo sin que Stowe se enterara—. Planeo partir hacia Stowe pasado mañana, así que haz que me envíen cualquier informe allí.

—¿Y si lo encontramos? —Hale arqueó las cejas. Como antiguo sargento del ejército, no le temía físicamente a Grantleigh, pero arrestar a un par podía ser un asunto complicado, incluso con una carta de un duque en el bolsillo.

—Mantenlo bajo vigilancia y envía un mensajero expreso a por mí. ¿A quién llevas contigo?

Hale nombró a otros dos hombres de confianza empleados por el ducado, y Rhys asintió.

—¿Encuéntralo por mí, Hale? —pidió—. Quiero que la duquesa se quede tranquila.

—Todos lo queremos, señor. No está bien lo que Grantleigh intentó hacer —el rostro de Hale se ensombreció—. Yo no toleraba ese tipo de cosas cuando estábamos en guerra.

—Yo tampoco, como bien sabes —Rhys había ordenado consejos de guerra por violación durante la guerra, y había aplicado los castigos más severos que el ejército permitía.

—Lo encontraremos —Hale saludó, y Rhys asintió en reconocimiento, abriendo el cajón de su escritorio y sacando una bolsa.

—Para tus gastos. Envíame un mensaje si necesitas más, pero gasta lo que sea necesario para soltar lenguas —se la lanzó a Hale, quien la atrapó hábilmente, guardándola en su abrigo.

—Usted cuide de su señora esposa, mi lord, y déjenos a Grantleigh a nosotros. Disfrute su Navidad.

—Gracias —murmuró Rhys, sintiéndose culpable al pensar que Hale y sus hombres no pasarían la Navidad con sus familias. Aunque sabía que Hale al menos no estaba casado, no sabía nada sobre los otros dos. Si encontraban a Grantleigh, los recompensaría generosamente, decidió, y tanto si lo hacían como si no, se aseguraría de que recibieran tiempo libre con paga una vez terminada la búsqueda.

Al volver a su papeleo, no logró alcanzar ninguna apariencia de concentración y finalmente arrojó su pluma con disgusto. No estaba llegando a ninguna parte. Haría mejor en buscar a su hombre de negocios en Londres y asegurarse de que todo estuviera listo para su partida de la capital, así como comprobar que toda la documentación para los acuerdos matrimoniales de Aurelia se hubiera completado correctamente. Ella tenía una dote excepcionalmente generosa de veinte mil libras, pero Rhys se había negado a aceptar un penique, insistiendo en que Lord Lymsey colocara el dinero en una cuenta fiduciaria con el nombre de Aurelia como única titular. Era su dinero para hacer con él lo que quisiera.



# Capítulo Diez

ANTES DE LA CENA DE AQUELLA NOCHE, llegó una nota para Aurelia informándole que su madre había hablado con Lady Grantleigh y que la dama estaba dispuesta a viajar a Cornualles con los Lymsey para las vacaciones. Aurelia pensó en compartir la noticia con su esposo, esperando que se alegrara, pero él frunció el ceño y dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—¿Cornualles? Puede que no sea la mejor idea.

—Pero ¿por qué? No culpo en absoluto a Lady Grantleigh, y esta es una excelente manera de demostrar públicamente que mi familia aún la tiene en alta estima.

—Lo entiendo, y alabo tu caridad hacia mi tía, Aurelia. Muchos no serían tan amables en tu situación —parecía estar debatiendo qué decirle, y finalmente suspiró—. El problema es la ubicación. La finca de Grantleigh está al sur de Bristol, como probablemente sabes. Sospecho que él podría dirigirse en esa dirección —Stowe tamborileó brevemente con los dedos sobre la mesa antes de encogerse de hombros y volver a coger los cubiertos—. Aun así, confío en que no pretende hacerle daño a Lady Grantleigh. Enviaré a uno o dos de mis hombres para que viajen con el grupo de tu familia, por si acaso.

Su rostro se había endurecido en líneas tensas e inflexibles, y parecía tan amenazador que Aurelia no se atrevió a preguntar qué le preocupaba. El resto de la comida transcurrió en silencio, y Stowe se excusó después, diciendo que tenía asuntos que atender. Aurelia se sentó sola en el salón azul durante solo unos minutos antes de decidir que no podía soportar el silencio y retirarse a su dormitorio. Al menos allí podía sentarse junto a su acogedora chimenea y hacer algo de costura, o leer un libro, aunque le resultaba difícil concentrarse en cualquiera de las dos cosas.

Se oyeron pasos pesados fuera de su puerta, y se quedó quieta, levantando la cabeza para mirar la puerta con expectación, preguntándose si Stowe entraría o no. No estaba segura de si quería que

lo hiciera, si era totalmente honesta consigo misma, pero sintió una clara sensación de decepción cuando oyó que se abría y cerraba la puerta de él.

Después de pasar unas cuantas páginas más de su libro sin leerlas realmente, Aurelia suspiró por fin y lo dejó a un lado, alcanzando el cordón de la campanilla.

—Deseo prepararme para ir a la cama ahora —dijo cuando entró su doncella.

—Muy bien, su excelencia.

Aurelia se miró fijamente en el espejo del tocador mientras le cepillaban cuidadosamente el cabello antes de trenzárselo pulcramente. ¿Stowe me encontrará bonita? Le habían dicho que lo era desde la infancia, y ciertamente desde su presentación en sociedad, su belleza había sido muy alabada. En privado, pensaba que tenía un aspecto pálido y bastante anodino, especialmente con los tonos blancos y pastel pálidos que se había visto obligada a llevar como debutante. Estaba deseando encargar algunos vestidos de colores más atrevidos ahora que era una mujer casada, aunque suponía que tendría que conformarse con lo que ya tenía hasta su regreso a Londres.

—¿Necesitará algo más, su excelencia?

—No, gracias —Aurelia sonrió mecánicamente mientras la doncella hacía una reverencia, levantándose y dirigiéndose a la cama. Un mueble gigantesco con dosel que parecía demasiado grande para ella sola, y sufrió algunas punzadas de nostalgia por sus hermanas, que solían colarse para compartir su cama y dormirse entre risitas—. Y por favor... mi señora será suficiente. Cada vez que dices su excelencia, miro alrededor aterrorizada para ver qué duquesa me está respirando en la nuca.

Una risita respondió a su broma, y la doncella volvió a hacer una reverencia.

—Como desee, mi señora.

Con las velas apagadas, la doncella se movió silenciosamente por la habitación durante un minuto o dos recogiendo los objetos descartados antes de colocar un biombo frente al fuego y marcharse. Aurelia permaneció tumbada de lado durante mucho tiempo, contemplando las llamas que bailaban cada vez más bajas, hasta que finalmente sus párpados se cerraron por puro agotamiento y se quedó dormida.

No oyó cómo se abría silenciosamente la puerta que comunicaba con la suite del duque, ni se percató en absoluto de que Stowe entraba en su habitación, con los pies descalzos sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra.

No había podido dormir, tumbado en la cama preguntándose qué estaría haciendo Aurelia, si estaría durmiendo. Si encontraba cómoda su cama, si sus doncellas la cuidaban adecuadamente, ¿tenía todo lo que necesitaba? ¿Echaba de menos a su familia después de su visita, deseando no haber aceptado nunca su propuesta?

Se estaba inventando excusas para ir a verla, era perfectamente consciente de ello, pero finalmente también aceptó que el sueño no llegaría hasta que se hubiera asegurado de que su esposa no estaba sollozando sobre la almohada.

Aurelia parecía un ángel mientras dormía. Rhys se quedó de pie junto a la cama, mirando su rostro apacible a la tenue luz anaranjada del fuego moribundo. Con suavidad, tocó con la punta de un dedo la gruesa trenza dorada que yacía sobre la almohada junto a su cabeza, antes de retirarse tan silenciosamente como había llegado.

Su duquesa estaría bien, pero él iba a tener que enfrentarse a la desagradable verdad de que era totalmente incapaz de pensar racionalmente en lo que a ella se refería.

De vuelta en su propio dormitorio, Rhys consideró la licorera de brandy sobre la repisa de la chimenea, y con la misma rapidez descartó la idea. Se había emborrachado para dormir una o dos veces después de las batallas, cuando los gritos de los heridos y moribundos le atormentaban, y el escaso y agitado sueño que le producía no compensaba el dolor de cabeza y el malestar estomacal de la mañana siguiente.

Con un suspiro resignado, encendió algunas velas más y cogió un libro de una pila que había junto a la cama. Tal vez unos cuantos capítulos de un tratado bastante árido sobre la cría de ganado harían el truco.

—¿Una noche larga, señor?

—¡Ah! —Rhys se despertó agitado, y el libro cayó de la cama al suelo con un golpe seco. Se había quedado dormido sentado, se dio cuenta cuando su espalda protestó por el movimiento repentino. Entumecido por todas partes, miró con el ceño fruncido a Harris—. ¿Disfrutas haciéndome sufrir por las mañanas?

—La vida civil lo está ablandando, señor.

Poniéndose de pie, Rhys reprimió con determinación el gemido que amenazaba con escapar. —¿Ablandándome, dices? Tal vez deberíamos buscar un ring y hacer unos cuantos asaltos.

—Puede que usted se haya ablandado, pero yo no me he vuelto estúpido.

—Eso está por verse.

Harris se rio de su mal humor. —No creo que el matrimonio le siente bien, señor.

Inclinándose para recoger el libro caído, Rhys consideró lanzárselo a su insolente ayuda de cámara, pero en su lugar lo colocó sobre la mesa junto a la cama. —¿Está todo listo para nuestro viaje? —Ladeó la cabeza primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, gruñendo cuando sonó un fuerte crujido.

—Por supuesto. —Harris sonaba casi ofendido—. Las doncellas de su señoría están con ella ahora, y el carruaje estará listo en media hora. —Señaló una mesa auxiliar donde una cafetera humeaba suavemente y un plato cargado de pasteles llamaba a Rhys—. ¿Desayuno?

—Y una vez más, me recuerdas por qué te empleo.

Harris sonrió con suficiencia mientras Rhys se acercaba para coger la ropa limpia que Harris había preparado para él. —No sabe ni la mitad de lo que hago, señor.

—Me atrevería a decir que tampoco quiero saberlo. —Rhys lanzó una mirada irónica a su ayuda de cámara mientras se ponía los pantalones—. Tal vez debería simplemente dar las gracias por servicios no especificados prestados.

—Es un placer, señor. ¿Le anudo la corbata ahora?

Rhys hizo una mueca. —Déjame tomar mi café primero, por favor. Haremos eso al final. —Lo que más echaba de menos de sus días militares era poder vestirse solo; su abrigo de cuello alto le había permitido llevar el nudo más simple en su corbatín sin que nadie lo notara. Harris se había lanzado con gran entusiasmo a aprender a anudar corbatas complejas. Lo único por lo que Rhys estaba agradecido era que Harris había aprendido a ser rápido.

—Muy bien, señor —aprobó Harris el resultado final unos minutos más tarde. Rhys ni siquiera miró al espejo, simplemente se bebió el último sorbo de café y se dirigió a la puerta. Había oído pasos en el pasillo exterior unos momentos antes, presumiblemente indicando que Aurelia ya estaba de camino a la planta baja, y ciertamente no quería hacerla esperar.

Harris les seguiría en un segundo carruaje, junto con varios otros sirvientes principales de la casa. Otros hombres ya se habían adelantado, llevando cambios de caballos a varias posadas a lo largo de la ruta para que pudieran viajar rápido. Stowe Park estaba en la parte occidental de Berkshire, a unas sesenta millas de Londres, una distancia que Rhys esperaba recorrer en solo dos días. Pasarían la noche en una casa que poseía en Maidenhead, una casa que su padre aparentemente había comprado por la única razón de que no quería alojarse en posadas y no tenía amigos que vivieran a lo largo de la ruta a los que pudiera imponer una cama para pasar la noche. Rhys estaba bastante seguro de que su padre no había tenido amigos en ninguna parte, y aunque Rhys tenía amigos que vivían a lo largo de la ruta a Stowe Park, todos eran ex soldados con los que había servido, y solo unos pocos estaban casados y en situación de poder recibir a una pareja

casada como invitados. De esos, ninguno poseía nada más grande que una cabaña, y no creía que fuera realmente apropiado pedirle a Aurelia que pasara su tercera noche de vida matrimonial en una pequeña cabaña de granjero. Después de todo, ella se había criado como la hija de un conde adinerado.

—¡Buenos días!

Cada vez que la veía, quedaba nuevamente impresionado por su belleza. Incluso con un sencillo vestido de viaje, una gruesa capa de lana azul envuelta a su alrededor y un sombrero cubriendo la mayor parte de su cabello y sombreando su rostro, Aurelia seguía siendo la mujer más radiante y hermosa que jamás había visto. Su sonrisa le hacía sentir cálido por dentro.

—Buenos días —murmuró en respuesta, dándose cuenta tardíamente de que debía hablar en lugar de quedarse mirándola atónito.

La sonrisa de Aurelia se apagó un poco, y no volvió a hablar, girándose para caminar hacia la puerta principal mientras el mayordomo la abría para ellos. El carruaje acababa de detenerse afuera, los lacayos se apresuraban a bajar el estribo y ayudar a Aurelia a subir al carruaje.

Rhys maldijo por lo bajo; él debería ser quien hiciera eso. De mala gana, la siguió, acomodándose en el asiento frente a ella.

—Oh. —Aurelia lo miró con ojos grandes—. ¿Me acompañas? Pensé que irías a caballo.

—Puedo hacerlo, si prefieres no tener mi compañía. —Sin embargo, ya estaba lloviendo, como lo había hecho todos los días de esa semana, y Rhys había pasado demasiados días en los últimos años cabalgando bajo la lluvia. Era una tarea miserable que prefería no repetir a menos que fuera necesario.

—¡Oh, no! —Ella le sonrió de nuevo mientras el conductor silbaba a sus caballos y el carruaje comenzaba a moverse—. En absoluto. Intentar leer o coser mientras viajo me hace sentir terriblemente mareada, así que me había resignado a aburrirme por completo. Estoy encantada de tener tu compañía.

—No estoy seguro de cuán entretenido seré, pero haré lo posible por evitar tu aburrimiento. —Aliviado de que realmente no se opusiera a su presencia, Rhys tomó una manta doblada que yacía en el asiento a su lado—. Debería haber ladrillos calientes en esa cesta a tus pies; permíteme poner esto sobre tu regazo para mantenerte caliente.

—Gracias. —Levantó sus manos, enfundadas en finos guantes de cabritilla, y las colocó de nuevo sobre la manta una vez que él la había extendido sobre sus rodillas—. Este es un carruaje de viaje muy elegante —observó—. Ni siquiera el de mi padre es tan fino.

—Como casi todo lo demás que poseo, fue una compra de mi padre —dijo Rhys—. No escatimaba en sus lujos.

—¿Casi todo? —preguntó Aurelia.

—La ropa que llevo puesta. —Rhys sonrió con pesar—. No es que mi padre careciera de un guardarropa impresionante, pero era unos doce centímetros más bajo que yo y considerablemente más corpulento. Y mi caballo también fue de mi propia elección.

—Sí. —Miró hacia atrás, como si pudiera ver a través de la parte trasera cerrada del carruaje, hacia donde su caballo estaba atado detrás—. Lo vi; un animal magnífico. ¿Cómo se llama?

—Brutus. Me llevó a través de innumerables batallas en el continente; no exagero cuando digo que ciertamente no estaría vivo sin él.

—Un noble corcel, sin duda. Sin embargo, ¿no lo estás montando? —Su mirada era pícara, y él se dio cuenta de que no le había dado una razón por la que estaba en el carruaje con ella en lugar de afuera sobre su caballo.

—Odio montar bajo la lluvia —admitió tímidamente.

La risa de Aurelia era suave y argentina, y se inclinó hacia él para decirle en confidencia:

—Yo también.



# Capítulo Once

ESCUCHAR A SU MARIDO, TAN SERIO E IMPERTURBABLE EN apariencia, admitir que no le gustaba mojarse con la lluvia, lo hizo parecer de repente mucho más accesible. También parecía bastante avergonzado por ello, bajando la mirada y sacudiendo la cabeza como si pensara que expresar tal debilidad estaba por debajo de su dignidad. Sin embargo, levantó la vista cuando ella admitió que a ella tampoco le gustaba la lluvia, y esa casi sonrisa que había notado antes en su rostro volvió a rozar sus labios.

—¿Sonríes? —preguntó Aurelia impulsivamente, y en un instante, la expresión desapareció, sus ojos oscuros se cerraron mientras apartaba la mirada.

—Debo parecerte sombrío y serio. En realidad, me crié en un hogar que no permitía emociones como la felicidad o la diversión, y me fui de allí para unirme al ejército, sumergiéndome directamente en la guerra. Sin embargo, encontré momentos más felices en el campo de batalla que los que jamás tuve en la casa de mi padre.

El corazón de Aurelia se encogió por Rhys mientras él le contaba los hechos en un tono impasible, mirando por la ventana para evitar encontrarse con su mirada.

—La guerra ha terminado —dijo ella suavemente cuando un minuto de silencio se había extendido entre ellos—, y tu padre está muerto.

Los ojos de Rhys volvieron a los suyos, y ella pensó de nuevo que nunca había visto ojos tan oscuros, casi negros.

—A veces es difícil creer que se ha ido —dijo en voz baja—. Era... una fuerza a tener en cuenta.

Ella no estaba segura de qué decir. Su propio padre podría ser descrito de esa manera, pero Lord Lymsey era un buen hombre, y Aurelia estaba muy segura de que el anterior Duque de Stowe había estado lejos de ser bueno.

—Si alguna vez quieres hablar de ello —dijo al fin, después de un largo tiempo en el que el único sonido era el trueno de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas del carruaje —, estaré encantada de escuchar, y nunca tendrás que temer que otra alma viviente lo oiga de mis labios.

Él negó con la cabeza lentamente, su mirada de medianoche aún fija en la de ella.

—No ensuciaría tus oídos con eso más de lo que te contaría sobre la sangre y la violencia del campo de batalla, Aurelia.

—Fuiste lo suficientemente valiente para sufrirlo. Yo puedo ser lo suficientemente valiente para escucharlo.

—No dudo de tu valentía —dijo Rhys, y Aurelia pensó que lo decía en serio. No parecía haber aprendido ninguna habilidad para mentir o evadir; o bien era tan buen mentiroso que la hija de un político experimentado no podía detectarlo.

—Nunca he tenido que ser valiente en mi vida hasta estos últimos días —le dijo honestamente.

—Fuiste bastante valiente al tratar de defenderte de mi primo cuando te atacó. —Rhys hizo inmediatamente una mueca—. Ah, eso fue grosero de mi parte, no debería haberlo mencionado. ¿Me perdonas?

Aurelia levantó la barbilla.

—Lo viví. Soy lo suficientemente valiente para hablar de ello. Sí. De hecho, estaba enojada conmigo misma después, por no haber luchado más eficazmente. Por ser lo suficientemente tonta como para irme sola con él, también.

La expresión de Rhys se suavizó, y de manera inesperada extendió la mano, colocándola sobre la de ella y apretando suavemente.

—Grantleigh no era un extraño para ti. Tenías todas las razones para confiar en él.

Las lágrimas le picaron en los ojos, y ella las apartó con enojo.

—Ninguna joven soltera debería permitirse estar sin chaperón a solas con un caballero.

—Eso suena a tu madre hablando, no a ti, y también suena como una forma horriblemente restrictiva de tener que vivir. No deberías culparte por los actos y elecciones repugnantes de otras personas, y por favor, créeme cuando te digo que ningún verdadero caballero actuaría jamás como lo hizo Grantleigh. Lo que hizo, lo que intentó hacerte, fue despreciable.

Su énfasis, su rabia apenas contenida en su nombre, hizo pensar a Aurelia que realmente creía lo que estaba diciendo. Agradecida por su apoyo, esbozó una pequeña sonrisa y asintió.

—Sí. Tú... no puedo creer que tú te comportaras jamás de esa manera. Aun así, ojalá hubiera sido más capaz de defenderme. Louis dijo que sentía haber sido negligente, que debería haberme

mostrado una forma en que una mujer más pequeña y débil puede incapacitar a un hombre. Prometió mostrárselo a Ophelia y Viola; ¿me lo mostrarás tú?

Aurelia se sorprendió cuando Rhys dejó escapar lo que podría haber sido una risa áspera.

—Será un honor para mí asegurarme de que nunca más te encuentres en una posición en la que tal conocimiento sea de utilidad, pero sí. Sí, te lo mostraré. Hay más de una manera, pero estoy bastante seguro de que sé en cuál estaba pensando tu hermano.

—Gracias.

Él todavía tenía su mano sobre la de ella, y aunque ambos llevaban guantes, aún podía sentir el calor de su mano sobre la suya, y lo estaba disfrutando bastante. Cuando retiró su mano y se recostó en su asiento, ella lamentó inmediatamente la pérdida.

Buscando otro tema del que hablar, le preguntó un poco vacilante si le contaría algo sobre Stowe Park. Temía que pudiera ser un tema delicado debido a su crianza allí y a su tiránico padre, pero para su alivio, pareció feliz de hablar de su hogar. El largo día de viaje transcurrió bastante agradablemente mientras Rhys hablaba con entusiasmo de los inquilinos que vivían en la propiedad y de la gente de las aldeas cercanas. Pronto fue evidente para Aurelia que Rhys realmente se preocupaba por su gente, de todas las clases sociales, y estaba desesperado por estar a la altura de sus responsabilidades como duque de una manera que su padre obviamente nunca se había preocupado por hacer.

Hicieron buen tiempo a pesar de la llovizna constante, debido en gran parte a los equipos de caballos de calidad listos y esperándolos en cada cambio. Llegaron a Maidenhead antes del anochecer, y Aurelia esperaba plenamente que continuaran viajando durante la noche, pero Rhys le dijo que había hecho arreglos para que pasaran la noche en la ciudad.

—Tengo una casa aquí —admitió casi avergonzado—. Tengo planes de venderla, ya que no la uso más de media docena de veces al año y parece un desperdicio, pero quiero encontrar un comprador que esté dispuesto a hacerse cargo del personal que está en residencia.

—Eso es muy bueno de tu parte —observó Aurelia—. No muchos pensarían en aquellos que podrían perder sus puestos cuando se vende una propiedad.

—Son mi gente sin importar en qué propiedad Stowe hagan su hogar, y es mi responsabilidad hacer lo mejor por ellos —Rhys hizo una mueca—. Inglaterra ha fallado en hacer lo correcto por sus soldados que regresan, demasiados de los cuales se han encontrado sin trabajo ni hogar. Estoy comprometido a hacer lo que pueda por ellos, y probablemente me encuentres algo aburrido con el tema.

—En absoluto —discrepó ella de inmediato—. Creo que es una causa admirable para que tú la defiendas, y me gustaría ayudar en todo lo que pueda.

El carruaje se detuvo en ese momento, y Rhys miró hacia afuera. —Hemos llegado —anunció.

Mirando alrededor mientras Rhys la ayudaba galantemente a bajar del carruaje, Aurelia vio una casa grande y hermosa situada ligeramente apartada de la calle. La oscuridad estaba cayendo, pero por las ventanas iluminadas que vio más adelante en la calle, pensó que estaban cerca del centro del pueblo de Maidenhead.

—Por aquí —Rhys extendió su brazo y ella puso su mano sobre él, dándose cuenta al hacerlo de lo rígida y cansada que se sentía. Fría también; los ladrillos en la cesta se habían enfriado hace mucho, y la única manta que había colocado sobre ella había sido bastante inadecuada, aunque había estado demasiado ocupada conversando con su nuevo esposo como para prestar mucha atención a sus molestias hasta ese momento.

Una pareja de mediana edad estaba esperando en los escalones, haciendo reverencias respetuosas mientras ella y Rhys ascendían. La mujer era atractiva, probablemente en sus treinta, pensó Aurelia, con cabello oscuro pulcramente recogido bajo una cofia de encaje y un sencillo vestido gris y delantal. Su esposo vestía sencillamente con una chaqueta marrón y pantalones negros, y Aurelia notó inmediatamente que la pierna izquierda del pantalón estaba cuidadosamente doblada a la altura de la rodilla, con una pata de palo reemplazando su pierna por debajo de ese punto.

—El señor y la señora Bretton —presentó Rhys—, quienes cuidan la casa para mí. Mi esposa, Lady Stowe.

—Su Gracia —La señora Bretton hizo una reverencia de nuevo—. Estamos tan honrados de conocerla. Por favor, pasen, hay un buen fuego encendido en la sala y les traeré té de inmediato.

La mujer parecía nerviosa, así que Aurelia le dedicó una cálida sonrisa. —Eso suena maravilloso, señora Bretton.

—Iré a ver que sus hombres tengan todo lo que necesitan en el establo, Su Gracia —murmuró el señor Bretton, y bajó cojeando los escalones para unirse al cochero. Era muy capaz con su pierna de madera, notó Aurelia, su postura erguida y recta. Un ex soldado, pensó, entendiendo inmediatamente por qué Rhys estaba tan decidido a asegurarse de que los Bretton no perdieran su posición cuando se vendiera la casa.

—El establo está en la parte de atrás —le dijo Rhys a Aurelia mientras ella se giraba para mirar —. Es bastante grande; tiene una docena de pesebres.

—Supongo que tus hombres pernoctan aquí cuando están moviendo equipos de caballos para ti a los varios relevos.

—En efecto, lo hacen —Después de quitarse el sombrero, el abrigo y los guantes, siguió a Aurelia y al ama de llaves a la sala, notando con aprobación el fuego crepitante.

—Oh sí, milord, estamos muy felices de hospedar a sus hombres y los caballos cuando pasan por aquí. ¡Me da algo que hacer además de quitar el polvo, cuando tengo bocas extra que alimentar!

—La señora Bretton era como una gallina clueca, revoloteando alrededor de Aurelia, tomando su capa, sombrero y guantes.

—La señora Bretton es una cocinera maravillosa —mencionó Rhys—. Rara vez estoy tan satisfecho en la mesa como cuando pernocto aquí.

El ama de llaves se sonrojó, riendo. —Me hace demasiado honor, Su Gracia. ¡No dudo que esos elegantes chefs franceses en Londres pongan una mesa mucho más fina que la mía, con platos cuyos nombres ni siquiera puedo pronunciar!

—La mitad de esos platos elegantes le dan dolor de estómago a este viejo soldado —le dijo Rhys con obvia sinceridad—. Su buena cocina sencilla es un alimento mucho más satisfactorio.

—Bueno —Obviamente complacida por sus palabras, la señora Bretton miró a Aurelia—. Traeré el té ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Suena maravilloso, señora Bretton —dijo Aurelia con un asentimiento, y el ama de llaves salió apresuradamente, sonriendo de oreja a oreja.



—Qué mujer tan encantadora —dijo Aurelia una vez que la puerta se cerró tras la señora Bretton —. Entiendo perfectamente por qué estás tan decidido a asegurar sus puestos, Rhys.

No tenía idea de por qué el sonido de su nombre en sus labios le complacía tanto, pero ciertamente lo hacía. Ella estaba de pie cerca del fuego, notó entonces, extendiendo sus manos hacia las llamas.

—¿Tienes frío? —Rhys pensó que la habitación estaba agradablemente cálida, pero él llevaba puesto un abrigo y chaleco sobre su camisa y pantalones.

—Me enfríé un poco durante la última hora —admitió Aurelia.

Preocupado, tomó sus manos entre las suyas. No estaban tan frías como temía, pero estaban decididamente heladas, y las frotó entre las suyas, negando con la cabeza. —Deberías haber

dicho algo. Había más mantas debajo de los asientos del carruaje, o podríamos habernos detenido.

—Pero entonces no habríamos llegado aquí hasta después del anochecer —señaló ella lógicamente—. Estoy bastante bien, te lo aseguro. Ni siquiera noté que tenía frío hasta después de que bajamos del carruaje.

—Déjame poner otro leño en el fuego y acercar una silla para ti. Deberías volver a ponerte la capa.

Su risa lo detuvo, suave y argentina. —Rhys, ¡deja de preocuparte! Me estoy calentando rápidamente frente a este hermoso fuego. Una taza de té caliente pronto me pondrá perfectamente bien, y aquí viene la señora Bretton ahora.

—He hecho algunos bollos, y también un pastel de frutas, milady, para acompañar su té —dijo el ama de llaves, dejando una bandeja.

—¡Oh, delicioso! El pastel de frutas es mi favorito. Veo por qué mi esposo habla tan bien de usted, señora Bretton —Aurelia sonrió radiante, y Rhys vio el momento exacto en que la otra mujer cayó bajo su hechizo.

Aurelia tenía una forma notable de poner a la gente a gusto, pensó Rhys. A pesar de su belleza etérea y la obvia calidad de su ropa, no actuaba orgullosa y distante como había visto hacer a muchas damas finas en Londres. Algunas de ellas ni siquiera se dignarían a reconocer al ama de llaves más allá de un asentimiento y una orden brusca. Con unas pocas palabras y una sonrisa, Aurelia tenía a la mujer mayor comiendo de su mano.

Aurelia esperó hasta que la señora Bretton hubiera salido de la habitación antes de mirar a Rhys.

—Lo siento, pero no sé cómo te gusta el té. No quería que ella supiera que ni siquiera sé cómo le gusta el té a mi esposo.

Parecía más molesta al admitir su ignorancia en el asunto que cuando hablaba del ataque de Grantleigh sobre ella anteriormente. Rhys negó con la cabeza, negándose a permitir que se sintiera mal. —¿Cómo podrías saberlo? De hecho, beberé el té de cualquier manera que puedas pensar en prepararlo; el ejército ofrecía pocos lujos, así que nos conformábamos con lo que pudiéramos conseguir.

—Sí, pero ¿cómo te gusta? —insistió Aurelia—. De verdad quiero aprender tus gustos y disgustos. ¿Cómo podré asegurarme de que tu casa funcione para complacerte si no lo hago? —Bajó la mirada—. A menos que prefieras que deje eso a tu personal.

—Preferiría que la dirigieras para complacerte a ti, o que dejaras que mi personal lo haga si así lo prefieres —se disculpó Rhys. Tomando asiento frente a ella, estudió sus ojos bajos, la forma en

que se mordía el labio inferior—. Si me dieras a elegir, me gusta el limón en mi té —ofreció, y vio su pequeña sonrisa de alivio. Está tan ansiosa por complacer. No la merezco—. Hablo en serio, ¿sabes? No necesitas esforzarte por complacerme. Tengo gustos simples. Una comida caliente en mi estómago y un techo sobre mi cabeza serán suficientes.

—Entonces creo que no hay otro duque como tú en todo el mundo —dijo Aurelia, ofreciendo una taza de té.

—Sin duda hay muchos hombres que harían un trabajo mucho mejor, pero desafortunadamente, la gente de Stowe está atrapada conmigo, así que solo tengo que hacer lo mejor que pueda. Al menos, estoy seguro de que he logrado hacer una cosa mucho mejor de lo que jamás esperé para ellos.

—¿Qué es eso? —Aurelia tomó un sorbo de té e inclinó la cabeza inquisitivamente.

—De alguna manera encontré para ellos a la duquesa más magnífica que jamás podrían desear.

Ella se rio, y él sintió ese tirón en la comisura de sus labios otra vez, ese que seguía sintiendo en su presencia. No estaba seguro de haber sabido nunca cómo sonreír; si lo había hecho, su padre le había quitado a golpes esa capacidad cuando era pequeño, pero Aurelia le hacía querer intentarlo.

Un ruido de cascos y ruedas afuera lo hizo ponerse de pie, asintiendo cuando vio a través de la ventana que llegaba el segundo carruaje—. Aquí están Harris y tus doncellas. No tengo duda de que la señora Bretton tendrá una habitación muy cómoda preparada para ti, y agua calentándose para un baño.

—Eso suena maravilloso. Eres muy considerado con mi comodidad, Stowe. Gracias.

Al volverse para mirarla, sentada junto al fuego con su cabello dorado brillando como un halo alrededor de su rostro, pensó en lo angelical que se veía—. Tengo poca experiencia tratando con damas refinadas —admitió con brusquedad—. Si hay algo que necesites para tu comodidad, incluso algo que tengas el capricho de poseer, solo tienes que nombrarlo y será tuyo.

Ella dejó su taza y se puso de pie, grácil como el agua fluyendo mientras caminaba hacia su lado y ponía su mano en su brazo, con el rostro vuelto hacia él—. Eres muy bueno conmigo —dijo suavemente—. Sé que no soy la esposa que podrías haber elegido, pero...

Él negó con la cabeza inmediatamente, interrumpiéndola—. Eres todo lo que posiblemente podría haber aspirado a encontrar en una esposa, y más. No te merezco, y estoy obteniendo lo mejor de este trato, de eso estoy bien consciente.

Aurelia inclinó la cabeza, con una expresión curiosa en su rostro—. ¿Eso crees? Yo lo veo de manera muy diferente.

No tuvo oportunidad de preguntarle qué quería decir, porque la señora Bretton llamó a la puerta de nuevo, con las doncellas de Aurelia esperando a su lado para escoltar a su señora arriba, y Rhys difícilmente podía privarla de la comodidad de su baño. Debe referirse a que soy un duque, pero sé que había más de uno compitiendo por su mano. O tal vez solo está aliviada de que le ofrecí una alternativa a verse obligada a casarse con Grantleigh.

Pensando en su primo, sus manos se cerraron en puños. Todavía no sabía exactamente qué iba a hacer con su primo; incluso si arrestar a un par no fuera casi imposible, las acciones de Grantleigh de todos modos no se considerarían criminales. Ciertamente, otros lores eran más propensos a reírse a sus espaldas que a condenarlo por algún delito por atraer a una debutante a una biblioteca y rasgar su vestido. Si el duelo no fuera ilegal, Rhys no tendría escrúpulos en desafiar a Grantleigh y matarlo a tiros por el insulto al honor de Aurelia, pero le había prometido a Lord Lymsey que no haría tal cosa.

Mirando al cielo, casi completamente oscuro ahora, Rhys bebió lo último de su té y suspiró para sí mismo. Convencer a Grantleigh de que abandonara el país era su mejor opción, pero todo dependía de que Grantleigh creyera que Rhys se batiría en duelo con él. Rhys deseaba fervientemente saber dónde estaba su primo y qué estaba pensando; ¿qué había poseído a Grantleigh para atacar a Aurelia en primer lugar?

—Nada de esto tiene sentido —murmuró Rhys en voz alta.

—¿Perdón, Su Gracia?

No había visto a la ama de llaves volver a entrar en la habitación, saltó un poco—. Nada, señora Bretton. Estoy cansado, eso es todo.

—Hay agua caliente en su habitación y su hombre lo está esperando, milord. Tengo pastel de paloma y un buen estofado de ternera para su cena, cuando usted y la duquesa estén listos.

—Suena maravilloso. —Rhys no tuvo que fingir entusiasmo. Aurelia había elegido comer muy poco durante todo el día, explicando que viajar en carruaje a menudo le provocaba náuseas y prefería no comer demasiado, y a él no le había gustado hacerla esperar mientras comía. Estaba deseando una cena abundante de la excelente cocina de la señora Bretton, incluso más que el baño caliente que sabía que Harris tendría listo para él.

Subiendo las escaleras, resolvió disfrutar de la compañía de Aurelia y no pensar más en Grantleigh por el día. De todos modos, no había nada que pudiera hacer hasta que su primo fuera encontrado y traído ante él.



# Capítulo Doce

—MÁS BRANDY —ORDENÓ LORD GRANTLEIGH A SU MAYORDOMO.

—Por supuesto, mi señor —el hombre se apresuró a cumplir su orden, pero cuando regresó con otra botella, no venía solo—. Disculpe, mi señor, pero hay un tal señor Hale aquí para verlo.

—¿Quién? —Grantleigh frunció el ceño—. Nadie sabe que estoy aquí.

—Es su casa, ¿no es así?

Grantleigh se puso de pie, mirando furiosamente al hombre que se había colado en su estudio detrás del mayordomo, sin esperar a ser invitado a su presencia.

—¿Quién demonios es usted?

—Jeremy Hale, mi señor. Trabajo para su primo. El Duque de Stowe.

La rabia brotó en el pecho de Grantleigh.

—¿Qué diablos quiere? Volveré a la ciudad lo suficientemente pronto, solo estoy esperando unos días hasta que se calme el temperamento de Colesworth.

Hale parecía perplejo.

—No estoy seguro a qué se refiere, mi señor.

—Lady Aurelia Lymsey —el hombre debía ser denso—. Me casaré con ella una vez que regrese a Londres, pero su hermano es un cabeza caliente. Necesito darle tiempo para que se calme, o para que el Conde entre en razón, o hará algo insensato.

Hale lo miró fijamente.

—¿Cree que Lord Colesworth es probable que lo desafíe por el asalto a su hermana? —el hombre sonaba casi divertido.

Grantleigh quería decirle que no era motivo de risa. Louis adoraba a su hermana, y estaría furioso porque Grantleigh finalmente había perdido la paciencia y forzado la situación.

—Creo que será mejor que eche un vistazo a esto, mi señor —Hale metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó una hoja de papel doblada y se la pasó.

—¿Qué es esto? —Al desdoblar el papel, Grantleigh descubrió que era un periódico, una página de The Times—. ¿Qué se supone que debo mirar? —preguntó con impaciencia.

—Al otro lado, mi señor. Justo arriba.

Dando vuelta al papel, escaneó la página. Un nombre saltó a la vista instantáneamente, y se congeló, leyendo el anuncio de nuevo con un sentimiento de incredulidad creciente.

Casados hoy en Lymsey House por licencia especial, su Gracia Edward George Rhys Armington-Stowe, el séptimo Duque de Stowe, y Lady Aurelia Caroline Cole, hija mayor del Conde y la Condesa de Lymsey.

—¿Qué carajo? —explotó, y levantó la mirada para mirar a Hale con total incredulidad—. ¿Stowe se casó con ella?

—Bueno, cuando la encontraron sola en la biblioteca con él, con el vestido medio rasgado, no creo que sintiera que tenía mucha elección —dijo Hale secamente—. Ya que el culpable no se encontraba por ninguna parte.

—No se encontraba por ninguna parte porque Stowe me ordenó que me fuera —sonrojándose, Grantleigh golpeó la hoja de periódico sobre su escritorio—. ¡Y ahora me ha robado a mi novia!

—¿Robado a su novia? —dijo Hale, su voz volviéndose dura y fría, y Grantleigh notó de repente que el otro hombre era fornido y de aspecto fuerte, con grandes manos apretadas en puños mientras avanzaba—. ¡Él intervino para limpiar su desastre, pedazo de inútil! Media Londres estaba chismorreando sobre la dama, ¿y dónde estaba usted?

Dando un paso tambaleante hacia atrás, Grantleigh sintió sus piernas presionando contra el asiento de su silla y se sentó.

—No pensé que se lo diría a nadie —dijo, pero la excusa sonaba débil incluso para sus propios oídos—. Excepto a Lord Lymsey, por supuesto, para arreglar la boda.

—Usted no pensó que él estaría allí en absoluto —dijo Hale, ahora abiertamente despectivo—. Por eso le dijo a su madre que trajera a Lady Lymsey y se reuniera con usted en la biblioteca. Esperaba ser encontrado por las damas.

Era bastante cierto, y Hale obviamente había hablado con su madre para confirmarlo.

—Bueno, por supuesto que sí —espetó Grantleigh a la defensiva—. Cualquier hombre lo habría hecho. Lord Lymsey no daría su aprobación para el matrimonio...

—Cualquier hombre de honor habría esperado —lo interrumpió Hale—. No habría intentado forzar la situación comprometiendo a la dama.

—¡Ahora escuche! —Enojado por el evidente desprecio del hombre, aliviado de que su mayordomo se hubiera escabullido pero consciente de la puerta abierta y los probables oídos atentos, Grantleigh saltó a sus pies—. ¡No puede venir aquí y hablarme así!

—No respondo ante usted, Lord Grantleigh, respondo ante el duque, y sus órdenes son bastante claras. Debo entregarle esta carta y asegurarme de que permanezca aquí hasta que él llegue para tratar con usted. Mi asociado ya ha partido hacia Stowe Hall para recogerlo.

—¡Mi primo no tiene ningún derecho a decirme qué hacer! —Enfurecido, Grantleigh golpeó su mano sobre su escritorio.

Hale simplemente lo miró fijamente.

—Stowe es un duque —dijo, lenta y pacientemente, como si hablara con un niño muy pequeño —. El jefe de su familia. Si así lo desea, su mundo se circunscribirá a los límites de esta propiedad, a estas cuatro paredes. Sus oportunidades de compañía se limitarán únicamente a aquellos que estén a su servicio.

—Tonterías —dijo Grantleigh, pero comenzaba a sentir una duda molesta—. ¿Qué posible razón podría tener para tomar medidas tan extremas?

Hale tuvo la audacia de poner los ojos en blanco.

—Tengo entendido que la nueva duquesa ha expresado el deseo de no volver a verlo nunca más. Una palabra de ella y usted será ostracizado por la sociedad educada. ¿Entiende eso, al menos?

—¡Por supuesto que lo entiendo! —Furioso, Grantleigh se dejó caer de nuevo en su silla—. Muy bien —murmuró—. Esperaré aquí hasta que mi primo se digne a visitarme —hizo un gesto despectivo con la mano—. Estoy seguro de que el ama de llaves puede encontrarle una cama.

—Su generosidad me abruma, mi señor —dijo Hale con sarcasmo, sin molestarse en hacer una reverencia antes de salir de la habitación.

Grantleigh ignoró la rudeza del hombre. Tenía toda la intención de ignorar la presencia misma de Hale, insulto que era, hasta que Stowe llegara y Grantleigh pudiera explicar esta tontería como la ridícula exageración que claramente era. Volvió a mirar la hoja de periódico arrugada en su escritorio, incapaz de creerlo; ¿qué diablos había poseído a Stowe para casarse con Aurelia?

Y en ese momento, Grantleigh supo exactamente qué le había pasado a su primo. Stowe había echado un vistazo a Aurelia y reconocido lo que Grantleigh sabía desde hacía años: era tan perfecta esposa como un hombre podía desear razonablemente. Hermosa, dócil y con una dote muy rica, no sería ningún sacrificio engendrar un heredero o dos con ella, y además estaba bien entrenada como anfitriona política. Stowe simplemente había aprovechado la oportunidad creada

cuando interrumpió accidentalmente a Grantleigh tratando de cimentar su propia reclamación del diamante.

—Ese bastardo —la mano de Grantleigh arrugó el periódico y lo arrojó al fuego, hirviendo de rabia. El tiempo de Stowe en el ejército, mezclándose con los hombres comunes, claramente había afinado sus instintos de ladrón. No había perdido tiempo en robar a Aurelia justo debajo de las narices de Grantleigh, y Lord Lymsey sin duda habría estado encantado: Stowe era un duque, después de todo. No, Lymsey había cambiado a su hija por algo mejor sin pensar ni un segundo en lo que ella quería. Stowe haría miserable a Aurelia con sus modales toscos; ¿qué idea tendría él de cómo complacer a una verdadera dama como ella? Sería risible si no fuera porque era el futuro de Grantleigh el que ahora yacía en ruinas.

Dejándose caer de nuevo en su silla, frunció el ceño mirando las llamas, tratando de pensar en una salida a su actual predicamento.

¡Si tan solo Stowe no hubiera regresado de la guerra! Grantleigh era el siguiente en la línea de sucesión del ducado, después de todo.

Mientras la idea se hundía, Grantleigh de repente se sentó erguido, antes de que una lenta sonrisa se dibujara en su rostro.

Tal vez, solo tal vez, todavía hubiera una manera de que obtuviera todo lo que siempre había deseado... y a Aurelia también.



La cena que la señora Bretton les sirvió era deliciosa, y Aurelia estaba decidida a apreciarla y mostrar el debido respeto a la ama de llaves por sus esfuerzos, pero había sido un día largo y estaba muy cansada. Sus ojos parecían empeñados en cerrarse a pesar de sus valientes esfuerzos por mantenerlos abiertos.

—Aurelia —dijo la voz de Stowe, cerca de su oído, y ella parpadeó, dándose cuenta de que sus ojos se habían cerrado por sí solos una vez más. Su cabeza también se había inclinado hacia abajo, y tuvo que enderezar el cuello para mirarlo.

—Rhys —dijo débilmente—. Me disculpo...

—No lo hagas. Debería haber hecho que tus doncellas te trajeran una bandeja, estás agotada. Ven.

Aceptando la mano que le ofrecía, dejó que la ayudara a ponerse de pie, pero una vez de pie, no parecía poder hacer que sus pies se movieran. Stowe murmuró algo entre dientes antes de

rodearla con sus brazos.

—Voy a llevarte a tu habitación.

—De acuerdo —accedió, y se sintió tan natural apoyar la cabeza en su ancho hombro y cerrar los ojos, confiándose completamente a él.

La llevó con facilidad, sin signos de esfuerzo, todo el camino por las escaleras hasta la encantadora suite donde sus doncellas estaban preparando su cama con un calentador. Inmediatamente se apresuraron a atenderla, cacareando con preocupación.

—Su Gracia está exhausta —dijo Stowe con brusquedad. No puso a Aurelia de pie como ella esperaba, sino que cruzó hacia la cama y la depositó suavemente sobre ella. Ella abrió los ojos y lo miró con ojos cansados, notando la preocupación en su rostro.

—No te preocupes por mí —se sintió obligada a tranquilizarlo—. No estoy enferma.

—Si lo estás, nos quedaremos aquí un día o dos hasta que te sientas mejor.

Sorprendida, forzó sus ojos a abrirse un poco más. —No, seguramente no.

—No arriesgaré tu salud —tocó su mejilla ligeramente, apenas el roce más suave de sus dedos —. Aunque te dejaré tomar esa determinación; si estás lo suficientemente bien para viajar por la mañana, lo haremos, solo debes saber que no hay ninguna obligación de hacerlo mañana.

Su consideración por su comodidad casi llevó a Aurelia a las lágrimas, en su estado debilitado. Cerró los ojos con fuerza y buscó a tientas donde su mano aún descansaba ligeramente contra su mejilla.

—Gracias —susurró.

—Descansa —apretó sus dedos suavemente antes de retirar su mano. Ella sintió la pérdida inmediatamente, temblando mientras el frío y el agotamiento la abrumaban—. Cuiden de ella —oyó la orden de Stowe en voz baja a las doncellas mientras se apresuraban a su lado—. Si se encuentra mal durante la noche, llamen a mi puerta; iré a buscar al médico.

—No médico —murmuró Aurelia contra la almohada.

—Te ruego que me permitas la indulgencia de preocuparme por ti —una vez más, sus dedos rozaron su mejilla—. Kate y Sarah son eminentemente sensatas; sé que ninguna de ellas se alarmará innecesariamente.

Aurelia estaba demasiado exhausta para protestar más. Asintió, disfrutando del deslizamiento de sus dedos contra su rostro, la ternura con la que la tocaba.

—Te veré por la mañana —dijo Stowe en voz baja, y luego sintió la más leve presión contra su frente.

*¿Acaba de besarme?* Pero estaba demasiado cansada para abrir los ojos, para ver si en efecto se estaba inclinando sobre ella.



Las doncellas estaban de pie con los ojos educadamente desviados cuando Rhys se enderezó. Ni siquiera estaba seguro de qué lo había poseído para besar la frente de Aurelia, solo que se veía tan pacífica y a la vez tan vulnerable allí en la cama. Había querido tranquilizarla, decirle que no le importaba incluso si tenían que quedarse hasta Navidad en esta, la más pequeña de las muchas propiedades del ducado. La señora Bretton los mantendría bien alimentados.

Por un momento, se permitió soñar con quedarse aquí, escondido del mundo en general, solo él y Aurelia y el poco personal que estaba con ellos. Podría fingir que no había heredado el ducado, que no tenía más responsabilidades que el cuidado de su nueva esposa.

—¿Su Gracia? —la tímida voz de la doncella interrumpió sus pensamientos—. Hablaremos con el señor Harris por la mañana, cuando su gracia despierte.

—Por supuesto —estaban esperando a que se fuera, se dio cuenta Rhys, para poder quitarle el vestido a Aurelia y prepararla para la cama. Con una rápida mirada a su esposa dormida, Rhys dejó a las doncellas para que se ocuparan de ella, cerrando firmemente la puerta detrás de él antes de dirigirse.

La señora Bretton lo encontró en el rellano, su rostro arrugándose de preocupación. —¿La cena no fue de su agrado, milord?

—Fue perfecta, pero me temo que ha sido un día largo y Lady Stowe casi se quedó dormida con la cara en el plato.

El ama de llaves se rió, relajándose un poco. —Parecía exhausta.

—En efecto, y yo mismo estoy cansado, pero no tanto como para no poder hacer justicia a un poco más de su maravillosa cocina. Voy a bajar ahora por otro plato.

Los ojos de la señora Bretton se arrugaron en las esquinas mientras hacía una pequeña reverencia. —Traeré entonces el postre que preparé, milord. Un pudín galés.

—¡Lo recordó!

Fue por pura casualidad que el ama de llaves había preparado el postre a base de natillas bordeado con rodajas de naranja confitada la primera vez que Rhys se había alojado en la casa a su regreso de Francia. Con un solo bocado, los recuerdos abrumaron a Rhys; había olvidado

cómo su madre solía pedir ese postre en ocasiones especiales y subir a su cuarto de niño para compartirlo con él.

—He escrito copias de la receta para los cocineros de Stowe Park y de su casa en Londres también, milord —dijo la señora Bretton, sonriéndole radiante—. Venga abajo ahora y se lo llevaré a la mesa. Con su señoría ya acostada, ni siquiera tendrá que compartirlo.

Una risa oxidada se escapó de Rhys mientras seguía a la maternal mujer escaleras abajo. La receta era algo que podría darle a Aurelia, pensó mientras le colocaban la dorada tarta delante; ella había dicho que quería complacerlo y él realmente tenía muy pocas preferencias. Hacer que los cocineros prepararan ocasionalmente uno de sus platos favoritos sería algo que ella podría hacer, al menos.

—No estoy seguro de si continuaremos nuestro viaje a Stowe Park mañana —le dijo a la señora Bretton mientras ella colocaba varias hojas de papel dobladas junto a su plato—. Si Lady Stowe sigue sintiéndose mal, podríamos demorarnos un día o dos. O tal vez solo ir parte del camino mañana por la tarde, Reading no está tan lejos.

—Es usted muy considerado con su señoría, pero no está mucho más lejos Stowe Park desde Reading, ¿verdad? El señor Bretton dice que pronto empezará a nevar, antes de Navidad, y él siempre lo sabe —la señora Bretton asintió con aire sabio—. Lo siente en su pierna faltante, sí. Mejor lleve a su señoría sana y salva a casa mañana, no se arriesgue a quedar atrapados en una ventisca en algún lugar.

Casa. ¿Era realmente Stowe Park su hogar? Rhys reflexionó sobre ello mientras comía su postre. Solo llevaba seis meses de vuelta en Inglaterra, había pasado menos de dos meses de ese tiempo en Stowe Park. Su padre no se había preocupado más que por sus propias comodidades y los dependientes del ducado en toda Inglaterra estaban en desesperada necesidad. Rhys apenas había hecho más dentro de la gran mansión de Stowe Park que recostar su cabeza para dormir, y habían sido muy pocas horas de eso. Sin embargo, difícilmente podía dejar a Aurelia en la casa y salir de nuevo inmediatamente, así que tal vez era hora de enfrentarse adecuadamente a los fantasmas de su pasado.

Con un suspiro, Rhys se apartó de la mesa y se puso de pie. Mañana sería suficientemente pronto para preocuparse por lo que sucedería cuando llegaran a Stowe Park, y tal vez ni siquiera entonces si Aurelia no estaba lo suficientemente bien para viajar. Por ahora, buscaría su cama y esperaría que el sueño llegara más fácilmente esta noche.



# Capítulo Trece

HARRIS DESPERTÓ A RHYS TRAS LA MEJOR NOCHE de sueño que había disfrutado en algún tiempo, con la sorprendente noticia de que su esposa ya estaba vestida y abajo tomando el desayuno, ansiosa por continuar el viaje hacia Stowe Park.

—Me tomé la libertad de ordenar que prepararan el carruaje, milord —señaló Harris mientras le entregaba ropa interior limpia—. El clima aún se mantiene favorable.

—Será mejor que partamos lo antes posible, entonces. Si vamos a llegar al Parque hoy, me gustaría hacerlo con luz de día. Su señoría se cansó muy rápido ayer por la tarde, y preferiría no verla llegar, tener que saludar a la casa y caer exhausta a mis pies.

—No tengo duda de que usted atraparía a la duquesa antes de que tocara el suelo, milord.

—Tu fe en mí es conmovedora, pero preferiría no arriesgarme. —Rhys se puso la chaqueta, frunciendo el ceño cuando Harris le mostró el odiado pañuelo para el cuello—. Muy bien, pero sé tan rápido como puedas, por favor. —Preferiría prescindir por completo de esa cosa maldita, pero no quería que Aurelia pensara que era una especie de rufián grosero—. ¿Está todo listo en el carruaje? —Había dado instrucciones a Harris antes de retirarse, para que pusieran mantas extra en el carruaje, y planeaba asegurarse de que los ladrillos calientes en la cesta fueran reemplazados en cada parada de descanso también. Había fallado en asegurar la comodidad de Aurelia ayer, permitiendo que se enfriara, y juró que no volvería a ocurrir.

—Sí, milord —dijo Harris pacientemente, sus dedos hábiles trabajando la corbata en algo que se asemejaba a un nudo respetable. Rhys apenas esperó a que las manos de su ayuda de cámara bajaran antes de girar sobre sus talones y salir apresuradamente de la habitación.

—Buenos días. —La sonrisa de Aurelia era radiante mientras lo miraba, una taza de té suspendida en el aire en su delicada mano—. ¿Durmió bien? Yo ciertamente lo hice; declaro que

la cama en mi habitación aquí era incluso más cómoda que la de su casa en la ciudad, por lujosa que fuera aquella.

—Bien. Quiero decir, sí, dormí bien, gracias por preguntar, y me alegro de que usted también lo hiciera.

—¿Ha ordenado el carruaje? A pesar de las comodidades aquí, estoy ansiosa por continuar el viaje.

—Lo traerán en breve.

La señora Bretton entró entonces con un plato para él, cargado de tostadas, salchichas y huevos; Rhys había pensado en saltarse el desayuno, si el carruaje estaba listo, pero la expresión en el rostro del ama de llaves y el delicioso aroma de la comida le hicieron cambiar de opinión. Aceptando el plato, se sentó junto a Aurelia y se lanzó a comer.

—¿Té? —preguntó Aurelia, y él asintió, observando cómo preparaba cuidadosamente la bebida justo como a él le gustaba.

Rhys estaba terminando los últimos bocados de su desayuno cuando el ruido de cascos y ruedas afuera les hizo saber que el carruaje estaba listo. Aurelia sonrió y se levantó con gracia; él también se puso de pie y le ofreció su brazo para escoltarla afuera.

La señora Bretton los esperaba en el vestíbulo con la capa y el sombrero de Aurelia en sus manos, y en cuestión de momentos Rhys y Aurelia se estaban acomodando de nuevo en el carruaje para otro largo día de viaje. Esta vez, Rhys no estaba tomando riesgos con la comodidad de Aurelia; se alegró de notar al menos media docena de gruesas mantas apiladas en los asientos, y no perdió tiempo en colocar una sobre sus piernas y otra alrededor de sus hombros.

—Me voy a achicharrar así —rio ella, dirigiéndole una mirada que casi podría describir como afectuosa.

—Mejor eso que congelarse —insistió él.

—Bueno, aprecio su preocupación por mi comodidad. —Sus pestañas bajaron, sus labios curvándose en una misteriosa sonrisa—. Como esposo, no puedo reprocharle nada.

—Estoy seguro de que descubrirá mis innumerables deficiencias pronto, pero me complace haber logrado engañarla hasta ahora. —Su rostro se sentía extraño, músculos largamente en desuso tirando de sus mejillas. Al vislumbrar su propio reflejo en la ventana, Rhys se dio cuenta, con sorpresa, de que estaba sonriendo.

—Así que sí sabe sonreír —dijo Aurelia suavemente, y él la miró de nuevo.

—Estoy aprendiendo cómo... de usted.

Su expresión era suave, y se inclinó hacia adelante, liberando una mano de sus mantas y extendiéndola para colocarla sobre la suya, que descansaba sobre su rodilla. —Es muy apuesto cuando sonríe. Espero verlo hacerlo a menudo.

Él no supo cómo responder al cumplido, así que apartó la mirada, un rubor subiendo lentamente por su cuello.



La expresión de Stowe era incómoda, su postura rígida evidenciando que no daba la bienvenida a su toque. Aurelia retiró su mano rápidamente, maldiciendo internamente la acción impulsiva; su familia era demostrativa, a menudo abrazándose o dándose palmadas de afecto. Le había parecido tan natural extender la mano y tocar a Stowe en ese momento, pero él casi se había encogido y ahora no la miraba a los ojos.

Girando la cabeza para mirar hacia afuera para que él no la atrapara mirándolo fijamente si llegaba a mirar en su dirección, Aurelia intentó no sentirse destrozada.

Ella había elegido casarse con Stowe no porque fuera su única opción, sino porque todo lo que sabía de él proclamaba que era un hombre genuinamente bueno. Desde aquella noche en la biblioteca de su casa en la ciudad, cada acción, cada palabra que salía de su boca solo confirmaba su opinión inicial.

Estaban casados, para bien o para mal, y en todos los sentidos que podía imaginar, Stowe había sido hasta ahora el mejor esposo que podría haber pedido. Para ser un hombre que decía tener poco entendimiento de cómo comportarse en la sociedad educada, en los últimos días le había mostrado más consideración y respeto del que jamás había recibido de Grantleigh, a pesar de los modales refinados de su antiguo pretendiente.

El silencio se prolongó incómodamente, hasta que Aurelia no pudo soportarlo más. Stowe había hablado con ella de buena gana ayer cuando le preguntó sobre el ducado y sus dependientes; seguramente podría encontrar un tema sobre el cual conversar hoy.

—¿Ha estado alguna vez en Cornualles? —preguntó un poco desesperada—. Lymsey House está en los páramos, mirando hacia el mar en Paignton. Mis hermanas y yo a menudo cabalgábamos hasta la orilla para pasear.

—No, nunca he visitado Cornualles —Stowe negó con la cabeza—. No vi el mar hasta que me uní al ejército y me embarqué hacia España, lo cual fue una experiencia miserable. Las tormentas en el Golfo de Vizcaya hicieron que incluso los marineros experimentados se sintieran mal.

—Nunca he estado en un barco más grande que un bote de remos —intentó encontrar algo en común en sus experiencias, y fracasó—. Tal vez con la guerra terminada, pronto sea posible viajar al continente por placer nuevamente.

—¿Le gustaría hacerlo? —la miró directamente a los ojos de nuevo.

—Mucho. ¿Sabía que mi madre y mi padre se conocieron en Roma?

Stowe parpadeó.

—No, no lo sabía.

—Mi padre estaba allí en un Gran Tour y mi madre acompañaba a sus padres en una visita a su tío, que era el embajador en Italia en ese momento. Se conocieron en una fiesta en la embajada y mi padre afirmó que fue amor a primera vista. Dejó a sus amigos para que continuaran su Tour y se quedó en Roma para cortejarla hasta que ella lo aceptó.

—Esa es una historia muy romántica, pero debo decir que sus padres parecen estar bien emparejados —hizo una pausa antes de continuar—. Entonces, ¿Roma es un lugar que le gustaría visitar? Yo no he estado allí, pero visité Génova, que está en el noroeste de Italia, y me pareció encantadora.

—¿Me contará sobre ella? —preguntó Aurelia esperanzada, y él asintió, aparentemente dispuesto a complacerla. Era un buen narrador, pensó ella mientras él pintaba imágenes con palabras, tejiendo una divertida historia sobre un escuadrón de soldados ingleses completamente fuera de su elemento en el campo italiano mientras intentaban localizar a un contacto elusivo y mantenerse un paso adelante de los soldados franceses que los rastreaban a su vez.

Una vez más, un largo día de viaje pasó rápidamente y con toda la comodidad posible. Solo hicieron paradas muy cortas para cambiar los caballos y, como consecuencia, avanzaron excelentemente. El carruaje entró por las puertas de Stowe Park poco después de las tres de la tarde, aún una buena hora antes de que cayera la oscuridad incluso en uno de los días más cortos del año.

Aurelia alcanzó a ver a dos hombres en las altas puertas de hierro, con una casa de guardia justo más allá, pero el carruaje no disminuyó la velocidad.

—Todavía falta casi una milla hasta la casa —le informó Stowe mientras el carruaje comenzaba a subir una pendiente suave—. En la cima de esta colina.

Ansiosa por tener su primera vista de su nuevo hogar, Aurelia se inclinó hacia la ventana, un jadeo escapando de sus labios cuando apareció ante su vista. Construida con piedra dorada de Costwold, Stowe Hall era un edificio magnífico, mucho más grande de lo que había esperado incluso para una sede ducal.

—¡Vaya, es un palacio! —exclamó boquiabierta—. ¡Parece completamente nuevo!

—Casi lo es. Apenas mi padre heredó el ducado, ordenó su construcción para reemplazar el Castillo Stowe, que es un viejo montón de piedras en la siguiente colina —señaló hacia la otra ventana del carruaje, y ella vio un sólido castillo gris en ese lado—. Desde aquí parece estar bien, pero de cerca está cayendo en ruinas y, para ser honesto, costaría demasiado ponerlo en condiciones habitables. Nadie ha vivido allí en cuarenta años.

El castillo parecía amenazante y frío contra el cielo gris, y Aurelia apartó rápidamente la mirada, volviendo a la perspectiva mucho más reconfortante de Stowe Park.

—Por lo que me ha contado de su padre, parece un hombre muy desagradable, pero supongo que debo estar agradecida por su decisión de construir una casa nueva. Stowe Park parece extremadamente confortable.

—Lo es —la boca de Stowe se torció en esa casi sonrisa que ella estaba empezando a conocer bien—. Se ha instalado toda comodidad moderna que pueda imaginar. Incluso hay cuartos de baño adjuntos a todos los dormitorios principales, con el agua canalizada desde cisternas en el techo y calentada en calderas de cobre instaladas en el ático.

Aurelia nunca había oído hablar de tal cosa, y lo miró con asombro.

—¡Eso suena positivamente decadente!

—Lo es, pero es una indulgencia a la que uno puede acostumbrarse rápidamente.

El carruaje estaba disminuyendo la velocidad ahora, el conductor haciendo que los caballos pasaran del trote al paso, y finalmente deteniéndolos al pie mismo de la elegante escalinata que conducía a las hermosas puertas dobles de la entrada, que estaban abiertas de par en par. Los sirvientes estaban saliendo para pararse en los escalones, con sonrisas en todos los rostros mientras esperaban para saludar a su señor y a su nueva señora. Un lacayo abrió la puerta del carruaje, y Stowe se levantó para saltar fuera, volviéndose inmediatamente para ofrecer su mano a Aurelia.

Se escuchó una leve ovación cuando ella bajó, su mano firmemente sostenida en la de Stowe, y deliberadamente se puso su sonrisa más amplia. No permitiría ni por un momento que los sirvientes sospecharan que era algo más que una joven novia embelesada con su marido, no cuando sabía cuánto le importaban a Stowe las personas de aquí. Tomando con firmeza su brazo, levantó su rostro hacia él y exclamó efusivamente:

—¡Oh, Stowe Park es aún más hermoso de lo que había imaginado, mi señor! Y toda su gente ha salido al frío para recibirnos; no, no lo permitiré. ¡Adentro, se lo ruego! No los mantendré a

todos aquí afuera, no cuando no dudo que hay encantadores fuegos cálidos dentro. ¡Nadie se resfriará por mi causa!

—Bien hecho —dijo Stowe suavemente, solo para sus oídos, mientras amplias sonrisas se dibujaban en todos los rostros—. Vengan, todos —alzó la voz—. ¡A mi duquesa no le gusta mucho el frío, mostrémosle las comodidades de Stowe Park y dejemos el invierno afuera!

Eso provocó una pequeña ovación, y los sirvientes se dispusieron a seguir mientras Stowe conducía a Aurelia por las escaleras, a través de las puertas y hacia un magnífico vestíbulo completamente embaldosado en mármol blanco. Una amplia escalera se curvaba hacia la derecha, conduciendo al primer piso, con alfombras verde esmeralda cubriendo los escalones, sujetas con varillas de latón pulido.

Aurelia había estado dentro de los Palacios de Kensington y St. James, así como en innumerables casas de personas adineradas y con títulos nobiliarios tanto en Londres como en el campo, pero muy pocas de ellas podían compararse con Stowe Park en términos de grandeza. Apenas logró contener su asombro, sonriendo con gracia y siguiendo a Stowe a través de unas puertas abiertas que conducían a un salón magníficamente amueblado, con un fuego crepitante en la chimenea para darles la bienvenida.

—Señora Henley —dijo Stowe, y una mujer regordeta con una cofia de encaje sobre su cabello gris y un elegante vestido azul marino dio un paso adelante, haciendo una profunda reverencia—. Mi señora, permítame presentarle a mi ama de llaves aquí en Stowe Park, la señora Henley, quien hace un trabajo excepcional manteniendo la casa funcionando sin problemas.

—Estoy encantada de conocerla, señora Henley —dijo Aurelia calurosamente—. Stowe Park es una joya, una brillantemente pulida, sin duda debido a su excelente gestión.

—Gracias, Su Gracia; no podría hacerlo sin mi personal. Estamos muy honrados de dar la bienvenida a nuestra nueva señora.



Rhys observaba con asombro cómo, una vez más, Aurelia hechizaba a su personal con unas pocas palabras bien escogidas y esa sonrisa que era como puro sol. Incluso la señora Henley, a quien Rhys siempre había considerado algo severa aunque no desagradable, se abrió con una sonrisa propia.

Aurelia solicitó que la ama de llaves presentara a sus asistentes y miembros principales del personal, y se habría levantado para saludar a cada uno de ellos, intentando aprender todos sus

nombres, pero Stowe interrumpió después del asistente del ama de llaves, el jefe de cocina, el mayordomo y el administrador de la finca.

—Señora Henley, agradezco que todo el personal haya salido a recibirnos, pero ha sido un día largo. Habrá muchas oportunidades para que la duquesa conozca a todo el personal en los próximos días.

—Por supuesto, mi señor —la señora Henley hizo una reverencia, y como si esa fuera una señal, todo el personal que esperaba se desvaneció discretamente con una ola de reverencias.

—Té —solicitó Rhys cuando la señora Henley llegó a la puerta, y el ama de llaves reconoció la petición con un:

—De inmediato, mi señor.

No dudaba que la formidable mujer tendría a una doncella con una bandeja cargada de vuelta en la puerta en menos de cinco minutos, así que no perdió tiempo en volver su atención a su esposa.

—¿O preferirías descansar?

—Se lo agradezco, he descansado lo suficiente en el carruaje —estaba mirando a su alrededor con viva y brillante curiosidad, cruzando la habitación para mirar por las altas ventanas de guillotina en el extremo más alejado, obviamente esperando captar un poco de la vista antes de que la luz se desvaneciera por completo—. ¡Qué vista tan encantadora, con ese pequeño lago en la hondonada y los bosques más allá!

—Tienes la misma vista desde tu suite —le dijo Rhys, complacido de que le gustara—. Está directamente encima de donde estamos.

—Qué agradable será despertar y ver eso cada mañana —se volvió para sonreírle, y él pensó que estaba genuinamente feliz con lo que había encontrado en Stowe Park; o eso, o era la mejor actriz que jamás había conocido.

—Me alegra que te agrade —caminó para pararse junto a ella, señalando algunos puntos de interés locales. Apenas podían ver el Castillo Stowe a la izquierda lejana de la vista, imponente sobre su colina, pareciendo mucho la sombría fortaleza medieval que había sido construido para ser.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Aurelia puso su mano en su manga, y al igual que en el carruaje, él se encontró instintivamente retrocediendo. Decidido a vencer el impulso de apartarse —hacía mucho tiempo que nadie lo tocaba con amabilidad— se obligó a quedarse quieto y levantar su mano para ponerla sobre la de ella. Ella se había quitado los guantes y se los había dado a uno de los lacayos, al igual que él, y su mano se sentía muy suave y pequeña bajo sus dedos, callosos por sostener riendas y blandir una espada.

—Stowe Park es todo lo que cualquiera podría desear en una casa —concordó Rhys—. Es el dueño de la casa quien no está a la altura de su magnificencia.

—Tonterías —discrepó Aurelia, en un tono tan pragmático que Rhys parpadeó—. Estaba pensando en el carruaje cómo, aunque solo nos conocemos desde hace unos días y nuestro matrimonio no puede haber sido lo que esperabas, me has tratado con la máxima cortesía y respeto. Has actuado mucho más como un caballero que la mayoría de los que conocí en Londres.

—Yo... ¿qué? —sorprendido, no pudo formular una pregunta apropiada, y ella levantó su otra mano para ponerla sobre la de él.

—No podría haber deseado más en una casa, o en un esposo, y debes dejar de inmediato de pensar en ti mismo como de alguna manera indigno.

—Como mi señora ordene —fue todo lo que se le ocurrió decir, mirando fijamente sus suaves ojos marrones.

Su suave risa resonó.

—Muy bien, Rhys. Haz exactamente lo que te diga y nos llevaremos perfectamente.

Sus ojos brillaban de alegría, y él solo pudo disfrutar del sonido de su nombre en sus labios y pensar en lo hermosa que era. No podía imaginar, en ese momento, nada que ella pudiera pedirle que no moviera cielo y tierra para ver hecho de inmediato.

La risa de Aurelia se apagó, y ella lo miró en silencio, con los labios ligeramente entreabiertos. Estaba mirando fijamente, se dio cuenta Rhys, pero no parecía poder detenerse, y ella inclinó un poco la cabeza hacia un lado como si se preguntara por qué la miraba tan intensamente.

Quiero besarla.

Como si ella adivinara su pensamiento, se lamió los labios, antes de que un rubor virginal comenzara a subir por sus mejillas y apartara la mirada tímidamente.

—Aurelia —comenzó, sin estar seguro de lo que iba a decir, pero cualquier idiotez que estuviera a punto de soltar fue misericordiosamente interrumpida por un golpe en la puerta.

—Adelante —llamó Aurelia, quitando sus manos de su brazo y alejándose, y dos doncellas entraron con una bandeja de té y otra cargada de pasteles y galletas, un verdadero festín de delicias para dar la bienvenida a la nueva señora de Stowe Park a su hogar.

Al menos mi personal sabe qué hacer en esta situación, pensó Rhys con un suspiro silencioso mientras escuchaba a Aurelia expresar su deleite por el banquete. ¡Yo soy solo un idiota ignorante sin la más mínima idea de qué hacer con una esposa, mucho menos con una a la que ni siquiera he tenido la oportunidad de conocer antes de casarme con ella!



# Capítulo Catorce

EL PRIMER DÍA DE AURELIA EN STOWE PARK amaneció tarde y extremadamente frío. La escarcha dibujaba gruesos patrones blancos en los cristales de las ventanas de su dormitorio mientras ella se sentaba junto a ellas con gran porte en un sillón magníficamente tapizado y sorbía el chocolate caliente que una de sus doncellas había traído con su desayuno de panecillos recién horneados y conservas de frutas.

Un movimiento en la distancia llamó su atención y se inclinó más cerca de la ventana, escudriñando a través del cristal escarchado para distinguir la inconfundible figura de su marido, alto y erguido sobre el hermoso caballo de guerra que había viajado con ellos desde Londres.

—Su Excelencia dejó un mensaje diciendo que iba a visitar a uno de los granjeros arrendatarios esta mañana, mi señora —informó su doncella Sarah—. Y la señora Henley dice que por favor la llame cuando esté lista, ya que está a su disposición.

—Sin duda —dijo Aurelia, bastante segura de que Stowe habría instruido a los sirvientes para que atendieran hasta el más mínimo de sus caprichos—. Bueno, no la haré esperar. ¿El vestido de lana color rojizo, por favor, Sarah, y mis botines marrones? Esta es una casa grande. ¡Si voy a explorarla, querré tener zapatos cómodos en los pies! —Y, pensó para sí misma, el vestido de lana rojizo es mi mejor vestido de mañana. Aunque quizás no fuera lo suficientemente elegante para que una duquesa recibiera invitados, serviría muy bien para recorrer su nuevo hogar en compañía de su nueva ama de llaves.

La señora Henley apareció tan rápidamente después de que Aurelia terminara de vestirse que Aurelia estaba casi segura de que el ama de llaves había estado merodeando fuera de la puerta esperando su llamada.

—Buenos días, Su Excelencia —el ama de llaves hizo una reverencia respetuosa—. ¿Espero que haya encontrado todo a su satisfacción hasta ahora?

—Más que satisfactorio, señora Henley, y por favor, no hace falta tanta formalidad. Espero que usted y yo trabajemos muy de cerca y se volverá muy cansado que me llamen su excelencia todo el tiempo, especialmente cuando sin duda me verá en mis momentos menos agraciados —Aurelia sonrió cálidamente, invitando al ama de llaves de rostro severo a compartir la broma.

La señora Henley esbozó una pequeña sonrisa en respuesta, pero Aurelia pensó que era genuina.

—Como desee... ¿mi señora?

—Eso servirá perfectamente —aprobó Aurelia—. Ahora, no tengo duda de que está excepcionalmente ocupada y no quiero apartarla de su trabajo, así que si no le importa, simplemente me gustaría seguirla por un rato. Aprender los caminos del Park observando a quien lo conoce más íntimamente, si me lo permite.

—Por supuesto, mi señora, si eso es lo que desea. Había reservado el día, pero... bueno, acaba de llegar el pedido de vino, y luego solo quedan unos días hasta Navidad —el ama de llaves bajó la mirada a sus manos antes de levantarla para encontrarse con los ojos de Aurelia—. No estábamos seguros de qué hacer. El antiguo duque no permitía ninguna celebración en Navidad, y Su Excelencia no ha dado ninguna orden.

—¿Ninguna celebración? —Aurelia parpadeó, segura de que debía haber oído mal.

—Ninguna en absoluto —confirmó la señora Henley—. Ni siquiera permitía que los sirvientes tuvieran una cena especial.

—Bueno, eso está simplemente mal, y le aseguro que este año será muy diferente —Aurelia dudó solo un momento, preguntándose si a Stowe le importaría, pero él le había dicho explícitamente que podía hacer lo que quisiera en la casa. También había sido claro sobre su desprecio hacia su padre, así que cambiar algo que su padre había hecho le complacería. Eso esperaba—. Empecemos por discutir qué suministros adicionales deberían pedirse para la cocina. Espero que los cocineros tengan tiempo suficiente para preparar pudines de ciruela; confieso que tengo una gran debilidad por ellos, y por los pasteles de carne.

—Oh sí, mi señora, los pasteles de carne siempre son un favorito. ¿Deseará pavo el día de Navidad, o un ganso asado? Le informaré al guardabosques lo que debe proporcionar.

—Ambos —dijo Aurelia, consciente de que la gran mayoría de la carne iría a los sirvientes de todos modos—. Y además del pudín de ciruela, ¿le daría esta receta al cocinero y le pediría que la prepare el día de Navidad? La señora Bretton, el ama de llaves de la casa en Maidenhead, me la dio. Aparentemente, es uno de los favoritos particulares de mi señor.

—Por supuesto, mi señora. ¿Un pudín galés? No he probado uno en muchos años —la señora Henley leyó rápidamente la receta, asintiendo—. Se la pasaré al cocinero.

—¿Empezamos en las cocinas? —Aurelia alisó sus faldas y se puso de pie—. No soy una de esas señoras que nunca pondrán un pie en el área de servicio —advirtió cuando la señora Henley pareció sorprendida—. No socavaré su autoridad anulando sus decisiones a menos que sea absolutamente necesario, pero deseo estar al tanto de lo que sucede en mi hogar.

—Muy bien, mi señora.

Realmente no había otra respuesta que el ama de llaves pudiera haber dado, reflexionó Aurelia mientras se dirigían a la enorme cocina en la parte trasera de la casa, pero la señora Henley no parecía desaprobar. Por el contrario, parecía predispuesta a compartir todo el considerable conocimiento a su disposición, deteniéndose en cada puerta que pasaban para mostrarle a Aurelia la habitación en su interior y nombrar su propósito.

Necesitaré un diario para tomar notas sobre todo lo que estoy aprendiendo, pensó Aurelia, y en silencio se propuso preguntarle a Stowe si tenía un diario en blanco sin usar en algún lugar que ella pudiera utilizar, o si podría encontrar algún lugar para comprar uno en el pueblo.

Los sirvientes que pasaban apresuradamente en el curso de sus tareas matutinas le lanzaban miradas de asombro y hacían rápidas reverencias. En su mayoría, la señora Henley los despedía con un gesto para que continuaran con sus deberes, comentándole a Aurelia que pronto aprendería todos sus nombres, pero le presentaron a dos doncellas principales y al segundo mayordomo, lo cual Aurelia supuso que tenía sentido, ya que probablemente tendría contacto frecuente con estos tres sirvientes.

La cocina era inmensa, con dos enormes chimeneas que desterraban cualquier indicio del frío invernal del exterior. El jefe de cocina, un tal señor Roderick, estaba de pie en una mesa en el centro amasando pasta y dando órdenes a los ayudantes de cocina y a las criadas que se apresuraban siguiendo sus instrucciones.

Aurelia preferiría no ser una distracción, pero supuso que era inevitable que todo se detuviera abruptamente ante su aparición. El señor Roderick estaba ansioso por mostrarle el funcionamiento de la cocina, guiándola por las bien surtidas despensas, un enorme fregadero con todo tipo de ollas y sartenes imaginables almacenadas en grandes estantes, una destilería con una impresionante variedad de hierbas y especias, e incluso salieron a la lechería.

—Creo que sería usted la envidia de todos los cocineros del reino, señor Roderick, con semejante dominio —le dijo Aurelia al cocinero cuando terminaron—. Sin embargo, aún le preguntaré si hay algo más que crea que podría hacerse para mejorar las cocinas.

—Una estufa Rumford —respondió el cocinero de inmediato. Señaló las dos chimeneas y los hornos construidos en las paredes que las rodeaban—. Las chimeneas fueron adaptadas según el

diseño Rumford y han supuesto una gran mejora, pero podríamos reemplazar una de ellas por una estufa Rumford. Cocinan de manera mucho más eficiente, con una temperatura constante, y son excelentes para hornear los pasteles y tartas más delicados.

—Se lo mencionaré a su Gracia —prometió Aurelia, complaciendo obviamente al señor Roderick, quien le sonrió radiante e insistió en que probara unas tartaletas de mermelada que acababan de hornear y se estaban enfriando en una gran rejilla antes de que ella y el ama de llaves pasaran a la siguiente parte de la casa.



Quitándose el abrigo, Rhys se lo pasó al lacayo que esperaba con una palabra de agradecimiento antes de tomar asiento y dejar que el hombre le ayudara a quitarse las botas empapadas. Había comenzado a caer aguanieve cuando regresaba de visitar al granjero arrendatario cuyo mensaje le esperaba a su regreso, y estaba completamente empapado.

—Primero subiré a buscar unos calcetines limpios de Harris —dijo, rechazando con un gesto los zapatos que le ofrecían. Caminando por la casa con los pies húmedos y en calcetines, pensó con cierta diversión que la vida civil lo estaba volviendo mimado.

—Buenas tardes, milord —Harris estaba listo con calcetines secos en la mano y pantalones limpios, camisa y chaqueta esperando sobre la cama, cuando Rhys entró en su dormitorio—. ¿Un paseo agradable, milord?

—Hasta que los cielos se abrieron sobre mí, en efecto —asintió Rhys, pero miró al ayuda de cámara con curiosidad—. Conozco ese tono, Harris; ¿por qué me he ganado tu desaprobación hoy?

—Difícilmente me corresponde aprobar o desaprobar nada de lo que usted pueda elegir hacer, su gracia. Algunos dirían que es el colmo de la mala educación dejar a una recién casada sola en su primer día en su nuevo hogar. Yo nunca me atrevería, por supuesto.

Rhys sintió de repente un escalofrío. —¿Aurelia? ¿Está bien?

—Oh, la duquesa tuvo una mañana encantadora. Tiene a la señora Henley comiendo de su mano, el cocinero vino a preguntarme la dirección de la casa de su familia para poder escribir a su cocinero y preguntar por sus platos favoritos, y la fregona estaba llorando.

—¿Por qué estaba llorando la fregona?

—Al parecer, la duquesa pidió inspeccionar los aposentos de la fregona, diciendo que es muy consciente de qué sirviente en una casa tiene el estatus más bajo y que no permitirá que la

fregona ni ningún otro sirviente viva en condiciones miserables cuando ella tiene el poder de hacer algo al respecto.

—¿No es la fregona tu sobrina, Harris? —preguntó Rhys pensativo.

—En efecto lo es, y agradecida por el puesto. Jane es una chica trabajadora y el señor Roderick planea ascenderla a ayudante de cocinero muy pronto. No es dada a ataques de mucha emoción, nuestra Jane, y sin embargo, cuando la duquesa inspeccionó su habitación y dijo que creía que Jane podría necesitar una manta nueva y que definitivamente debería tener una almohada en su cama, Jane se deshizo en lágrimas de gratitud.

Aún más ejemplos de la bondad de Aurelia, pensó Rhys. La había abandonado sin siquiera esperar para saludarla esa mañana, sin pensar en lo nerviosa que debía estar al comenzar a asumir sus deberes como señora de Stowe Park, y lo primero que hizo fue investigar cómo se trataba a los más bajos de los que ahora estaban bajo su cuidado. No era de extrañar que Harris pareciera listo para ir a la batalla por ella.

—No la merezco —dijo Rhys en voz alta, y Harris resopló, enrollando los calcetines mojados.

—Ciertamente que no.

—Realmente necesitaba visitar la granja de los Bellamy. Su granero está peligrosamente cerca de derrumbarse —. Incluso mientras lo decía, Rhys sabía que no era excusa. Podría haber enviado a su administrador de tierras, con autorización para hacer lo que el hombre considerara conveniente.

La expresión de Harris decía exactamente lo que pensaba de la racionalización de Rhys. —Sin duda una tarea que solo usted podía realizar, su gracia —dijo con sarcasmo.

—Gracias, capto tu punto —. Sintiéndose debidamente reprendido, Rhys se puso la ropa limpia, se calzó un par de zapatos y se puso de pie—. Ya que aparentemente estás al tanto de todo lo que ha estado haciendo mi esposa, ¿podrías indicarme en qué dirección se encuentra actualmente?

—Creo que planeaba ayudar al mayordomo y a la señora Henley a hacer inventario de una gran entrega de vino que llegó ayer, milord.

La bodega era entonces el primer lugar donde buscar, y Rhys se dirigió allí de inmediato. A mitad de camino por las escaleras de piedra, oyó la voz de su esposa flotando hacia él, y se detuvo brevemente para escuchar sus palabras.

—Tienen muy poco stock de brandy, ¿a su Gracia no le gusta?

—Raramente lo toca, milady. Su Gracia disfruta de una copa de borgoña con la cena y a veces una pequeña copa de oporto después, pero rara vez se entrega a bebidas más fuertes.

—¿Así que esto se guarda solo para los invitados? —Se oyó el más leve tintineo de una botella —. Mi padre lo apreciará, cuando venga de visita.

—¿Esperamos al Lord Lymsey, señora? —Esa era la voz de la señora Henley, pensó Rhys.

—No por el momento, pero sugirió que podrían desviarse para visitarnos cuando regresen de Cornualles a Londres después de Navidad. Espero que vengan.

El tono nostálgico en la voz de Aurelia hizo que Rhys inmediatamente decidiera escribir a sus padres y agregar su propia ferviente petición de que visitaran, además de la invitación ya extendida. Haría cualquier cosa en su poder para hacerla feliz, un hecho que reconoció con una mueca irónica mientras bajaba las escaleras del sótano.

—Stowe. —Un bonito rubor coloreó las mejillas de Aurelia cuando lo vio, y dio unos pasos en su dirección antes de detenerse, luciendo un poco confundida—. Has vuelto. No te esperaba hasta la hora de la cena.

—Me encontré añorando la compañía de mi encantadora esposa —dijo Rhys galantemente, moviéndose a su lado y tomando su mano para depositar un ligero beso en el dorso—. Entiendo que has tenido una mañana ocupada.

—No me gusta estar ociosa. —No estaba mirándolo a los ojos—. Espero no haberme extralimitado...

—En absoluto, ya escucho a todos cantando tus alabanzas. —Miró al mayordomo y al ama de llaves, quienes se habían retirado al extremo más alejado del sótano y estaban ignorando estudiadamente a sus empleadores, como los miembros bien entrenados y discretos del personal que eran—. La noticia se ha extendido; la nueva duquesa es amable, considerada y la mejor señora que Stowe Hall podría desear. El duque es un hombre excepcionalmente afortunado.

—Oh. —El rubor de Aurelia se intensificó, y le lanzó una mirada tímida a través de sus pestañas —. Creo que yo soy la afortunada. —Su voz era casi inaudible.

Sorprendido por su declaración, Rhys no supo qué decir en respuesta. Aurelia sonrió, una misteriosa curva de sus labios, y retiró su mano de su agarre, solo para luego colocarla en el hueco de su brazo.

—Ven y dime cuáles son tus vinos favoritos —solicitó—. No dudo que la formidable señora Henley ya sabe qué servir con cada comida aquí, pero me gustaría saber cuáles prefieres habitualmente.

Conmovido una vez más por su evidente deseo de complacer, Rhys permitió que Aurelia lo guiara más profundamente en el sótano. —Preferiría que me dijeras qué tipo de vino prefieres —dijo—, para poder asegurarme de que siempre tengamos algo a mano.

—Bueno, en cuanto a eso, me temo que carezco de un paladar refinado. No me gusta mucho el clarete, ni el borgoña o el Madeira o incluso el jerez. Todos me dejan con dolor de cabeza por la mañana. Puede que sea la única dama que va a Almack's y realmente disfruta de su limonada de horchata; es ligera y dulce.

La señora Henley escuchaba atentamente mientras Aurelia hablaba, Rhys notó complacido, y ella hizo algunas sugerencias que Aurelia dijo que le gustaría probar, como los cordiales de saúco y cereza que la propia señora Henley elaboraba.

—Cualquier cosa que mi esposa exprese deseo de tener, debe proporcionársele —instruyó a la señora Henley, quien asintió en inmediata aceptación—. Incluso si debe pedirse a Londres, no es necesario que me consulte primero.

—Como desee, Su Gracia —accedió el ama de llaves. Había una pequeña inclinación divertida en su boca que Rhys reconoció incómodamente como dirigida a él; la señora Henley lo conocía de toda la vida, y obviamente podía ver claramente cuán ansioso estaba por complacer a Aurelia.

—Lo que me gustaría ahora es algo de almuerzo —Aurelia se estremeció—, y salir de este frío sótano. ¿Me acompañarás, Stowe? La cocinera tenía una deliciosa sopa de pollo en preparación; el mero olor en la cocina me hizo agua la boca.

—Estaré encantado de acompañarte a probarla —dijo Rhys, recompensado una vez más por su brillante sonrisa mientras ella colocaba su mano en el hueco de su brazo.

—Me temo que debo confiar en ti para que me guíes hasta la sala de estar. Carezco de sentido de la orientación; ¡me llevará semanas encontrar mi camino por Stowe Park!

—Pondré un lacayo a tu disposición, para asegurarme de que nunca te pierdas en tus paseos. — Solo estaba bromeando a medias, y ella negó con la cabeza.

—Vaya, esta casa está tan llena de sirvientes que, incluso si me pierdo, uno de ellos me orientará en un momento. No necesito un perro guardián dedicado, Stowe.

Ella tenía razón, y él no podía decirle que la verdadera razón de su deseo de que nunca estuviera sola era por su propia tranquilidad. Si sabía dónde estaba, siempre podría encontrarla, y se estaba volviendo más necesario cada día pasar tanto tiempo como pudiera en su presencia. Simplemente, estar con Aurelia se sentía como bañarse en la cálida luz del sol, y sospechaba que se estaba volviendo rápidamente adicto a esa sensación.



# Capítulo Quince

AURELIA SE ENCONTRABA SUMAMENTE DESCONCERTADA POR SU MARIDO. Stowe era todo solicitud y parecía disfrutar pasando tiempo en su compañía, pero nunca se acercaba a ningún tipo de intimidad más allá de tomarla del brazo para caminar con ella.

Llevaban ya cuatro días en Stowe Park, y Aurelia comenzaba a encontrar su camino a fuerza de perderse varias veces y caminar sin cesar hasta dar con alguna habitación o pasillo que reconociera, pero Stowe no había ido a su habitación. No desde aquella primera noche en la casa de Londres había cruzado el umbral, y Aurelia empezaba a desear fervientemente que lo hiciera.

Quizás aún no estaba del todo lista para consumar el matrimonio, pero era consciente de que había varios pasos antes de llegar a ese punto. ¡Vaya, incluso Grantleigh había intentado besarla primero, y no era el único pretendiente que lo había intentado!

Observando a su marido mientras se sentaba a su lado, comiendo la deliciosa cena que el cocinero había preparado para ellos, Aurelia intentó pensar en una forma de pedirle que pasara algo de tiempo a solas con ella después de la comida, en lugar de retirarse a su estudio como era su costumbre, dejándola con poco que hacer salvo subir las escaleras hasta su habitación y pasar la velada leyendo o cosiendo junto al fuego, sola excepto por el atento personal.

—¿Te unirías a mí en el salón un rato después de cenar, Stowe? —preguntó finalmente, mientras probaban los postres.

Él la miró con las cejas negras arqueadas. —Si hay algo que deseas preguntarme, puedes hacerlo aquí, Aurelia.

Ella miró a los dos lacayos que estaban discretamente de pie contra la pared y bajó la voz. —Esta es una conversación para tener en privado.

—Ya veo. —Por un momento, pensó que iba a rechazarla, pero él asintió—. Como desees, querida.

No pudo comer otro bocado de la deliciosa tarta de bayas en su plato. Dejando el tenedor, esperó hasta que Stowe también dejó el suyo, y luego se puso de pie. Como siempre, él le ofreció galantemente su brazo, y ella enroscó sus dedos alrededor de su codo, sintiendo los gruesos músculos de su brazo tensarse bajo la suave tela de su chaqueta.

Cuando llegaron al salón, ella no soltó su brazo, haciendo que Stowe la mirara con curiosidad mientras cerraba la puerta tras ellos. —¿Está todo bien, Aurelia?

—Quiero que me beses. —Casi lo soltó de golpe, sabiendo que perdería el valor y se refugiaría en cortesías superficiales si no lo hacía.

—¿Qué? —Sus ojos negros se abrieron mucho.

—Llevamos casados casi una semana completa, y no me has besado ni una sola vez. Ni siquiera me besaste el día de nuestra boda. —Se sentía casi petulante por eso; incluso conociendo las circunstancias del matrimonio, sus hermanas habían bromeado diciendo que seguramente su marido la besaría y qué suerte tendría, pues era tan apuesto.



Rhys se quedó completamente desprevenido; de todas las cosas que podría haber esperado que Aurelia quisiera decirle en privado, una petición de besarla no estaba entre ellas. Ella lo miró directamente a los ojos, aunque había un toque de rubor tímido en sus mejillas, y él casi echó la precaución por la borda, la tomó en sus brazos y la besó como ella pedía.

En su lugar, dio un paso deliberado hacia atrás, haciendo que la mano de ella se deslizara de su brazo, y se alejó hacia la chimenea, deteniéndose frente a un sillón individual. Esperando que ella tomara el de enfrente, aunque no podía, por cortesía, sentarse antes que ella.

Aurelia lo miró fijamente y luego, muy deliberadamente, caminó en cambio hacia la chaise longue y se sentó. Sin embargo, no se sentó de la manera a la que él estaba acostumbrado a verla. En su lugar, casi se recostó sobre el brazo de la chaise, apoyando su delicada barbilla puntiaguda en su mano.

—Así que no deseas besarme. Eso es decepcionante.

Él casi se atragantó, sus rodillas se debilitaron haciéndolo casi caer en la silla. —¡Ese no es el caso, Aurelia!

—Entonces, ¿por qué estás allá solo, y yo estoy aquí?

Rhys pensó que ella estaba actuando, siendo tan descarada en su invitación para cubrir sus nervios. Sus pestañas aleteaban rápidamente y podía ver los dedos de una mano apretándose

contra sus faldas. Era una buena actuación; debía haber observado a damas más experimentadas en sus coqueteos y estaba haciendo lo mejor para imitar sus técnicas.

—Porque aunque llevamos casados casi una semana —dijo suavemente—, nos conocemos desde hace bastante menos de dos.

—Oh. —Ella agitó su mano con aire despreocupado—. Eso apenas importa. Algunos caballeros han intentado besarme en la primera ocasión de conocerme.

—¡Discrepo rotundamente! —La rabia brotó en él ante la mera idea—. ¡Ciertamente no eran caballeros si intentaron hacer tal cosa!

La expresión ligeramente petulante de Aurelia se suavizó, y se incorporó antes de ponerse de pie y acercarse a él. Se había quitado las zapatillas, vio él, dejándolas bajo la chaise.

—Estoy empezando a creer —dijo Aurelia suavemente— que en toda mi vida, y con las amorosas excepciones de mi padre y mi hermano, solo he conocido a un verdadero caballero.

Colocó sus manos sobre los brazos de su silla y miró fijamente a sus ojos, y Rhys nunca se había sentido menos caballeroso.

—Si no me vas a besar —su voz era apenas más que un susurro ahora—, creo que debo reunir mi valor y besarte yo.

La boca de Rhys se sentía tan seca como las arenas del desierto. Miró fijamente los labios de Aurelia mientras ella se acercaba más, sintiendo su corazón acelerarse salvajemente, fuera de control. Si lo hacía, si lo besaba, no estaba del todo seguro de poder contenerse. Podía sentir su aliento contra sus labios...

Un fuerte golpe en la puerta hizo que Aurelia se echara hacia atrás de repente, y una maldición muy poco caballerosa escapó de los labios de Rhys.

Dando media vuelta, Aurelia casi huyó al otro lado de la habitación, cogiendo un libro de una mesa lateral y tomando asiento casi tan lejos de él como pudo, junto a un candelabro de muchos brazos sobre una mesa lateral. Abriendo el libro de golpe, fingió estar absorta en las páginas cuando sonó un segundo golpe.

—Adelante —dijo Rhys en voz alta, consciente de que su personal seguramente no los habría interrumpido sin una buena razón.

El señor Ross, el mayordomo, entró con la mirada educadamente baja. —Le ruego me disculpe, su excelencia, pero dejó instrucciones de que se le informara de inmediato una vez se confirmara el paradero de Lord Grantleigh.

El fuerte jadeo de Aurelia cortó el breve silencio que cayó, y Rhys la miró. Había dejado caer el libro en su regazo y su rostro palidecía.

—¿Y bien, qué noticias hay, señor Ross? —preguntó Rhys.

—Su hombre Lansdown ha regresado. Le pedí que esperara en su estudio.

—Gracias. —Rhys se puso de pie, sorprendido cuando Aurelia también se levantó. Arqueó una ceja con curiosidad.

—De todos modos exigiré saberlo todo, así que bien podrías permitirme asistir a la reunión —dijo Aurelia con descaro, y él se encontró riendo.

—Muy bien. Iremos enseguida, Ross. —Dirigió su mirada significativamente a las zapatillas de Aurelia, abandonadas bajo la chaise longue, y ella se sonrojó un poco y se acercó para recogerlas una vez que Ross hizo una reverencia y se marchó discretamente.



Aurelia apenas podía creer lo que casi había hecho; ¡casi había besado a su marido! Y la mirada que él le dio cuando ella se inclinó para presionar sus labios contra los suyos le aseguró que estaba muy lejos de objetar. ¿Por qué, oh por qué tuvo que interrumpir Ross en ese preciso momento? ¡Solo unos segundos más!

Stowe esperó mientras ella se ponía las zapatillas, antes de abrir la puerta y hacerle un gesto para que lo precediera. Sin embargo, al pasar junto a él, sintió el más leve roce en su mano, y cuando miró hacia abajo, los dedos de él se curvaron suavemente alrededor de los suyos.

Está sosteniendo mi mano.

No era un beso, pero Aurelia no pudo borrar la tonta sonrisa de sus labios mientras caminaban juntos hacia el estudio.

El hombre que los esperaba era alto y delgado, con mejillas hundidas y ojos oscuros y caídos. Le hizo una profunda y respetuosa reverencia cuando ella entró del brazo de Stowe.

—Su Gracia.

—Por favor, no se atenga al protocolo, señor Lansdown. Aprecio que haya estado fuera con este terrible clima por mi causa, y se lo agradezco.

—Es Lord Lansdown —murmuró Stowe, sorprendiéndola—. Vizconde, de hecho.

Ella le dirigió una mirada de asombro mientras él la conducía al escritorio, invitándola a sentarse en su propia silla mientras él se apoyaba en el borde del escritorio.

—Servimos juntos en el ejército —dijo Lansdown—. Le debo la vida a su marido varias veces; cuando me pidió que lo ayudara a encontrar a Grantleigh, me alegré de poder hacerlo.

—¿Lo encontraste, entonces? —preguntó Stowe, y Lansdown asintió.

—Lo hicimos. Jeremy Hale y yo fuimos a su finca y lo encontramos allí, tan tranquilo, sin intentar ocultar su presencia en absoluto. Todos en el pueblo local sabían que había bajado de Londres; incluso había ido a la iglesia el domingo por la mañana.

—Imprudente —murmuró Stowe.

—Arrogante —discrepó Aurelia, y ambos hombres la miraron—. Quería ser encontrado —señaló—, pero esperaba que fuera mi padre quien viniera a buscarlo, para rogarle que se casara conmigo y salvara mi reputación arruinada.

Los ojos oscuros de Lansdown se ensombrecieron aún más, sus labios se fruncieron como si hubiera probado algo amargo. La mandíbula de Stowe se tensó.

Aurelia estaba bastante segura de que si ella no hubiera estado presente, ambos hombres habrían maldecido lo suficiente como para volver el aire azul. Su rabia era casi tangible.

—¿Hablaste con él? —preguntó finalmente Stowe entre dientes.

—No. Hale dijo que lo haría, y planeaba quedarse y vigilarlo hasta que usted llegara, ya sea que Grantleigh hiciera lo cortés y lo invitara a quedarse o que Hale tuviera que tomar una habitación en el pueblo y reclutar a algunos muchachos locales para ayudar a vigilar y asegurarse de que Grantleigh no huyera. Tiene bastante dinero consigo, si lo necesita. Sin embargo, yo soy el jinete más rápido, así que me ofrecí a venir a buscarlo.

Stowe asintió, pero parecía dubitativo. Casi reacio.

—¿Qué sucede? —preguntó Lansdown sin rodeos.

—Estamos a solo unos días de Navidad. Si me voy hoy, contigo, dudo que regrese a tiempo para el día de Navidad, y soy reacio a abandonar a mi nueva esposa en Navidad —admitió Stowe.

Aurelia casi se derritió. Alcanzando su mano, apretó sus dedos con ternura. —No me importa. De hecho, estás haciendo esto por mi beneficio, ¡como ha sido casi cada una de tus acciones desde el día que nos conocimos! Podemos celebrar la Navidad cuando regreses... y espero que traigas a Lord Lansdown contigo, para celebrar la temporada con nosotros. A menos que tengas tu propia familia a la que regresar.

Lansdown le dio una mirada peculiar antes de negar con la cabeza. —No, su gracia, mi padre es mi única familia viva y estamos... distanciados. Su invitación es muy amable, y la aceptaré con gusto, una vez que se haya lidiado con Grantleigh.

—¿Estás segura? —dijo Stowe en voz baja—. Puede esperar. Grantleigh puede esperar a mi conveniencia.

—¿Y tu amigo, el señor Hale, tiene que aguantarlo mientras tanto, arruinando su Navidad? —Aurelia negó con la cabeza—. No, debes ir.

—La mañana será suficientemente pronto —dijo Lansdown—. Es una noche fría y helada; no es bueno sacar a los caballos con este tiempo.

—Y tú ya has estado fuera en él. —Aurelia lo miró bien. Su ropa parecía húmeda y gastada; ni siquiera se había tomado el tiempo de secarse y cambiarse antes de venir a informar a Stowe—. Haré que le preparen inmediatamente un baño caliente y una comida, Lord Lansdown, para que pueda tener una buena noche de descanso antes de partir de nuevo.



Rhys observó a su esposa salir de la habitación, como siempre incapaz de apartar los ojos de ella. Tenía una tonta sonrisa en los labios, lo sabía, y no estaba en absoluto inclinado a tratar de quitarla, aunque Lansdown lo estuviera observando.

—Una joven notable, la duquesa —murmuró Lansdown—. Entiendo perfectamente por qué estás tan decidido a asegurarte de que Grantleigh no pueda imponerse más sobre ella.

Rhys gruñó ante la mera mención del hombre. —Si hubieras visto cómo intentaba imponerse sobre ella esa noche...

—Oh, no hace falta. —Lansdown levantó la mano para decirle a Rhys que no necesitaba más detalles del ataque—. Si sentiste la necesidad de casarte con ella inmediatamente para evitar cualquier daño a su reputación, claramente fue lo suficientemente feo. ¿Qué planeas hacer con él? Sigue siendo tu heredero.

—Las Américas. No puedo obligarlo cortándole los fondos —esa finca en la que está ahora es suya— y tampoco quiero angustiar a mi tía retándolo a un duelo o, peor aún, tratando de hacer que lo arresten y lo acusen de atacar a mi esposa.

Lansdown hizo una mueca al pensar en el lío que eso causaría. Debido a que Grantleigh ostentaba un título por derecho propio, tendría que ser despojado de su título por la Cámara de los Lores antes de que pudiera ser juzgado por un delito penal, y había muy pocos miembros de la Cámara que probablemente se convencerían de que tales medidas drásticas fueran necesarias por el asalto a una simple mujer. La mayoría de ellos probablemente habían hecho cosas peores. Incluso con las poderosas conexiones políticas del padre de Aurelia, era muy poco probable que Stowe tuviera éxito en tal acción, y mientras tanto la prensa se daría un festín con la reputación de Aurelia.

—Entonces, ¿cómo harás que se vaya?

—Ahí es donde tener una reputación de asesino despiadado resulta útil —Rhys sabía que su sonrisa era grotesca—. Después de todo, eso es para lo que nos entrenó el ejército. Simplemente le diré a Grantleigh que no estoy interesado en duelos honorables. Le daré un mes para que arregle sus asuntos y parta hacia las Américas, y si alguna vez lo atrapo en suelo británico de nuevo, simplemente lo mataré. Sin más.

—¿Te creerá?

—Por supuesto que me creerá. Porque lo diré en serio.

Lansdown exhaló un largo suspiro, mirándolo fijamente. Ambos habían matado, muchas veces, pero nunca a sangre fría. Sin embargo, Rhys se sabía capaz de ello.

Y no sería a sangre fría, porque su sangre hervía de rabia cada vez que pensaba en haber encontrado a Aurelia tratando de defenderse de Grantleigh aquella noche.



# Capítulo Dieciséis

EL AROMA FRESCO DE CANELA Y CLAVO DE olor flotaba en el aire mientras Aurelia se afanaba por la finca, dirigiendo al cocinero y al ama de llaves en sus preparativos navideños. Aunque intentaba perderse en la alegría de la temporada, una pesadez se aferraba a su corazón, y proyectaba una figura solitaria mientras

Aurelia suspiró, apartándose un rizo rebelde de los ojos mientras examinaba el gran salón. Guirnaldas de acebo y pino adornaban las escaleras, mientras un imponente abeto se erguía en una esquina, esperando ser decorado.

—¿Colgamos ya los adornos, mi señora? —preguntó la señora Henley, equilibrando una brazada de velas.

—Sí, démonos prisa —dijo Aurelia—. Tenemos mucho que hacer antes del anochecer.

El ama de llaves y el mayordomo intercambiaron una mirada de complicidad, habiéndose acostumbrado a los estados de ánimo melancólicos de su señora en los días transcurridos desde la partida de Stowe. Trabajaron en un silencio amistoso, siendo los únicos sonidos el crujir de las cintas y el tintineo de las bolas de cristal.

Aurelia seleccionó una esfera de cristal de la cesta, observando cómo la luz del fuego bailaba sobre su superficie. Cómo deseaba que Rhys estuviera aquí para ver el árbol en todo su esplendor festivo. Se imaginó su rostro iluminado con deleite infantil mientras contemplaba las decoraciones, su brazo deslizándose alrededor de su cintura para atraerla hacia sí. Un rubor se extendió por sus mejillas al recordar su contacto. ¡Cuánto lo echaba de menos!

Con un suspiro, Aurelia volvió su atención al árbol. No debía detenerse en tales fantasías, no cuando pronto llegarían invitados. Sus padres habían enviado un mensaje diciendo que pasarían de camino a Londres desde su finca —su padre no estaría mucho tiempo lejos de Londres,

incluso con el Parlamento sin sesiones— y los esperaba al día siguiente, para pasar la Navidad con ella.

—Mi señora —dijo la señora Henley en voz baja, entrando en el salón con los brazos cargados de guirnaldas de acebo y hiedra—. ¿Le gustaría ayudarme con esto?

—Oh, por supuesto —respondió Aurelia, forzando una sonrisa en sus labios mientras se apartaba de la ventana, donde una vez más se había desviado para mirar con anhelo hacia la avenida, esperando contra toda esperanza que apareciera una figura alta sobre un gran caballo oscuro. Se acercó a la chimenea donde un fuego crepitaba alegremente, ahuyentando las sombras hacia los rincones de la habitación. El cálido resplandor la invitaba a acercarse, recordándole el amor que ardía en su propio corazón.

Juntas, Aurelia y la señora Henley colocaron las guirnaldas a lo largo de la repisa de la chimenea, entrelazándolas con cintas de oro y carmesí. Los dedos de Aurelia rozaron las puntas afiladas de las hojas de acebo, el breve escozor sirviendo para anclarla a la tarea en cuestión. Mientras trabajaban codo con codo, Aurelia encontró consuelo en la domesticidad del momento, la presencia constante del ama de llaves manteniéndola firme en medio de la incertidumbre que arremolinaba a su alrededor como tantos remolinos de nieve.

—Señora Henley —se aventuró Aurelia, haciendo una pausa en sus esfuerzos por asegurar una rama de hiedra particularmente obstinada—. ¿Alguna vez se siente... perdida, cuando aquellos a quienes aprecia están ausentes?

La mujer mayor consideró sus palabras cuidadosamente, su frente arrugada bajo la cofia de encaje que coronaba su cabello plateado.

—Sí, señorita, me pasa. Pero he aprendido que el tiempo separados puede fortalecer los lazos de afecto, como las raíces de un roble antiguo que se hunden más profundamente en la tierra —le dedicó a Aurelia una sonrisa amable—. Estoy segura de que se alegrará de ver a su familia cuando lleguen.

—Gracias —murmuró Aurelia, su corazón hinchándose de gratitud por la sabiduría del ama de llaves, aunque no era su familia la que ocupaba su mente en ese momento—. Eso me reconforta.

—¡Su Excelencia! —se oyó otra voz. Era el señor Roderick, el cocinero, que la llamaba desde la puerta con una mano empolvada de harina—. Acabo de sacar del horno la primera tanda de pan de jengibre; ¿le gustaría acompañarme a decorarlos?

—Señor Roderick —le reprochó el ama de llaves—, seguramente eso está un poco por debajo de la dignidad de Su Excelencia.

—¡Para nada! —negó Aurelia, su ánimo levantándose ante la perspectiva de una mayor distracción—. Tengo un gran amor por el pan de jengibre, como ya le he dicho al cocinero, y he estado esperando con ansias el placer de decorarlos durante días. El cocinero se come las piezas rotas, ¿no es así, cocinero?

El señor Roderick rió alegremente.

—Puede comer tanto pan de jengibre como desee, Su Excelencia, ¡sean piezas rotas o no! Pero será mejor que nos apresuremos a bajar, porque el pinche de cocina ya estaba mirando la bandeja y podría no quedar mucho si lo dejamos enfriar lo suficiente para que las manos pequeñas lo atrapen.

Riendo, Aurelia lo siguió fuera de la habitación, su ánimo elevándose de nuevo. En el bullicioso calor de la cocina, Aurelia se puso un delantal y se puso manos a la obra junto al cocinero. Juntos, dibujaron intrincados patrones sobre las formas doradas, compartiendo risas e historias mientras daban vida a los hombres y mujeres de pan de jengibre. El aroma de canela y clavo de olor los envolvía, un abrazo fragante que servía para ahuyentar el frío que se había instalado en los huesos de Aurelia.

—Aquí, déjeme mostrarle cómo se hace —dijo el cocinero, guiando las manos de Aurelia para trazar delicadas líneas de glaseado para hacer una falda con bordes de encaje en el vestido de una mujer de pan de jengibre. Trabajaron codo con codo, el silencio entre ellos interrumpido solo por el suave rumor de la voz del cocinero mientras compartía sus secretos de repostería.

—Gracias, cocinero —susurró Aurelia mientras colocaban la última bandeja de galletas en el horno—. Esto ha sido un respiro bienvenido.

—Cuando quiera, Su Excelencia —respondió el cocinero, dándole una palmadita suave en la mano—. A veces, todos necesitamos una pequeña distracción. Siempre es bienvenida en mi cocina... sin importar si la señora Henley piensa que está por debajo de la dignidad de una duquesa.

A medida que pasaban las horas, Aurelia se encontró sintiéndose más cómoda en compañía de su personal, su labor compartida uniéndolos. A pesar de la ausencia de Rhys y la preocupación persistente que roía los bordes de sus pensamientos, Aurelia descubrió un sentido de pertenencia dentro de los muros de la finca, un sentimiento que no había experimentado en muchos años.

—Su Excelencia —dijo la señora Henley mientras admiraban su obra en el salón más tarde esa noche—, creo que esta es la mejor Navidad que hemos visto en la finca.

—En efecto —acordó Aurelia, sus ojos brillando con lágrimas contenidas—. Usted, y todo el personal, han trabajado muy duro para que así sea. Gracias. Aprecio sinceramente sus esfuerzos.

Ciertamente había encontrado distracción de sus pensamientos y cierto consuelo trabajando con su personal hoy. Solo deseaba que Rhys pudiera estar aquí para compartir el calor y la belleza que habían creado.



El sol se hundía bajo en el cielo, proyectando un resplandor dorado sobre los terrenos nevados de la finca Lansdown. El aroma de pino y canela flotaba en el aire mientras Aurelia permanecía de pie junto a la ventana, con la mirada fija en el horizonte lejano. Había estado esperando desesperadamente el regreso de Rhys, aunque sabía que era casi imposible que llegara en días. Ahora el día llegaba a su fin, y no había señales de él.

—Señorita Aurelia —llamó una voz familiar, interrumpiendo su ensoñación—. Sus padres y hermanas han llegado.

—Gracias, señora Henley —respondió Aurelia, sintiendo que su corazón se hundía ante la idea de enfrentarlos sola. Descendió por la gran escalera, su elegante vestido susurrando suavemente contra los escalones de madera pulida.

—¡Querida niña! —exclamó Lady Lymsey, abrazando cálidamente a su hija—. Estábamos terriblemente preocupados cuando nos enteramos de que Stowe había ido a buscar a Grantleigh. Simplemente no podíamos soportar la idea de que pasaras la Navidad sola.

—En efecto —dijo su padre, su ceño fruncido revelando su preocupación—. Es muy angustiante encontrarte sin tu marido, mi querida niña.

—Vuestra presencia me brinda un gran consuelo, mamá, papá —murmuró Aurelia, aferrándose a sus palabras de aliento como a un salvavidas—. Estoy agradecida por vuestra compañía durante este momento difícil. —Forzó una sonrisa antes de volverse hacia sus hermanas y extender los brazos—. Bienvenidas a Stowe Park, mis queridas. ¿Qué os parece mi nuevo hogar?

—¡Es espectacular! —exclamó Viola, mientras Ophelia miraba alrededor con ojos muy abiertos —. ¡Y tus decoraciones navideñas son las más hermosas que he visto jamás! Por favor, dime que hay pan de jengibre.

Aurelia rio, sintiendo que sus penas se aliviaban un poco.

—Todo el pan de jengibre que puedas comer. Lo prometo. Yo misma ayudé a hacerlo.

Juntos, pasaron la Nochebuena reunidos alrededor del hogar, compartiendo historias y risas mientras las llamas bailaban alegremente en la chimenea. Sin embargo, a pesar del calor que llenaba la habitación, un escalofrío se asentó en lo profundo de los huesos de Aurelia mientras

miraba hacia la fría noche estrellada, preguntándose dónde estaría Rhys. ¿Estaría caliente y a salvo, con el estómago lleno y en buena compañía? Le había agradado Lord Lansdown, pero incluso la camaradería de un amigo de confianza no podía compararse con tener a la familia amorosa a tu alrededor. Quería compartir con Rhys lo que su familia había hecho lo mejor posible para brindarle en lo que de otro modo habría sido una Navidad solitaria; quería que él conociera esa alegría.



El día siguiente amaneció brillante y despejado, los radiantes rayos del sol brillando sobre el paisaje cubierto de nieve. Aurelia se despertó con el corazón apesadumbrado, preguntándose cómo en el espacio de solo unos pocos días la presencia de Rhys se había vuelto tan absolutamente esencial para su felicidad y bienestar.

—Aurelia —dijo Lady Lymsey suavemente, mientras se reunían alrededor de la mesa festivamente adornada para el desayuno del día de Navidad y miraba el rostro apesadumbrado de su hija—, trata de encontrar algo de consuelo en nuestra compañía, querida. Estamos aquí para apoyarte en tu momento de necesidad.

—Tu consuelo es muy apreciado, mamá —respondió Aurelia, intentando valientemente dejar de lado su melancolía—. Estoy realmente contenta de estar con todos vosotros, lo prometo... Solo desearía que Stowe estuviera aquí para regocijarse en vuestra compañía como lo hago yo.

—Él está haciendo lo que debe hacerse, querida —dijo Lord Lymsey, quien se había perdido no pocas Navidades y cumpleaños en su tiempo, de manera sentenciosa.

—Los hombres siempre dicen eso, pero las mujeres saben cuándo es mejor delegar las tareas a otros —respondió Lady Lymsey con desdén—. ¡Y un hombre que abandona a su novia solo días después de su matrimonio debe tener una muy buena razón!

—Él tiene una buena razón, mamá —defendió Aurelia a Rhys—. Me alegro de que se haya ido, era necesario. Solo lo echo de menos.

—Bueno. —Su madre rodeó a Aurelia con el brazo de manera reconfortante—. Ciertamente me alegra ver que el afecto crece entre vosotros. Tranquiliza mi corazón saber que hicimos lo correcto al casarte con él. Si Dios quiere, estará en casa pronto y podrás dejar todo esto atrás.

—Sí —acordó Aurelia, pegando una sonrisa decidida en su rostro mientras sus hermanas entraban en la habitación—. Y mientras tanto, el personal de Stowe Park ha estado trabajando

arduamente preparando los festines más maravillosos para que los disfrutemos hoy, ¡así que hagámosles plena justicia y celebremos la Navidad juntos!

Viola rio y aplaudió con alegría; Ophelia vino corriendo a abrazar a Aurelia, y su sonrisa se volvió jubilosa al ver la felicidad de sus hermanas. Sonrió y rio, participando en la alegría habitual y haciendo lo mejor posible para no permitir que la melancolía la dominara, pero su espíritu permaneció apagado, un dolor siempre presente ensombreciendo cada uno de sus pasos.



Cuando cayó la noche, y las últimas notas de los villancicos se desvanecieron en el silencio, Aurelia se retiró una vez más a su solitaria habitación. El peso de su anhelo la presionaba fuertemente, sofocándola como un grueso sudario. Acostada sola en su vasta y fría cama, pensó en la última vez que había visto a Rhys, cuando había venido a su habitación antes del amanecer, la mañana después de que Lord Lansdown les trajera noticias de Grantleigh.

—Debo irme —había dicho Rhys en voz baja, sentándose en el borde de la cama cuando vio que ella estaba despierta—. Solo quería verte antes de irme, pero ya que estás despierta... me despediré. —Tomó la mano de ella entre las suyas y presionó un beso en sus nudillos.

Aurelia luchó valientemente por suprimir las lágrimas.

—Todavía me debes un beso apropiado —dijo, con la voz temblorosa.

Rhys rio suavemente.

—Es cierto. —Se inclinó, su aliento caliente sobre la piel de ella, y capturó sus labios en un beso ardiente. Fue breve, pero dejó a Aurelia sin aliento y deseando más.

—Vuelve a mí —susurró, presionando su frente contra la de él—. Por favor.

—Lo haré —prometió él, con los ojos intensos—. Volveré a ti tan pronto como pueda.

Aurelia había querido suplicarle que se quedara, pero sabía que era inútil. Rhys era un hombre de palabra, y no descansaría hasta haber saldado cuentas con Grantleigh. Lo había visto partir, con el corazón pesado por la preocupación y una sensación persistente de soledad.

Ahora, mientras yacía sola en la cama de la Duquesa, no podía quitarse de encima la sensación de que Rhys podría no volver a ella en absoluto. La incertidumbre la carcomía, manteniéndola despierta hasta bien entrada la noche.



# Capítulo Diecisiete

AURELIA DESPERTÓ CON EL SUAVE REPIQUETEO DE LOS copos de nieve contra el cristal escarchado de la ventana, con el mundo exterior envuelto en un manto de blanco inmaculado. El silencio que acompañaba a la nieve recién caída llenaba la habitación, otorgando un aire de tranquilidad a la fresca mañana.

Dudó por un momento y luego reunió el valor para levantarse del suave abrazo de su cama, apartando las pesadas cortinas. La vista de los terrenos cubiertos de nieve removió algo en su interior, un anhelo por días ya pasados cuando la vida era más sencilla y la felicidad parecía al alcance de la mano.

El día anterior había sido emocionalmente agotador; la partida de sus padres pesaba mucho en su corazón. Su desaprobación hacia Rhys aún persistía como un regusto amargo. No podía evitar preguntarse si su ausencia serviría como una barrera insuperable entre ella y el hombre que ocupaba todos sus pensamientos. Sin embargo, se negó a dejar que la desesperación manchara este momento de respiro, pues la serenidad del abrazo invernal le otorgaba una apariencia de paz.

—Su Gracia —llamó la voz de su siempre fiel doncella, Sarah, desde el otro lado de la puerta—. Le he traído un poco de té.

—Gracias, Sarah —respondió Aurelia, envolviéndose en su bata—. Ahora que mis padres y hermanas se han marchado, necesito retomar mi trabajo en la finca. ¿Se han empaquetado y distribuido todas las sobras de las celebraciones navideñas?

—Sí, Su Gracia —las manos capaces de Sarah estaban en su cabello, deshaciendo su trenza nocturna y cepillando la espesa longitud, preparándola para recogerla—. La señora Henley me pidió que le dijera que estará lista después del desayuno para revisar con usted las suites de invitados y tomar notas sobre la redecoración que quiere comenzar.

Aurelia sonrió un poco con pesar.

—No creo que haya tanto malo en las suites de invitados —confesó—, pero mi madre no estaba de acuerdo.

—Bueno, dicen que no se ha cambiado nada desde que se construyó Stowe Park hace cuarenta años, por el último duque. La duquesa viuda de entonces, la abuela del duque actual, fue quien eligió todos los papeles y telas, así que aunque eran de la más alta calidad... —Sarah se encogió de hombros.

—Ahora están terriblemente pasados de moda —coincidió Aurelia—. Es interesante que fuera la abuela del duque quien eligió el mobiliario. Stowe dijo que su padre construyó este lugar casi tan pronto como heredó el ducado, abandonando el viejo castillo.

—¡Ese viejo lugar! —Sarah se estremeció—. Parece algo sacado de una novela gótica, sin duda alguna, Su Gracia. ¡Me alegro de que la familia ya no viva allí!

Aurelia se rio de la reacción de su doncella.

—Sí, he oído que es un lugar bastante lúgubre. Pero supongo que tiene sus encantos.

—Espero que no, Su Gracia —dijo Sarah con una sonrisa burlona mientras recogía el cabello de Aurelia—. A menos que esté planeando dedicarse a las artes oscuras, como una de esas heroínas de las novelas de la señora Radcliffe.

Aurelia volvió a reír, sintiendo que un peso se levantaba de sus hombros. Sarah era buena aliviando sus preocupaciones, aunque solo fuera por un momento.

—No, creo que me limitaré a redecorar Stowe Park por ahora. Eso será suficiente para mantenerme ocupada.

Mientras Sarah terminaba su tarea, Aurelia sorbía su té y observaba la nevada en el exterior. Con la mirada perdida, medio soñando despierta, le llevó unos minutos reconocer la forma que lentamente se solidificaba entre los remolinos de copos como un jinete a caballo acercándose a la casa.

—Rhys —susurró, poniéndose de pie y acercándose más a la ventana.

—¿Perdón, Su Gracia? —Sarah volvió a entrar en la habitación con un vestido sobre los brazos.

—¡Es Stowe, Sarah! —Aurelia estaba segura ahora; el gran caballo negro era sin duda Brutus, y aunque la figura sobre su lomo estaba bien envuelta en una capa, seguramente nadie más montaría el caballo de guerra de su marido—. ¡Rápido, ayúdame con mi vestido; debo correr abajo para recibirlo!

Sarah ayudó apresuradamente a Aurelia a vestirse, la emoción en la habitación era palpable. El corazón de Aurelia latía aceleradamente mientras anticipaba ver a Rhys una vez más. La alegría

de su llegada se vio atenuada por el conocimiento de que la desaprobación de sus padres aún pendía sobre ellos como una nube oscura.

Aurelia bajó corriendo la gran escalera, su corazón palpitando de anticipación. Ross, el mayordomo, tenía las puertas abiertas y un lacayo se apresuraba a bajar los escalones. Podía ver a Rhys desmontando de Brutus, su alta figura oscurecida por la capa que llevaba puesta.

Aurelia pasó directamente junto a Ross, quien jadeó e intentó alcanzarla para evitar que saliera a la nieve sin siquiera una capa. A ella no le importó, esquivando su brazo y apresurándose hacia su marido.

Mientras se acercaba, Rhys levantó la mirada y se quitó la capucha, revelando su rostro atractivamente rudo y una sonrisa torcida que hizo que su corazón se saltara un latido.

—Aurelia —dijo él, con voz grave y ronca—. Verte calienta mi corazón.

Aurelia sintió que el calor se extendía por su cuerpo al escuchar sus palabras. Corrió a sus brazos y él la envolvió en ellos, presionando su rostro contra su cabello.

—¡Estás congelado! —exclamó horrorizada cuando su fría mejilla tocó su frente—. ¡Entra rápido!

—Estoy mejor vestido para el clima que tú —dijo con una pequeña risa, pero le permitió agarrar su mano y tirar de él escalones arriba mientras el lacayo llevaba a Brutus a los establos.

Su ayuda de cámara le esperaba en el vestíbulo y ayudó a Rhys a quitarse la capa húmeda y pelarse los guantes. Harris miró significativamente sus botas también, pero Rhys negó con la cabeza. En ese momento, todo lo que quería era unos minutos con su esposa, para deleitarse con su obvia alegría al verlo. Su estado de ánimo se agriaría pronto, pues no tenía buenas noticias que compartir con ella.

—¡Por aquí! —Aurelia lo arrastró al salón de la mañana, donde se alegró de ver al personal en medio de la disposición de los platos del desayuno. Un desayuno caliente sería muy bienvenido justo ahora: había cabalgado toda la noche y estaba absolutamente agotado.

Aurelia lo condujo hacia el fuego, recién avivado y emanando calor en la habitación, y Rhys casi gimió en voz alta cuando el agradable calor comenzó a filtrarse en su cuerpo helado. Sus manos estaban tan frías que no podía quitarse los guantes; luchó con uno por un momento, conteniendo maldiciones mientras sus dedos entumecidos fallaban al desabrochar los botones de sus puños.

—Déjame a mí —los esbeltos dedos de Aurelia se encargaron rápidamente de los pequeños botones, y luego le estaba quitando los guantes y tomando sus manos entre las suyas, exclamando ante la frialdad de su piel—. Oh, Rhys —murmuró suavemente, tratando de frotar sus grandes manos con las suyas pequeñas para calentarlas—. ¿Qué te poseyó para cabalgar con este frío? ¿Por qué saliste tan temprano?

—No salí temprano —murmuró él, fascinado con sus esfuerzos, con la forma en que sus ojos azules brillaban con lágrimas contenidas mientras intentaba desesperadamente calentarlo—. Cabalgué toda la noche.

—¡Rhys! —Sorprendida, ella levantó la mirada para encontrarse con sus ojos—. ¿Para qué?

Él dudó, reacio a decírselo, pero sabiendo que debía hacerlo.

—Tenía que volver contigo, Aurelia. Grantleigh ha desaparecido. No sabemos dónde está. Temía…

Ella palideció, pero su barbilla se endureció y levantó la cabeza con orgullo.

—No se atrevería a mostrar su cara aquí.

—¿Qué te hace llegar a esa conclusión? —Estaba genuinamente curioso.

Aurelia se rió con incredulidad.

—¡Está aterrorizado de ti! Puede que estuviera un poco fuera de mis cabales esa noche en tu biblioteca, pero nunca olvidaré la expresión en su rostro cuando le dijiste que se fuera o se encontrara contigo al amanecer. No podía alejarse de ti lo suficientemente rápido, el cobarde. ¡Ciertamente no va a venir aquí, a buscar desafiarte en tu propio terreno!

—Podrías tener razón en eso —murmuró Rhys, impresionado por su razonamiento lógico. Él mismo no había estado pensando con claridad en absoluto; desde el momento en que él y Lansdown habían llegado a la finca de Grantleigh para encontrar a un furioso Jeremy Hale encerrado en una habitación de invitados, Rhys había estado en un estado de casi pánico. Habían registrado la finca, interrogado a cada sirviente que pudieron encontrar, y finalmente descubrieron que Grantleigh se había escabullido en la noche, apenas unas horas antes de su llegada. Rhys había partido inmediatamente hacia Stowe Park, temiendo lo peor, pero las palabras de Aurelia eran un bálsamo para sus nervios destrozados.

—Ven, siéntate y deja que Graham te traiga algo de desayuno —le instó, llevándolo a la silla del comedor más cercana al fuego—. Debes estar exhausto; come y luego podrás descansar.

Rhys se hundió en la silla con un suspiro, agradecido por su cuidado y atención. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, dejando que el calor del fuego se filtrara en sus huesos. Por unos

momentos de felicidad, olvidó todas sus preocupaciones y simplemente se deleitó en el amor y el confort de la presencia de su esposa.

Un lacayo colocó silenciosamente un plato lleno frente a él, otro sirvió café negro fuerte, y Aurelia tomó asiento a su lado, asintiendo a la oferta de té.

—Come, por favor, Rhys —dijo suavemente, empujando su mano hacia los cubiertos—. Necesitas recuperar fuerzas.

Estaba casi demasiado cansado para comer, el agotamiento amenazaba con vencerlo ahora que había visto por sí mismo que ella estaba sana y salva, pero para complacerla tomó su cuchillo y tenedor y cortó un trozo de filete. Ella lo observó comer y beber, señalando discretamente a los lacayos que rellenaran su café y le trajeran más tostadas, y Rhys tuvo que admitir que cuando se reclinó, saciado, se sentía mucho mejor.

—Estoy segura de que Harris tiene un baño caliente listo para ti —dijo Aurelia en voz baja, y Rhys se sobresaltó en su asiento, mortificado al darse cuenta de que con el estómago lleno y calentado por el fuego, se había estado quedando dormido sobre su plato vacío.

—Lansdown y Hale llegarán más tarde hoy —murmuró, poniéndose de pie con esfuerzo—. ¿Podrías pedirle a la señora Henley que prepare habitaciones para ellos?

—Me encargaré yo misma. Descansa un poco —Dudó, y luego extendió la mano tímidamente, tocando la suya—. Me alegro tanto de que estés en casa. Te extrañé.

—Yo también te extrañé —dijo con voz ronca, anhelando tirar de ella hacia sus brazos y besarla, pero muy consciente de los lacayos aún presentes en la habitación. Aunque los hombres estaban de pie junto a la pared, mirando estoicamente al frente, besar a su duquesa frente a ellos simplemente no era lo apropiado.

Mientras subía las escaleras, Rhys no pudo evitar sentir una sensación de alivio que lo invadía. El calor de la casa y el amor de Aurelia habían ahuyentado el frío y el miedo que lo habían atenazado durante su viaje de regreso a casa. Pero al entrar en su dormitorio, sabía que el sueño no llegaría fácilmente cuando se acostara. Su mente aún daba vueltas por la noticia de la desaparición de Grantleigh, y necesitaba hacer un plan.

Se quitó la ropa húmeda y se hundió en el baño caliente que Harris había preparado para él, dejando que el vapor y el calor aliviaran la tensión de sus músculos. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, tratando de despejar su mente y concentrarse en la tarea que tenía por delante.

—Permítame lavarle el cabello, mi lord —murmuró Harris, y Rhys se inclinó hacia adelante para dejar que su ayuda de cámara le aplicara el jabón en el pelo.

—Cuéntame cómo han ido las cosas en el Park mientras estuve fuera, Harris —pidió Rhys—. Me siento tan culpable por dejar a la duquesa sola en Navidad...

—No estuvo sola, mi lord. Sus padres y hermanas llegaron en Nochebuena. Solo partieron ayer.

Harris vertió una jarra de agua tibia sobre el cabello de Rhys para enjuagar el jabón, dejándolo jadeando.

—¿Sus padres? —Por supuesto, le había escrito a su padre, informándole que iba a tratar de encontrar a Grantleigh. Sus padres debieron haber salido de Londres casi inmediatamente después de recibir el expreso, decididos a quedarse con Aurelia mientras él estaba ausente.

—Me alegro de que no estuviera sola —murmuró, saliendo del baño y poniéndose la bata que Harris sostenía para él.

—No sola, pero aún así solitaria —dijo Harris de manera desconcertante.

—¿Perdón?

—Su Gracia comentó varias veces sobre su ausencia. Se preocupaba por usted, mi lord. Lo echaba de menos, me atrevo a decir.

Confundido, Rhys miró fijamente a su ayuda de cámara, quien sonrió con suficiencia ante su desconcierto.

Rhys no pudo evitar sentir una oleada de calidez en su pecho ante la idea de que Aurelia lo echara de menos. Había estado tan concentrado en encontrar a Grantleigh que había olvidado el impacto que su ausencia tendría en su esposa. Se hizo una nota mental para compensarla, para mostrarle cuánto la amaba y apreciaba.

—Gracias por informarme, Harris —dijo, con voz suave—. Me aseguraré de mostrarle cuánto la eché de menos también.

Harris asintió, con una pequeña sonrisa en los labios mientras comenzaba a secar el cabello de Rhys con una toalla.

Mientras se acomodaba en la cama, Rhys no pudo evitar pensar en Aurelia y en lo afortunado que era de tenerla. Sabía que haría cualquier cosa para protegerla, incluso si eso significaba la pérdida de su propia reputación o incluso su vida.

Pero por ahora, necesitaba descansar. Lansdown y Hale llegarían más tarde - más descansados que él, esperaba, habiendo decidido sensatamente pasar la noche en una cómoda posada - y necesitaba estar fresco y alerta para poder sentarse con ellos y hacer un plan para encontrar a Grantleigh y ajustar cuentas con él de una vez por todas.



# Capítulo Dieciocho

RHYS MIRABA FIJAMENTE POR LA VENTANA DEL SALÓN, observando cómo la lluvia golpeaba contra los cristales. Los cielos grises y oscuros coincidían con su semblante sombrío mientras hacía girar el líquido ámbar en su copa. Tomó un sorbo de brandy, el ardor en su garganta apenas se registraba a través de la niebla de frustración que nublaba su mente. Había dormido, pero no por mucho tiempo, y se despertó preocupado, sin saber qué pasos dar a continuación para garantizar la seguridad de Aurelia.

Se escucharon pasos detrás de él y se giró para ver a Lansdown y Hale entrar en la habitación. Sus expresiones graves le indicaron que no habían encontrado nueva información sobre el paradero de Grantleigh desde que los dejó el día anterior.

—Es inútil —dijo Rhys con pesadez, dejando su copa sobre la mesa lateral con un golpe sordo —. El canalla se ha escondido en algún lugar, y no tenemos la menor idea de por dónde empezar a buscar.

Lansdown suspiró, pasándose una mano por el cabello rubio.

—Me temo que tienes razón. Ahora que sabe que su plan inicial ha fracasado, estará en guardia. No lo encontraremos tan fácilmente de nuevo.

—El rufián —escupió Hale, con expresión decidida—. Se nos ha escapado por ahora, pero te aseguro que lo encontraremos eventualmente.

Rhys asintió, una chispa de determinación atravesando la penumbra.

—No podemos rendirnos. Hale, debes continuar la búsqueda. Viaja por el campo, visita cualquier propiedad menor que tenga la familia. No dejes piedra sin remover.

—Por supuesto —acordó Hale de inmediato—. Comenzaré a hacer los arreglos de inmediato y partiré por la mañana.

—Y yo debo partir pronto hacia el norte —dijo Lansdown—. La salud de mi padre declina, y el deber me obliga a hacerle una visita.

Sabiendo que su amigo estaba distanciado de su padre, Rhys le dirigió una mirada comprensiva.

—Lamento escuchar sobre la mala salud del Conde —dijo diplomáticamente.

Lansdown esbozó una sonrisa tensa.

—Antes de partir, ¿puedo sugerir que regreses a Londres con toda prisa? Será más fácil mantener a Lady Aurelia a salvo allí. Grantleigh sería un tonto si se mostrara en la ciudad ahora.

Rhys consideró esto, haciendo rodar la copa vacía de brandy entre sus palmas.

—Hablas con sabiduría, amigo mío. Londres será, entonces. Para esta noche, cenarán con nosotros, por supuesto. Mi esposa parece ser toda una anfitriona; seguramente habrá indicado al personal que prepare una magnífica cena para nosotros, y yo, por mi parte, tengo la intención de hacerle plena justicia.

—Honrado, Su Gracia —murmuró Hale, y Lansdown asintió en acuerdo.

Los hombres intercambiaron miradas resueltas, preparándose para los desafíos que les esperaban. Esta noche, se contentarían con estar simplemente cálidos y seguros juntos, antes de que tuvieran que separarse, cada uno a su propio deber.

Para Rhys, el siguiente paso era regresar a la ciudad. Solo rezaba para poder mantener a Aurelia a salvo de más daños causados por el rencor de Grantleigh.



Las ruedas del carruaje traqueteaban sobre los adoquines mientras rodaban por las brumosas calles de Londres. En el interior, Aurelia miraba pensativa por la ventana, observando cómo las farolas de gas comenzaban a encenderse mientras caía el crepúsculo.

—Has estado callada desde que dejamos la casa de Maidenhead —dijo Rhys, sobresaltándola al hablar en el silencioso carruaje—. ¿Te preocupa el regreso a la ciudad?

Aurelia se apartó de la ventana, ofreciendo una débil sonrisa.

—Confieso que siento cierta inquietud. Los recuerdos de... los eventos recientes aún perduran — Se estremeció a pesar de sí misma, el eco del asalto de Grantleigh nunca lejos de su mente.

Rhys tomó su mano, acunándola suavemente.

—Te prometo que ningún daño te ocurrirá aquí.

—Por supuesto. Tienes razón —Apretó su mano, reconfortada por su firme y serena seguridad. Aun así, la aprensión se enroscaba en su interior mientras el carruaje avanzaba, acercándose cada

vez más a las lujosas casas de la ciudad y los resplandecientes salones de baile donde se forjaban... y arruinaban reputaciones.

Apenas habían llegado a la majestuosa residencia de Stowe en Mayfair cuando Lady Lymsey vino de visita, entrando como un torbellino al salón en un frenesí de encajes y seda.

—Aurelia, mi querida niña —exclamó, envolviendo a su hija en un abrazo—. He estado absolutamente frenética desde que escuché los rumores que circulan por la ciudad. ¿Estás completamente bien?

Aurelia parpadeó, la sorpresa mezclándose con la inquietud.

—¿Rumores, mamá? —El temor se agitó en su estómago—. ¿Qué rumores?

—Ah, mi querida, me duele incluso hablar de ello —respondió Lady Lymsey, con los ojos inquietos, evidentemente reacia a encontrarse con la mirada de su hija—. Parece que hay quienes buscan desacreditar tu unión con Stowe —vaciló, incapaz de mirar a los ojos a su hija— y arrojar una sombra sobre tu virtud.

—¿Es eso tan inesperado? —preguntó Aurelia, tratando de mantener la calma y ser objetiva—. Después de todo, nos casamos apresuradamente después de ser sorprendidos en una situación comprometedora presenciada por varios pilares de la alta sociedad —Se encogió de hombros, tratando de parecer despreocupada—. El hecho de que el matrimonio se llevara a cabo, con la aprobación tuya y de padre, debería silenciar a todos excepto a los más puritanos.

—Aurelia —Lady Lymsey suspiró, tomando asiento frente a su hija. Ambas guardaron silencio mientras las doncellas servían el té, esperando hasta que los sirvientes se retiraron ante el gesto discreto de Aurelia antes de retomar el tema—. Eso no es precisamente de lo que tratan los rumores. La gente está diciendo que actuaste como una cazafortunas, cambiando a Grantleigh por su primo cuando se te presentó la oportunidad de convertirte en duquesa. Que deliberadamente atrapaste a Stowe.

Aurelia sintió una oleada de furia. Solo podía haber una fuente para tal rumor: el propio Grantleigh, descontento y buscando manchar su nombre.

—Madre —dijo Aurelia, algo impaciente con su madre—, debo asegurarte que estos rumores no son más que viles falsedades. Bien sabes que Lord Grantleigh intentó comprometerme, y fue Stowe quien vino a mi rescate en mi momento de necesidad —Se estremeció al pensar en lo que Rhys podría decir o hacer si los susurros llegaran a sus oídos.

—Por supuesto que lo sé —dijo Lady Lymsey indignada—. ¡Sé que mi propia hija nunca podría hacer algo tan vergonzoso! Es el otro rumor el que me preocupaba. Especialmente considerando la manera en que Stowe te miraba cuando fuiste presentada aquella noche.

Completamente a oscuras sobre lo que su madre podría querer decir, Aurelia simplemente se quedó mirándola. Lady Lymsey suspiró, tomó un sorbo de su té y luego dejó la taza.

—Se rumorea que Stowe te comprometió deliberadamente para robarte de su primo. Y algunas personas horribles están diciendo que ambos rumores son ciertos: que viste la atracción de Stowe hacia ti y lo alentaste a comprometerte para no tener que abandonar a Grantleigh.

—¿Cómo podría abandonar a Grantleigh de todos modos? ¡No estábamos comprometidos! —Aurelia sacudió la cabeza con disgusto—. Esto es ridículo, y creo que puedes adivinar la fuente de los rumores tan bien como yo.

Lady Lymsey asintió.

—Sí, desafortunadamente temo que tienes razón. Grantleigh siempre ha sido de los que difunden historias escandalosas, recuerdo bien las historias exageradas que solía contarle a tu hermano.

Aurelia apretó la mandíbula, la ira ardiendo dentro de ella.

—¿Qué podemos hacer para detener estos rumores? No permitiré que mi nombre sea arrastrado por el lodo debido a ese hombre astuto y manipulador.

—Bueno, querida —dijo Lady Lymsey con una pequeña sonrisa—, tengo un plan. Implica un poco de teatro, pero creo que pondrá fin a estos rumores de una vez por todas.

Aurelia arqueó una ceja, intrigada a pesar de sí misma.

—¿Qué tienes en mente?

Lady Lymsey se inclinó más cerca, con un brillo travieso en sus ojos.

—Organizaremos un gran baile, por supuesto. Tú y Stowe serán las estrellas de la noche. E invitaremos a cada miembro de la alta sociedad, y les mostrarás a todos cuán perfectamente felices y bien emparejados están tú y Stowe. —Dudó brevemente—. Tú y Stowe son felices, ¿no es así?

—Sí —dijo Aurelia firmemente, decidida a no mostrarle a nadie, ni siquiera a su madre, la más mínima señal de que su matrimonio aún no era una verdadera unión—. Deliriosamente felices.

—Bien. —Lady Lymsey sonrió aliviada, alisando sus faldas—. Eso es bueno. Admito que estaba preocupada cuando te dejó sola en Navidad, pero entiendo por qué... ¡y tú parecías muy comprensiva al respecto, para ser una recién casada! Estoy muy orgullosa de la madurez que estás mostrando, Aurelia. Un comportamiento digno de una duquesa, que pronto mostrarás a toda la alta sociedad.

Aurelia se mordió el labio un poco nerviosa, y su madre, que la conocía tan bien, se inclinó hacia adelante y puso su mano sobre la de Aurelia.

—Mi niña querida. Naciste para esto.

—¿Me ayudarás, mamá? —A Aurelia no le gustó lo pequeña que salió su voz.

—Por supuesto, pero no me necesitarás. Ya verás.

La tranquila fe de su madre en ella impulsó la propia confianza de Aurelia, y ella reprimió sus dudas y se dedicó a planear el baile con entusiasmo. Les mostraría a las chismosas de la alta sociedad exactamente quién era ella: la Duquesa de Stowe, casada con un hombre de integridad. El rencor de Grantleigh solo podría lastimarla si ella lo permitía.

—Necesitarás un fabuloso vestido nuevo —decía su madre—, llamaré a Madame Delacour de camino a casa y te la enviaré directamente. ¿Tu esposo ya te ha dado los zafiros de Stowe?

—¿Zafiros? —Aurelia parpadeó—. No...

—¡Son realmente espectaculares! —Su madre suspiró soñadoramente—. Vi a la antigua duquesa usarlos una vez, el parure más magnífico: tiara, collar, pendientes, pulseras e incluso un broche. Los zafiros son de Ceilán, creo; de un azul más pálido que la mayoría que ves. Serán gloriosos con tus ojos.

—Stowe nunca los ha mencionado —murmuró Aurelia, pero luego pensó que su esposo no era el tipo de hombre que prestaba mucha atención a las joyas. Probablemente estaban encerrados en una bóveda de banco en algún lugar y no habían sido tocados desde que su madre murió.

—Debes pedírselos —dijo su madre despreocupadamente, antes de continuar con su planificación y maquinación.

Aurelia pasó los siguientes días preparándose para el baile, asegurándose de que cada detalle fuera perfecto. No podía evitar sentirse un poco nerviosa, especialmente por los zafiros. Nunca había sido muy aficionada a las joyas, pero sabía que eran importantes para su madre y el resto de la alta sociedad. Si iba a hacer una declaración, tendría que usarlos.



La noche del baile, la casa de los Stowe en la ciudad se transformó en un resplandeciente país de las hadas. Flores y velas adornaban cada superficie. Aurelia estaba de pie en lo alto de la gran escalera, observando a los sirvientes revolotear poniendo los últimos toques antes de que llegaran los primeros invitados, su corazón latiendo rápidamente en su pecho. Llevaba el vestido que su madre había encargado a Madame Delacour, una creación de encaje y seda que la hacía sentir como una princesa de cuento de hadas.

Había reunido el coraje para preguntarle a Stowe sobre las joyas, y él simplemente había asentido distraídamente y dijo que las traería del banco para ella. Su ayuda de cámara, Harris, se

las había entregado en su habitación más temprano esa noche, y sus doncellas Sarah y Kate habían trabajado arduamente en su cabello durante horas, rizando, trenzando y sujetando sus mechones dorados para mostrar mejor la tiara. Era tan hermosa como su madre había comentado, un estilo bandeau ancho con un enorme zafiro azul celeste en el frente rodeado de brillantes diamantes, y formas florales de zafiros y diamantes a los lados. El collar era una gargantilla ancha que abrazaba su esbelto cuello y las pulseras a juego brillaban en sus muñecas sobre sus guantes de satén plateado.

Eran pesadas y su cuello ya comenzaba a doler, pero Aurelia mantuvo la cabeza alta y comenzó a descender las escaleras.

Al pie de la escalera, Stowe la esperaba, resplandeciente en su propia elegancia. Sus ojos se ensancharon al verla, y ella pudo sentir un rubor subiendo por sus mejillas.

—Te ves absolutamente impresionante —murmuró, tomando su mano en la suya y besándola suavemente.

Aurelia sonrió, sintiendo que su corazón se hinchaba de afecto por su esposo. Él todavía no había venido a su cama, pero se estaban acercando, llegando a conocerse mejor con cada día que pasaba. Era gentil con ella, amable y paciente si ella hacía preguntas sobre el ducado, y ella sabía por la forma en que la miraba que la admiraba. Estaba contenta de ser paciente, segura de que él tenía sus mejores intereses en mente.

El baile fue un rotundo éxito. Los invitados estaban asombrados por la grandeza de la casa de los Stowe en la ciudad, las brillantes joyas que adornaban a Aurelia, y la forma en que ella y Stowe se miraban.

Hubo un momento incómodo después de que salieron de la pista de baile juntos, habiendo liderado a las parejas para el primer baile, cuando una dama mayor resopló hacia ellos y dijo:

—Parejas casadas bailando juntas, nunca lo había visto. No les importa el escándalo, ¿verdad?

En ese momento, Stowe estaba siendo apartado por algunos de sus compañeros de la Cámara de los Lores, que reclamaban su atención, así que Aurelia se quedó momentáneamente sola, siendo el centro de todas las miradas. Dudó por un instante, pero luego cruzó la mirada con su madre.

*No, pensó. No tienen derecho a juzgarme. Especialmente esta vieja arpía... ¡una simple vizcondesa viuda!*

Irguiendo el cuello con orgullo, miró a la mujer mayor con una expresión pensativa de curiosidad, como si no recordara muy bien quién era. Y entonces, con calma y deliberación, alzó la nariz, le dio la espalda y se alejó.

—¡Un desaire directo! —oyó que alguien exclamaba detrás de ella, la vieja vizcondesa dejó escapar un grito ahogado de angustia, y de repente el ambiente cambió. Nadie quería ser desairado por una duquesa. Las cabezas se inclinaban cortésmente al paso de Aurelia, se hacían rápidas reverencias, y Lady Lymsey sonreía triunfante.

Aurelia sintió una sensación de satisfacción mientras recorría la sala y finalmente volvía al lado de Stowe. Sabía que había hecho lo correcto al defender su posición y no permitir que nadie la juzgara a ella ni a su marido. Stowe la miró con una mezcla de admiración y diversión, claramente impresionado por su audacia.

—Lo has manejado bien —le susurró al oído.

Aurelia sonrió, sintiendo que un calor la invadía ante sus palabras. Estaba orgullosa de sí misma, y se sentía bien saber que Stowe también estaba orgulloso de ella.

A medida que avanzaba la noche, Aurelia se vio envuelta en el torbellino del baile. Bailó con Stowe, con sus amigos, con los solteros más codiciados de la sala. Reía y charlaba, sintiéndose más viva que en mucho tiempo. Era como si finalmente estuviera convirtiéndose en la Duquesa de Stowe.

Sin embargo, hacia el final de la velada, comenzó a decaer. Había estado demasiado nerviosa para comer mucho, y aunque se había abstenido prudentemente de beber vino, había sido un día largo y estaba cansándose. Las pesadas joyas en su frente y garganta no ayudaban, y la sala estaba calurosa.

—Gracias, Jason —murmuró, tomando un vaso de limonada fresca que le ofrecía un atento lacayo—. Voy a salir a la terraza un momento, por si ves a Su Gracia o a mi madre buscándome.

—Muy bien, Su Gracia. Esperaré aquí y les avisaré si alguno de ellos pasa —dijo el lacayo con una reverencia, y ella le dedicó una pequeña sonrisa antes de deslizarse por las puertas francesas abiertas hacia la fresca noche.

Era febrero, pero seco; había escarcha en el aire pero no viento helado. Aurelia caminó hasta el borde de la terraza y tomó unas cuantas bocanadas de aire vigorizante. Dos minutos, se dijo, y luego sería mejor que volviera adentro, o se enfriaría. ¡No era de extrañar que nadie más estuviera aquí fuera; hacía demasiado frío!

Pero se equivocaba, se dio cuenta un momento después cuando una sombra se movió cerca, una figura alta apartándose de la pared.

—¿Qué haces aquí escondido, Rhys, te ocultas de la multitud? —dijo con una sonrisa burlona. Su marido era el único hombre presente en el baile tan alto y ancho de hombros, con su pelo oscuro desordenado.

—¿Ya me confundes con tu marido? —murmuró una voz sedosamente, y Aurelia se quedó helada, sus ojos escrutando el rostro en sombras.

No podía ser, seguramente... —¿Grantleigh? —susurró, atónita ante su audacia.

—Es bueno saber que no me has olvidado. —Se acercó más, la luz del salón de baile cayendo sobre sus facciones, revelando su sonrisa retorcida—. Te ves bien. Duquesa.

La entonación que le dio a su título era horrible, y Aurelia luchó contra el impulso de encogerse ante él, o de darse la vuelta y huir.

—Eres muy imprudente al venir aquí —replicó, luchando por mantener firme su voz, aunque sus manos temblaban—. Stowe te matará si te atrapa.

—Él se llevó lo que es mío. —Grantleigh estaba ahora justo frente a ella, dominándola con su altura. Extendió la mano y tocó con un dedo el enorme zafiro anidado en el hueco de su garganta —. Pero lo recuperaré todo, y más. Tú. Estas joyas. El ducado. Todo.

—Estás loco —susurró, y cuando él se atrevió a deslizar su dedo hacia abajo para tocar la parte superior de su pecho, ella cerró el puño como Stowe le había enseñado meticulosamente y le dio un puñetazo tan fuerte como pudo en el estómago.

Grantleigh dejó escapar una tos sorprendida y dolorida, doblándose bruscamente, y Aurelia aprovechó la oportunidad para alejarse de un salto y correr de vuelta a las puertas de la terraza, esperando sentir en cada paso su mano áspera sobre su hombro. Llegó a la seguridad del salón de baile y giró en el umbral, con el pecho agitado mientras su corazón latía con pánico, pero la terraza estaba vacía.

Grantleigh se había desvanecido en la noche.



# Capítulo Diecinueve

AURELIA ESTABA DE PIE JUNTO A LA ENTRADA del salón de baile, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras observaba el remolino de vestidos relucientes y fracs impecables. La idea de la presencia de Lord Grantleigh pesaba sobre su mente como una nube de tormenta en el horizonte, amenazando con ensombrecer las festividades de la noche. Pero al contemplar la visión de las parejas bailando, el brillo de la luz de las velas sobre la plata pulida y las delicadas notas de la orquesta, decidió no permitir que ese conocimiento arruinara la velada para Rhys.

—Esta noche —susurró para sí misma—, es para nosotros.

—¿Me concedes este baile, mi señora? —La voz de Rhys sonó cerca de su oído mientras aparecía a su lado, sus ojos azules brillando con calidez y anticipación. Parecía en todos los aspectos el apuesto duque que era, vestido impecablemente con un frac negro y un fino chaleco de marfil debajo. Aurelia sintió que se le cortaba la respiración al verlo, tan imponente y seguro entre la multitud.

—Por supuesto, Su Gracia —Su voz era suave pero firme, sin revelar nada de la inquietud que corría por sus venas. Tomando la mano que le ofrecía, se dejó llevar de vuelta a la pista de baile, maravillándose de lo fácilmente que sus dedos parecían entrelazarse.

Mientras se movían con gracia a través de los pasos del baile, el peso de sus malentendidos pasados y el espectro amenazante de Grantleigh parecían desvanecerse, reemplazados por la simple alegría de estar en los brazos del otro. El toque de su mano en su cintura le enviaba escalofríos por la espalda, mientras que la intensidad de su mirada nunca se apartaba de la suya, como si fueran las dos únicas personas en existencia.

—¿Estás disfrutando, querida? —preguntó Rhys, con una nota de genuina preocupación en su voz.

—Inmensamente —respondió ella, sin apartar los ojos de los suyos—. No puedo recordar una velada más encantadora.

Mientras la melodía de un tierno vals llenaba el aire, Rhys hacía girar lentamente a Aurelia por la pista de baile. Sus manos entrelazadas y sus miradas fijas creaban un mundo íntimo que giraba únicamente en torno a ellos. Los murmullos de la multitud, el susurro de la seda y el encaje, el tintineo de las copas de cristal, todo se desvaneció hasta que solo quedaron las profundidades de los ojos del otro.

A su alrededor, los invitados del baile comenzaron a notar al Duque y la Duquesa de Stowe, tan completamente absortos el uno en el otro que parecían ajenos al resto del mundo. Los susurros comenzaron a extenderse entre la multitud, llevados en alas del chisme y la intriga, pero con un tono decididamente diferente al de antes.

—¿Alguna vez has visto una pareja más embobada el uno con el otro? —comentó Lady Carrington a su acompañante, Sir Henry Dorrance, mientras se abanicaba con fingida desaprobación—. Es bastante poco elegante que una pareja casada muestre tal afecto en público.

—En efecto —asintió Sir Henry, con los ojos brillando de diversión—. Uno pensaría que son recién casados en lugar de una pareja que ha sorteado las tormentas del escándalo y la adversidad.

—Quizás haya esperanza para el amor en este mundo cínico después de todo —reflexionó Lady Carrington, observando al duque y la duquesa con un suspiro nostálgico.

La marea de rumores, antes oscura con susurros de engaño y traición, ahora se volvía a favor de la pareja enamorada. Los invitados intercambiaban miradas cómplices y sonrisas indulgentes mientras Rhys y Aurelia pasaban bailando, envueltos en el capullo de su recién descubierta adoración mutua.

En el suave resplandor de la luz de las velas, Lady Lymsey se movía con gracia regia a través del mar de seda y joyas que era el salón de baile. Se deslizaba de un grupo a otro, sin que la sonrisa presuntuosa abandonara sus labios. Apenas podía contener su satisfacción ante la visión de su hija Aurelia y su yerno Rhys, cuyo amor brillaba como un faro en la sala tenuemente iluminada.

—Ah, calienta mi corazón ver triunfar al amor verdadero —murmuró a un grupo de damas, que asintieron en acuerdo y observaron a la pareja con una mezcla de envidia y deleite—. Su unión ha sido sin duda bendecida por la Providencia.

—En efecto, Lady Lymsey —respondió la Condesa de Jersey, sus ojos siguiendo al duque y la duquesa mientras se movían con gracia por la pista de baile—. Es raro encontrar tal devoción en estos tiempos modernos, un testimonio de la fuerza de su amor.

—Que todos seamos tan afortunados —suspiró Lady Montague, lanzando una mirada de pesar a su propio marido, que estaba enfrascado en una animada conversación con varios caballeros cerca de allí.

El reloj dio las doce, sus campanadas resonando a través de los salones dorados como el tañido de una campana distante. Fue una señal, parecía, para que la marea de chismes se retirara, dejando tras de sí solo susurros y suaves suspiros.

El baile se prolongó hasta altas horas de la madrugada, pero para Aurelia y Rhys, el tiempo parecía haberse detenido. Bailaron, rieron y hablaron de todo y de nada, contentos en la compañía del otro.

Cuando los últimos acordes de música se desvanecieron, Rhys levantó su mano y presionó un beso en sus nudillos. —¿Nos retiramos, mi amor? —Sus ojos estaban oscuros de significado, y el corazón de Aurelia dio un vuelco.

Ella le sonrió, con un rubor cálido floreciendo en sus mejillas. —Sí, creo que la noche ha llegado a su fin.

Por supuesto, no era así; aún tenían que despedirse de los últimos invitados que quedaban, y se acercaba el amanecer cuando finalmente subieron las escaleras. Aurelia estaba exhausta, pero no quería decirlo, no considerando la manera en que Rhys la había mirado antes, y de hecho aún la miraba ahora.

Se detuvieron frente a la puerta de su dormitorio, y él la miró profundamente a los ojos por un momento, su mano subiendo para rozar suavemente sus dedos por su mejilla.

—Nunca has estado más hermosa que en este preciso momento —dijo Rhys, con la voz un poco ronca—. Pero soy consciente de que has estado despierta durante muchas horas, y debes estar agotada.

—Estoy bien —protestó débilmente, pero ahora que la velada había terminado realmente, la combinación de nervios, emoción y temor que le hacía latir el corazón se estaba desvaneciendo, dejándola sintiéndose débil e incluso un poco temblorosa.

—Silencio —colocó un dedo con ternura sobre sus labios—. Tus doncellas sin duda están esperando para ayudarte a quitarte toda esta pesada tontería. Duerme un poco, Aurelia, y cuando despiertes, ven a buscarme. Necesitamos... hablar.

Ella lo miró perpleja. —¿Hablar? —repitió.

Él se rio, se inclinó y la besó. —Y más que hablar. Más tarde.

Ella se sonrojó, aún sin estar segura de qué quería decir exactamente, pero desesperada por averiguarlo. Él tenía razón en que estaba agotada, y ansiosa por quitarse las pesadas joyas y el

vestido que la constreñía, así que cuando él se alejó, ella suspiró y entró en su dormitorio.



Nervioso, Rhys caminaba de un lado a otro en su dormitorio. Había dormido poco, con la mente demasiado ocupada preguntándose si Aurelia realmente vendría a él, si por fin estaba lista para aumentar la intimidad de su matrimonio.

—No, gracias —espetó cuando su ayuda de cámara le ofreció traerle comida, y luego lo reconsideró—. En realidad, sí. Café. Y algunos pasteles.

—Como Su Gracia desee —Harris le lanzó una mirada sardónica y se retiró. Rhys reanudó su ir y venir.

Había estado esperando este momento durante tanto tiempo. La pasión que sentía por Aurelia había estado ardiendo dentro de él, anhelando ser liberada. Se había contenido, sin querer presionarla ni causarle ninguna incomodidad. Pero ahora, sentía que ella estaba lista, que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Finalmente, hubo un golpe en su puerta. Se dirigió ansiosamente a abrirla, revelando a Aurelia de pie allí, vistiendo solo una fina bata sobre su camisón, su cabello dorado cayendo en cascada sobre sus hombros.

—Aurelia —suspiró, tomando su mano y atrayéndola al interior—. Te he estado esperando.

—Lo sé —respondió ella suavemente, con una tímida sonrisa cruzando sus labios—. No podía dormir. No dejaba de pensar en ti.

La atrajo a sus brazos, sintiendo su calidez y suavidad presionando contra él. Sus labios encontraron los de ella en un beso feroz y posesivo, sus manos recorriendo su cuerpo. Ella gimió de placer, aferrándose a él, suave y dócil.

—Aurelia —murmuró contra su oído—. No he preguntado, pero... ¿sabes qué esperar del lecho conyugal?

Ella se sonrojó, pero mantuvo la mirada fija en sus ojos cuando él se apartó para mirarla. —Lo sé. Mamá me lo explicó. Y dijo... que no dolerá si confío en ti, y que... si te amo, incluso será placentero.

Rhys casi dejó de respirar, mirándola fijamente. —¿Y lo haces? —graznó finalmente, con la garganta tan seca que apenas podía pronunciar las palabras—. ¿Me amas?

—¡Por supuesto que sí! —Ella lo miró como si acabara de hacer una pregunta completamente tonta—. ¡Te adoro!

—Oh, Aurelia —la atrajo más cerca, llenando de besos su frente, sus mejillas, sus párpados cerrados—. Eres todo —susurró contra sus labios—. Todo.

Ella le sonrió, arqueándose sobre sus dedos de los pies para besarlo. —Entonces muéstramelo —suspiró.



Durante los primeros momentos después de despertar, Aurelia no pudo comprender del todo dónde estaba. La luz que entraba por la ventana llegaba en el ángulo más extraño, su cama era más firme de lo que estaba acostumbrada, y había algo extremadamente caliente tendido sobre su estómago.

Lentamente, a medida que despertaba por completo, se dio cuenta de que la luz estaba mal porque era el final de la tarde en lugar de la mañana, ni la ventana ni la cama eran las suyas, y la barra caliente en su estómago era, de hecho, el brazo de su marido. Él yacía profundamente dormido a su lado, con el rostro vuelto hacia el suyo sobre la almohada, el cabello oscuro cayendo sobre su frente. Con el rostro relajado por el sueño, parecía mucho más joven, y tan increíblemente apuesto que le quitaba el aliento.

Lo contempló por un largo momento, admirando su fuerte perfil y la amplia y sensual curva de sus labios. Extendió la mano y trazó el contorno de su nariz. Él se movió ligeramente, sus párpados temblando, pero no despertó.

Suspirando, se liberó suavemente de debajo de su brazo y se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. No estaba segura de cómo se sentía. Sabía que sería bueno, incluso mejor que bueno, pero nunca esperó que la experiencia fuera tan transformadora que nunca volvería a pensar en sí misma de la misma manera.

Rhys se movió, sus ojos se abrieron, despertando al instante de una manera que ella sospechaba que había aprendido como soldado. Al verla acostada a su lado, sonrió, lenta y satisfactoriamente.

—Buenos días, esposa —murmuró.

—Es por la tarde —dijo Aurelia, un poco descaradamente—. Pero buenas tardes.

Él se rio, estirándose para atraerla hacia sí. —La mejor tarde de mi vida, despertando contigo a mi lado.

Ella sintió un pequeño aleteo de calidez en su pecho y sonrió. —Disfruté... lo de antes —admitió, sin estar segura de cómo expresar lo que quería decir.

—Me alegro. ¿No estás adolorida?

Lo estaba, un poco, con músculos que nunca antes había usado doliéndole de una manera poco familiar. Rhys debió haber visto la verdad en su expresión, porque la besó solo una vez, lento y prolongado, antes de soltarla y sentarse.

—Deberías darte un baño caliente, remojarte bien. Haré que Harris llame a tus doncellas.

Aurelia asintió, agradecida por la sugerencia. Mientras Rhys se levantaba de la cama, ella notó los músculos de su espalda ondulando bajo su piel. Se movía con tanta gracia y poder que era imposible no sentirse atraída por él.

Mientras lo observaba vestirse, Aurelia no pudo evitar sentir una punzada de tristeza. Llevaban casados más de un mes, pero solo en las últimas horas se había sentido verdaderamente conectada con él. Antes de eso, habían sido dos extraños forzados a estar juntos por las circunstancias. Ahora, sentía como si hubiera encontrado a su alma gemela.

Rhys se volvió hacia ella, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios. —¿En qué estás pensando?

Aurelia dudó, pero decidió ser honesta. —Siento como si hubiera desperdiciado tanto tiempo, sin conocerte tan bien como te conozco ahora.

Él se detuvo, con las botas colgando de su mano, mirándola seriamente. —Tenemos el resto de nuestras vidas para llegar a conocernos. No te arrepientas de que nos tomáramos el tiempo para entrar lentamente en este matrimonio; yo no lo hago. Me habría arrepentido eternamente de haberte apresurado.

Él tenía razón, lo sabía, y el comentario era una prueba más de la bondad del hombre con el que había tenido la fortuna de casarse. Sonriendo para sí misma, Aurelia se acurrucó en las mullidas almohadas de la cama del Duque y esperó a sus doncellas.



# Capítulo Veinte

AURELIA SE MARAVILLABA DEL SOL INVERNAL QUE PROYECTABA una luz dorada sobre las elegantes fachadas de Bond Street. El día había estado lleno de deleite, mientras ella y su doncella Kate recorrían las tiendas más finas, seleccionando lujosas telas para futuros vestidos. Al acercarse a su carruaje que las esperaba, el corazón de Aurelia aleteaba de emoción, no solo por la alegría de sus compras sino también por saber que Rhys le había profesado su amor y que muy pronto estaría de nuevo en sus brazos.

Sin que Aurelia lo supiera, siniestras maquinaciones estaban en marcha. El plan de Grantleigh de sembrar discordia entre ella y Rhys había fracasado con el espectacular éxito de su baile, así que había recurrido a medidas más directas. El cochero de su carruaje, abrigado contra el viento frío con un grueso abrigo y una bufanda, no era el mismo hombre que las había llevado a Bond Street.

El lacayo ayudó a Aurelia y a su doncella a subir al carruaje antes de cargar sus paquetes y bultos en el maletero y subir al estribo trasero. Con un chasquido de sus riendas, el nuevo cochero puso en marcha los caballos.

Aurelia no se dio cuenta de que el carruaje se desviaba de la ruta que deberían haber tomado de regreso a la casa de la ciudad, no hasta que los gritos del lacayo le alertaron de que algo andaba mal. Sobresaltada, miró por la ventana para descubrir que el carruaje había girado hacia un callejón oscuro y se había detenido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kate con voz temblorosa.

—No lo sé. ¿Tate? —llamó Aurelia al cochero—. ¿James? ¿Qué está ocurriendo?

La puerta se abrió de golpe y Aurelia retrocedió instintivamente cuando un extraño subió al carruaje. El grito de Kate resonó solo por un breve momento antes de que el extraño la golpeara brutalmente en la cara, cortando el grito cuando Kate cayó hacia atrás, aturdida. Aurelia estaba

demasiado conmocionada incluso para intentar gritar o luchar, sus sentidos dando vueltas mientras el hombre le forzaba un saco áspero sobre la cabeza, apretándolo alrededor de su garganta. Desesperada por aire, su mente se arremolinó con pánico y confusión antes de sucumbir a la oscuridad.

Cuando recuperó la conciencia, Aurelia se encontró en una cámara desconocida, desprovista de calidez o comodidad. Se incorporó, con las manos temblando mientras observaba sus alrededores. La habitación estaba tenuemente iluminada por un fuego escaso, lo que le dificultaba ver. Miró a su alrededor, apenas pudiendo distinguir los límites de la habitación. Las antiguas paredes de piedra le hicieron pensar que ya no estaba en Londres, al menos.

—Ah, mi querida Aurelia, qué encantador verte despierta al fin —retumbó una voz profunda desde la puerta, una figura sombría avanzando hacia la tenue luz. Era Grantleigh, con una sonrisa retorcida deformando su rostro.

—¿Q-qué significa esto? —balbuceó Aurelia, el terror atenazando su corazón mientras luchaba por mantener una fachada de compostura.

—Venganza, por supuesto —se burló Grantleigh—. Estabas destinada a ser mía, habrías sido mía, pero Stowe te robó de mí.

—Rhys y yo nos amamos —declaró Aurelia, su voz suave pero firme—. Tus retorcidas fantasías no pueden cambiar eso.

—¿Amor? —escupió Grantleigh, sus ojos ardiendo de malicia—. Me aseguraré de que vuestra historia de amor termine en tragedia. Mataré a Stowe, heredaré el ducado, y entonces tú, mi querida, te convertirás en mi esposa después de todo.

La respiración de Aurelia se atascó en su garganta ante la monstruosa declaración, pero se negó a dejarle ver su miedo. En esa inquietante habitación, se juró a sí misma que encontraría una manera de escapar de las garras de Grantleigh, por el bien de su propia vida y del hombre que tanto amaba.

Estudiando a Grantleigh, se preguntó cómo pudo haber pensado alguna vez que era apuesto. Sus celos de Stowe, la cruel anticipación de tomar lo que legítimamente pertenecía a su primo, retorcían sus rasgos hasta la fealdad.

Se esforzó por mantener su voz tranquila y firme a pesar de su terror, decidida a no mostrarle lo asustada que estaba.

—Está usted equivocado, señor. Rhys nunca permitiría que me hiciera daño.

—Ah, pero ¿cómo puede protegerte cuando ni siquiera sabe dónde estás? —se burló Grantleigh, su risa haciendo eco en las paredes, perturbando aún más sus nervios ya de por sí destrozados.

Aurelia apartó la mirada de sus ojos febriles, encogiéndose sobre sí misma mientras observaba la habitación en busca de algún medio de escape. La luz parpadeante de las velas proyectaba sombras siniestras sobre las viejas paredes de piedra y los muebles gastados, una atmósfera opresiva que pesaba sobre ella como un sudario. Sin embargo, bajo el manto del miedo, una chispa de desafío ardía dentro de ella, alimentada por la certeza de que Rhys la encontraría, de que su amor prevalecería contra esta fuerza siniestra.

—Quizás lo subestima —susurró, sus dedos trazando el intrincado bordado a lo largo del borde de su vestido, observando atentamente a Grantleigh mientras caminaba hacia la chimenea. Sus ojos se dirigieron hacia la puerta, calculando; ¿podría llegar allí antes de que él pudiera atraparla?

—¿Subestimarlo? ¡Ja! —se burló Grantleigh, su atención momentáneamente atraída por una pintura en la pared, una escena de caza bastante sangrienta que Aurelia apenas podía soportar mirar—. Él no es nada comparado conmigo.

Aprovechando la oportunidad de su espalda vuelta, Aurelia se puso de pie ligeramente, sus faldas de seda susurrando contra el frío suelo de piedra mientras se dirigía hacia la puerta. Agarró el picaporte de latón, sus dedos temblando mientras imploraba silenciosamente que girara sin hacer ruido. Un rayo de esperanza brilló a través de la penumbra cuando la puerta se entreabrió, revelando el pasillo tenuemente iluminado más allá, y ella dio un paso adelante para deslizarse por la abertura, esperando desesperadamente poder cerrar y asegurar la puerta para atrapar a Grantleigh mientras hacía su escape.

—¿Vas a alguna parte, querida? —la voz de Grantleigh estaba cerca, demasiado cerca. Su mano se cerró sobre su brazo, arrastrándola de vuelta a la habitación incluso mientras ella gritaba su negativa. Su aliento, agrio con el aroma del brandy, sopló contra su mejilla mientras la tiraba hacia atrás.

—¡Suélteme! —gritó Aurelia, abrumada por la rabia y la frustración. Harta de intentar apaciguarlo, pateó y luchó mientras él la arrastraba hacia la cama, sus dientes encontrándose en su mano cuando él intentó cubrirle la boca para silenciarla.

—¡Arpía! —Grantleigh la soltó, mirando su mano sangrante con sorpresa.

Aurelia se puso de pie tambaleándose, con el corazón palpitante mientras se alejaba de él. No permitiría que la tocara de nuevo, no permitiría que la lastimara a ella o a Rhys. Con una feroz determinación, cerró los puños, lista para luchar con uñas y dientes si fuera necesario.

—No me tendrá —escupió, sus ojos ardiendo de indignación—. Nunca seré suya. Preferiría morir antes que ser su esposa.

El rostro de Grantleigh se retorció de rabia, sus ojos oscureciéndose con un hambre feroz. El corazón de Aurelia se hundió al darse cuenta de que lo había presionado demasiado, que ya no se conformaba con tenerla simplemente como su esposa. Quería quitarle todo, quebrar su espíritu y convertirla en su posesión. Quizás eso era lo que siempre había querido.

Con un gruñido, se abalanzó sobre ella, sus dedos extendiéndose para agarrarla una vez más, enredándose en su cabello.

Aurelia gritó cuando él tiró, forzando su espalda a arquearse dolorosamente.

—Pronto aprenderás quién es tu amo —siseó Grantleigh en su oído—. Voy a disfrutar quebrándote. Nunca imaginé que tuvieras tanto espíritu.

Le lamió la mejilla, y Aurelia se estremeció de horror, apenas capaz de moverse con su fuerte agarre en su cabello.

—Estoy sangrando —dijo Grantleigh con petulancia, y de repente Aurelia fue arrojada al suelo.

Jadeó cuando su cadera se conectó dolorosamente con el suelo de piedra, su cuero cabelludo ya escociendo y su cuello doliendo por su trato brusco. Para su alivio, él se dio la vuelta y salió de la habitación sin decirle otra palabra, presumiblemente para buscar un vendaje para su mano sangrante. Escuchó el chasquido de un cerrojo al cerrarse la puerta y se desplomó; no habría escapatoria por ese camino.

Levantándose rígidamente, se apresuró hacia las cortinas que ahora podía ver cubriendo una pequeña ventana. Estaba oscuro afuera, pero una media luna proyectaba suficiente luz para que ella viera que, aunque estaba en la planta baja del edificio en el que se encontraba, no habría escape a través de la ventana. Gruesos barrotes de hierro en el exterior convertían la habitación en una efectiva celda de prisión.

—¡Tengo que salir de aquí!

Forzando la ventana de guillotina a abrirse, agarró los barrotes, esperando desesperadamente que el mortero que los fijaba a la piedra pudiera estar desmoronándose con la edad, pero se mantuvieron firmes. Gimiendo, apoyó su frente contra uno de los barrotes, luchando contra las lágrimas mientras miraba hacia la noche. No podía desmoronarse, no podía ceder a la desesperación.

Una sombra se movió en la oscuridad, y Aurelia parpadeó, entrecerrando los ojos, tratando de distinguir qué era. Alguien estaba ahí afuera, pensó. Alguien tratando de no ser visto, deslizándose entre las sombras.

Y si esa persona estaba tratando de no ser vista, podría significar que era enemigo de Grantleigh... lo que podría significar, su aliado.

—¡Quienquiera que esté ahí, necesito ayuda! —llamó, tan fuerte como se atrevió—. ¡Por favor, ayúdenme!

La figura sombría se tensó, y luego lenta y cautelosamente se acercó a su ventana, manteniéndose aún en las sombras tanto como era posible, hasta que finalmente estuvo justo frente a ella. En la tenue luz del fuego, Aurelia miró con alivio el rostro sorprendido del hombre de Stowe, Jeremy Hale.

—¡Señor Hale! —jadeó.

—¿Su Gracia? —Parecía completamente horrorizado—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Grantleigh me hizo secuestrar. ¿Cómo es que usted está aquí?

—Estaba viajando hacia Londres cuando el carruaje del duque me pasó a una velocidad tremenda, dirigiéndose en la dirección opuesta. Sentí curiosidad por qué se había dirigido hacia este lado y pensé que algo podría estar mal - los seguí para ver si podía ser de ayuda. Cuando se detuvieron para cambiar los caballos, reconocí a uno de los hombres de Grantleigh y me escondí. Los seguí hasta aquí. ¿Está bien, Su Gracia? —Parecía profundamente preocupado, extendió la mano como para tocar tentativamente una de las suyas.

Aurelia realmente agarró su mano, desesperada por un toque tranquilizador, agradecida cuando él firmemente agarró la suya en respuesta, la piel áspera por el trabajo de su palma un toque estabilizador en su pánico. —Estoy bien. Aunque Grantleigh está aquí. ¿Puede sacarme?

Hale negó con la cabeza con pesar, destruyendo sus esperanzas. —Tiene más de una docena de hombres con él, y estoy solo. ¡No se desespere, Su Gracia! —Debió haber visto caer su rostro—. Sé dónde estamos - este es un pabellón de caza en desuso perteneciente a la finca Stowe, a unas pocas millas de High Wycombe en Buckinghamshire.

Ella respiró profundamente y asintió, poniendo su confianza en él. Hale parecía un hombre eminentemente bueno y sólido, y ella sabía que Stowe confiaba en él con su vida. —¿Tiene un plan?

—Sí - no me gusta dejarla aquí sola, pero cabalgaré hasta High Wycombe y enviaré mensajeros directamente a Londres, con la esperanza de que quizás uno de ellos alcance a Su Gracia en el camino hacia aquí. Los hombres de Grantleigh fueron estúpidos al no cambiar el coche. Los carruajes con escudos ducales llaman la atención, especialmente cuando van con tanta prisa. No tengo duda de que Su Gracia está siguiendo el rastro de cerca.

Aurelia tampoco tenía duda de ello, y su corazón se hundió al darse cuenta de por qué Grantleigh no había intentado cubrir sus huellas. Planeaba atraer a Rhys aquí y luego matarlo.

—Localizaré al magistrado en High Wycombe, reuniré algunos hombres y volveré aquí tan pronto como pueda —estaba diciendo Hale—. Estaremos de vuelta antes del amanecer.

¿Se rendiría Grantleigh, cuando se enfrentara a una fuerza abrumadora? ¿Se rendirían sus hombres, si se les amenazara con la ley - se enfrentarían a la horca por ser cómplices en el secuestro de una duquesa. Entregándose, podrían evitar la soga. Tenía que tener esperanza.

—Mantenga a Stowe alejado —dijo Aurelia con urgencia—. Grantleigh pretende matarlo. No debe arriesgarse.

Hale asintió, su expresión seria. —Cabalgaré a High Wycombe inmediatamente. Quédese aquí y manténgase en silencio, Su Gracia. Volveré por usted tan pronto como pueda, con ayuda.

Con eso, desapareció de nuevo en las sombras, dejando a Aurelia sola una vez más en la oscura y amenazante habitación. Se hundió en el suelo, sintiéndose como una prisionera indefensa una vez más.

Pero esta vez, tenía esperanza. Tenía un aliado, y tenía el conocimiento de que la ayuda estaba en camino. No podía dejarse vencer ahora, incluso si tenía la terrible sensación de que Grantleigh nunca la dejaría ir, probablemente la mataría antes que dejar que Rhys la recuperara.

Aurelia cerró los ojos, concentrándose en su respiración, en la inhalación y exhalación rítmica de aire. No podía dejarse desmoronar. Tenía que mantenerse fuerte, mantenerse determinada.

Pasaron las horas, y los nervios de Aurelia estaban al límite mientras trataba de mantener la calma. Tenía la terrible y hundida sensación de que nunca volvería a ver a Rhys.

El amanecer estaba rompiendo, las primeras lanzas de pálida luz rayando el horizonte oriental, cuando la puerta de su habitación se abrió de golpe y Grantleigh bloqueó la entrada, con furia grabada en su rostro.



# Capítulo Veintiuno

EL SEMBLANTE SOMBRÍO DE HARRIS LE DIJO A Rhys que las noticias eran malas antes de que su ayuda de cámara pronunciara una palabra.

Un nudo se formó en la boca de su estómago. —¿Qué has encontrado? —Su voz era firme, ocultando el tumulto interior.

—Encontramos a la doncella Kate y al lacayo James en un callejón entre aquí y Bond Street, mi señor. Y a su cochero también. Golpeados y dados por muertos —Los nudillos de Harris se blanquearon alrededor de la bandeja de plata que llevaba—. Y la duquesa... ha desaparecido.

El pánico surgió, una bestia furiosa arañando para liberarse, pero Rhys lo contuvo. Debía mantener la calma. La vida de Aurelia dependía de ello.

—Envía hombres a registrar la ciudad —ordenó—. Busquen en cada posada, en cada cuchitril. No dejen piedra sin remover.

En cuestión de minutos, todos los hombres de la casa se habían dispersado por las calles de Londres. Rhys caminaba de un lado a otro frente a la chimenea, sus botas resonando sordamente sobre la alfombra Aubusson. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? Nunca debió haberse apartado del lado de Aurelia, ni por un momento. Si le ocurría algún daño, nunca se lo perdonaría.

Después de lo que pareció una eternidad, un lacayo regresó con noticias. —Vieron su carruaje dirigiéndose hacia el oeste de la ciudad, mi señor.

Rhys salió disparado hacia los establos, su corazón latiendo tan fuerte como los cascos de Brutus sobre los adoquines. Le había fallado a Aurelia una vez hoy. No lo haría de nuevo.

Urgiendo a Brutus a galopar, Rhys salió de Londres tan rápido como el noble animal podía llevarlo. El viento cortante arrancaba lágrimas de sus ojos, o quizás eran suyas propias.

En algún lugar adelante, Aurelia lo necesitaba. Y él iba por ella.

Las horas pasaron en un borrón de setos y campos ondulantes, deteniéndose brevemente en posadas para preguntar si habían visto su carruaje, y luego continuando una vez que recibía confirmación de que estaba en el camino correcto. Rhys empujó a Brutus sin piedad, impulsado por el miedo y la desesperación, y el valiente corcel respondió noblemente, tal como lo había hecho en cada campo de batalla que los dos habían sobrevivido en el continente. Cayó la oscuridad, y aún seguía cabalgando, el terror corriendo por sus venas.

Cuando un jinete que se acercaba detuvo su caballo, haciendo señas a Rhys para que se detuviera, quiso seguir de largo, ignorar al otro hombre. Sin embargo, el jinete giró su caballo frente a Rhys, haciendo que Brutus se encabritara y relinchara su descontento. Instintivamente, Rhys alcanzó su arma.

—¡Alto, Su Gracia! —gritó el hombre, con los ojos abiertos de alarma—. ¡Tengo noticias de su esposa!

Rhys bajó su pistola, con el pulso aún acelerado. —¿Qué noticias de Aurelia?

—Su hombre, el señor Hale, avistó su carruaje dirigiéndose hacia el viejo pabellón de caza. Parece que Lady Aurelia está siendo retenida allí contra su voluntad.

La bestia arañó de nuevo la compostura de Rhys, con garras más afiladas que antes. —¿Entonces qué estás esperando? ¡Llévame con ella de inmediato!

—El señor Hale lo está esperando con el magistrado en High Wycombe. Por favor, el magistrado quiere verlo primero.

Rhys apretó los dientes, sin desear nada más que correr hacia el pabellón de caza, matar a Grantleigh de un tiro y recuperar a Aurelia inmediatamente. Pero Jeremy Hale era un hombre sensato con la cabeza fría, algo que Rhys era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que él mismo carecía en ese momento. Hale no permitiría que Aurelia fuera puesta en más peligro del que ya estaba.

—Muy bien —espetó—. Guía el camino... ¡pero date prisa!

El hombre miró a Brutus, sudoroso y cubierto de espuma, pero asintió. Avanzaron a un ritmo constante hacia High Wycombe, donde un edificio estaba iluminado, con hombres reuniéndose afuera portando antorchas encendidas.

Un hombre se apresuró a tomar a Brutus cuando Rhys desmontó.

—Lo he cabalgado demasiado duro —dijo Rhys con pesar, poniendo una mano en el cuello sudoroso del caballo—. ¿Puedes cuidarlo... y encontrarme otro caballo?

—¡Sí, de inmediato, Su Gracia!

—¡Está aquí! —Hale estaba silueteado en la puerta. Una mirada al rostro de Rhys y salió para tomar su brazo—. Entiendo su urgencia —dijo Hale—, pero debemos proceder con cautela. Los hombres de Grantleigh le dispararán a la vista.

Rhys se burló. —Que lo intente. —Otro caballo estaba siendo traído y dio un paso hacia él, con toda la intención de montarlo y seguir adelante.

Hale agarró el brazo de Rhys, deteniendo su avance. —¡Piense, hombre! Si lo matan, ¿qué será de Aurelia?

Rhys luchó contra el impulso de lanzar un puñetazo. Pero Hale tenía razón. Necesitaba una cabeza fría ahora más que nunca.

—Muy bien —espetó—. ¿Qué propones?

—Nos acercaremos al pabellón bajo el amparo de la oscuridad, cuando los hombres de Grantleigh estén más vulnerables. Ha llegado antes de lo que esperaba; nos estábamos preparando para partir y planeábamos rodear la propiedad, sin dejarle oportunidad de escapar.

Rhys apretó la mandíbula, aborreciendo la idea de esperar un minuto más. Pero por el bien de Aurelia, haría lo que fuera necesario.

—Reúne a los hombres y vámonos —dijo, y Hale asintió, soltando su agarre del brazo de Rhys.

—Me alegra que esté pensando con claridad. La recuperaremos, Stowe. Lo juro.

—Si Grantleigh le ha hecho daño aunque sea a un cabello de su cabeza... —Rhys ni siquiera pudo terminar el pensamiento.

—Lo colgarán por lo que ha hecho —Hale lo terminó por él—. Ni siquiera su rango lo protegerá de esto.

El pabellón de caza estaba tenuemente iluminado, una ruinosa mansión jacobina dejada pudrir en la naturaleza. Rhys apenas recordaba que pertenecía a la finca Stowe; su padre la había abandonado por considerarla indigna de la atención ducal. Mientras el magistrado golpeaba las puertas delanteras, exigiendo la liberación de la Duquesa, Rhys escudriñaba las ventanas en busca de alguna señal de movimiento.

Allí: un parpadeo de luz en una habitación del piso superior. Una sombra moviéndose a través de las cortinas. Luego un grito resonó en la noche.

El corazón de Rhys se detuvo. —¡Aurelia!

Sin tener en cuenta el peligro, cargó hacia adelante. Pero antes de que pudiera alcanzar las puertas, estas se abrieron de golpe con un estruendo.

—¡No sabíamos que no era una duquesa! —gritó una voz—. ¡No queremos tener nada que ver con esto!

—Salgan con las manos en alto —respondió Hale a gritos, acercándose a Rhys y agarrándolo del brazo—. Espera, Stowe —dijo en voz baja—. Los hombres de Grantleigh están abandonando el barco que se hunde. Puede que podamos hacerlo entrar en razón.

—¡Ese grito! —Rhys apenas podía pensar.

—Ella es su única moneda de cambio, Stowe; no la desperdiciará.

—¿Tienes idea de lo que podría estar haciéndole? —Rhys se volvió hacia Hale—. Lo que ya intentó hacerle...

—¡Deténganse donde están! —La voz de Grantleigh resonó desde arriba. Rhys miró hacia arriba para encontrar al villano inclinado sobre el borde del tejado, con Aurelia agarrada frente a él como un escudo—. ¡Un paso más y ella muere!

—¡Suéltala, cobarde! —rugió Rhys, con la furia hirviendo en sus venas—. ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

—Al contrario —se burló Grantleigh—. La Duquesa es lo único que mantiene tu corazón latiendo. ¿Qué será, Stowe? ¿Tu vida o la de ella?

Aurelia gimió cuando la pistola se clavó en la tierna piel de su garganta. La visión desató algo primario en Rhys—una ferocidad protectora, tan consumidora como fútil. Estaba impotente aquí, a merced de un loco.

Todo lo que podía ofrecer era la verdad. —Si le haces daño, no vivirás para arrepentirte.

—Palabras audaces. —Grantleigh tiró de Aurelia acercándola más, deleitándose con su grito de dolor—. Pero ambos sabemos que no te arriesgarás. Ahora, tira tu arma y entra solo. O arrojaré a la Duquesa de este tejado, y su sangre estará en tus manos.

Rhys miró a la mujer que tenía su corazón, con la visión borrosa por la angustia y la rabia. Nunca se había sentido tan desgarrado, ni tan impotente. Sus nudillos se pusieron blancos sobre la empuñadura de la pistola, con cada instinto rebelándose contra la rendición.

Pero al final, no había elección. No cuando la vida de Aurelia estaba en juego.

Con dedos temblorosos, descargó su arma y la dejó caer. Levantando las manos, caminó a través de las puertas hacia la oscuridad, ignorando las súplicas de Hale para que no fuera.



La cabaña estaba oscura y mohosa, con telarañas aferradas a las vigas. Rhys subió las escaleras lentamente, consciente de la madera podrida bajo sus pies, con los pelos de la nuca erizados. ¿Se

habían rendido todos los hombres de Grantleigh, o estaba a punto de ser emboscado por media docena de hombres o más?

Al final de un corto pasillo, Grantleigh estaba de pie con Aurelia apretada contra él, su pálido rostro grabado con terror.

Rhys se detuvo a varios pasos de distancia, con el pulso acelerado. —Suéltala. Me tienes ahora, no hay necesidad de amenazar a una mujer inocente.

—¿Inocente? —se burló Grantleigh—. La Duquesa de Stowe es muchas cosas, pero inocente no es una de ellas. Ahora, de rodillas. No lo pediré de nuevo.

Cada instinto se rebelaba ante la orden, con el orgullo y la furia en guerra dentro de él. Pero cuando Aurelia gimió de dolor, la batalla terminó. Rhys se arrodilló lentamente, sin apartar la mirada de la de ella. *Te sacaré de esto, mi amor. Lo juro.*

—Muy bien. —Una sonrisa cruel torció los labios de Grantleigh mientras empujaba a Aurelia a un lado—. Ahora, es ojo por ojo, Stowe. Tú destruiste mi vida, así que yo destruiré la tuya.

La pistola se alzó, apuntando hacia Rhys. Apretó los dientes, esperando que Grantleigh fuera aún tan mal tirador como lo había sido cuando eran más jóvenes y recién estaban aprendiendo a disparar; solo podía haber un tiro en esa pistola y entonces... Hale se aseguraría de que Grantleigh no sobreviviera la noche, si Rhys no podía encargarse de ello él mismo.

Un disparo de pistola partió el aire, acompañado del grito de Aurelia.

—¡No! —Su grito resonó por la cabaña, y se retorció como una gata salvaje, arañando el rostro de Grantleigh con sus uñas incluso cuando la pistola se disparó. Con un grito de rabia, Grantleigh la golpeó brutalmente en la boca con el dorso de la mano, enviándola al suelo.

Rhys sintió la bala pasar silbando junto a su mejilla, escuchó el crujido sordo cuando se incrustó en la pared detrás de él. Con un rugido, se lanzó sobre Grantleigh, arrebatándole la pistola de la mano. Grantleigh tropezó hacia atrás contra la pared, con los ojos abiertos de pánico, pero Rhys estaba sobre él en un instante. Estrelló su puño contra la cara de Grantleigh, deleitándose con el crujido de huesos rotos y el rocío de sangre.

—¡Miserable canalla! —Rhys agarró a Grantleigh por las solapas y lo sacudió violentamente—. ¡Cómo te atreves a amenazarla! ¡Debería matarte donde estás!

Grantleigh balbuceó incoherentemente, agarrándose la nariz seguramente rota. Rhys echó atrás el puño de nuevo, con la visión nublada por la rabia, pero entonces una suave mano agarró su brazo.

—Rhys, detente. —El tono suave de Aurelia cortó a través de su ira, trayéndolo de vuelta a sí mismo—. No vale la pena.

Rhys parpadeó, jadeando duramente mientras miraba la figura arrugada y acobardada de Grantleigh. Sus nudillos dolían, ensangrentados por los golpes que había dado, pero el dolor no era nada comparado con la angustia que Grantleigh le había hecho pasar a Aurelia. No deseaba nada más que golpear al hombre hasta dejarlo inconsciente.

Pero Aurelia tenía razón. Grantleigh no valía la pena.

Con un tremendo esfuerzo, Rhys desapretó los puños y soltó la chaqueta de Grantleigh. Retrocedió un paso, frotándose la cara con la mano mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Sáquenlo de mi vista —escupió—, antes de que cambie de opinión.

Hale y los hombres del magistrado se apresuraron a agarrar a Grantleigh, que solo pudo gemir en respuesta. Mientras lo arrastraban fuera de la cabaña, Rhys se volvió y envolvió a Aurelia en sus brazos una vez más, aferrándose a ella como si solo ella pudiera ahuyentar la oscuridad que había amenazado con consumirlo.

Rhys se apartó para mirar a Aurelia, apartando un rizo rebelde de su mejilla. —¿Estás herida? —preguntó con voz ronca—. ¿Te hizo daño?

Aurelia negó con la cabeza, sus propios ojos suaves de preocupación mientras lo miraba. —No, estoy ilesa. Pero ¿y tú? —Trazó con un dedo la herida en su labio, frunciendo el ceño—. Estás sangrando.

—No es nada. —Capturó su mano y presionó un beso en su palma, sin querer soltarla ni por un momento—. Mientras estés a salvo, nada más importa.

—Y tú —insistió Aurelia—. Tú me importas, Rhys. Prométeme que no volverás a hacer algo tan temerario de nuevo.

Rhys hizo una mueca, sabiendo que ella se refería a enfrentar a Grantleigh solo. No debería haberla puesto en peligro de esa manera. —Lo siento —dijo—. Tienes razón, fue una tontería y una imprudencia. Te prometo que no volveré a actuar tan precipitadamente.

Aurelia lo estudió por un largo momento antes de asentir, aparentemente satisfecha con su promesa. —Muy bien. Volvamos a casa, entonces.

Rhys abrazó a Aurelia con fuerza, hundiendo su rostro en el cabello de ella y respirando su familiar aroma a lavanda. Su corazón se hinchó casi hasta estallar de gratitud y amor por esta mujer que había cambiado tan profundamente su vida.

Por el rabillo del ojo, vio a Jeremy Hale y al magistrado arrastrando la forma maltrecha y ensangrentada de Grantleigh hacia los agentes que esperaban. Se haría justicia, pero en este momento a Rhys apenas le importaba. Todo lo que importaba era que Aurelia estaba a salvo en sus brazos.

—Creí que te había perdido —susurró ferozmente contra su sien—. Cuando te vi en ese tejado, yo... —Su voz se quebró y la estrechó aún más fuerte.

Los brazos de Aurelia lo rodearon, su abrazo igual de desesperado. —Calla, amor mío. Estoy aquí, estoy ilesa. Estamos juntos de nuevo, y nada nos separará. —Se apartó para encontrar su mirada, sus propios ojos brillando de emoción—. Me salvaste, Rhys. Una vez más, eres mi campeón.

Rhys negó con la cabeza, con la garganta demasiado apretada para hablar. No había hecho nada más que lo que cualquier hombre haría por la mujer que amaba. Aurelia era su corazón, su hogar, su todo. Asaltaría las puertas del mismo infierno para mantenerla a salvo.



# Epílogo

AURELIA RESPIRÓ HONDO, INHALANDO LOS AROMAS FAMILIARES DE su hogar mientras ella y Rhys entraban por las puertas principales de Stowe Park una vez más: cera de abeja, bergamota y libros viejos. Después de tantas pruebas, habían creado este refugio juntos. Su amor había prevalecido contra todo pronóstico, y pronto darían la bienvenida a una nueva vida.

Rhys la miró, con los ojos brillando de ternura.

—¿Cansada, mi amor?

—Un poco —los eventos de la temporada habían cobrado su precio, aunque ella nunca lo admitiría. Ahora en su séptimo mes, cada actividad era un esfuerzo de voluntad. Pero había resistido, con la cabeza en alto, por el bien de Rhys y el suyo propio. Para demostrar que pertenecía allí.

Él le apretó la mano, comprendiendo sin palabras, y la guió hacia la sala de estar.

—Ven, siéntate junto al fuego. Un poco de té y pastel te reanimará.

Ella se hundió en un sillón de terciopelo con un suspiro.

—Me mimas demasiado.

—Tonterías. Mereces que te mimen —Rhys le arropó las piernas con una manta de cachemira y se ocupó de prepararle el té de la bandeja que las criadas habían traído.

Aurelia lo observaba, con el corazón rebosante. Habían construido una vida de momentos simples como estos, un refugio de calidez y consuelo para los momentos en que podían retirarse del torbellino social de Londres. Y pronto, si Dios quería, se llenaría con la risa de los niños.

Sabía que no había poder en la tierra que pudiera derrotar su amor. Habían triunfado, y seguirían triunfando, contra cualquier obstáculo.

Aurelia posó una mano sobre su vientre redondeado, imaginando que podía sentir al bebé moviéndose en su interior. Un hijo, esperaba. Un heredero para que Rhys lo mimara y consintiera aún más de lo que la consentía a ella.

Sus labios se curvaron ante el pensamiento. Rhys se acercó con su taza de té y un plato de pastel y se detuvo, cautivado por su sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en ti y en nuestro bebé. La expresión en tu rostro cuando lo sostengas por primera vez.

Los ojos de Rhys brillaron. Dejó la taza y el plato en una mesa y se arrodilló frente a su silla, cubriendo la mano de ella con la suya.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, Aurelia. Tú y este niño son los regalos más grandes que podría recibir jamás.

—Como tú lo eres para mí —susurró ella.

Él le besó la palma de la mano, luego la muñeca, enviando un delicioso escalofrío por todo su cuerpo.

—¿Debes desarmarme así? —Su voz se había convertido en un murmullo ronco que resonaba profundamente en ella.

—Rhys —su nombre escapó de sus labios en un suspiro.

Una sonrisa conocedora curvó sus labios.

—Mi amor, nunca me cansaré de oírte decir mi nombre de esa manera —se levantó y la tomó en sus brazos—. Retirémonos arriba.

Ella entrelazó sus brazos alrededor de su cuello, completamente feliz.

—Sí, vamos.

Juntos, como siempre, enfrentarían cualquier alegría o prueba que el futuro les deparara. Pero por ahora, solo se tenían el uno al otro, y a su futuro hijo para darle la bienvenida al mundo, y eso era suficiente.

***~ Fin ~***

¿Has leído mi novela premiada sobre una novia fugitiva y el laird escocés que se casa accidentalmente con ella? ***La Novia Dijo No*** ganó el premio al Libro Romántico del Año (Novela) de los Romance Writers of Australia en 2024. ¡Lee un capítulo de muestra!



# La Novia Dijo No - Capítulo de muestra

—¡LLEGAS TARDE!

Aidan MacAndrew parpadeó ante su madre mientras ella abría de golpe la puerta principal de su casa señorial en Edimburgo y prácticamente le gritaba.

—A mí también me alegra verte, madre —dijo plácidamente mientras subía los escalones, asintiendo al mozo que llevaba su caballo a las caballerizas—. ¿Cómo has estado?

—Oh, no empieces —pero Fiona MacAndrew sonrió y se puso de puntillas para besarle la mejilla cuando él se detuvo frente a ella.

—¿Dónde está Gallagher, o has decidido asumir las funciones de mayordomo?

—Aquí, mi señor —entonó una voz lúgubre, y Aidan miró más allá de su madre para ver al mayordomo frunciendo el ceño con desaprobación—. Lady MacAndrew fue un poco precipitada...

—¡Por supuesto que lo fui, llega tarde! —declaró Fiona, agarrando el brazo de Aidan y girándolo para hacerlo bajar los escalones.

—Madre, acabo de llegar —objetó Aidan, tratando de liberar su brazo de las tenaces garras de ella—. Tenía la esperanza de tomar un refrigerio antes de que me arrastres a cualquier recado que tengas en mente.

—No es un *recado*, hijo mío. —Ella lo miró fijamente—. Espera. ¿No recibiste mis cartas? ¿No estuviste en Loch Loyne?

—No, he estado en Raasay. No pasé por Loyne de camino aquí. —Era evidente que las cartas que ella había enviado aún no lo habían alcanzado.

—Bueno, eso explica las cosas. ¡Tu primo se casa esta mañana, y hasta que llegaste cabalgando hace un momento, estaba desesperada pensando que no asistirías! Ahora, *vamos*, Aidan, o llegaremos tarde.

Suspirando con resignación, Aidan pospuso a regañadientes sus sueños de una deliciosa comida y un baño caliente por unas horas, y caminó con su madre mientras ella lo arrastraba por la calle.
—¿Qué primo? —preguntó, rindiéndose a lo aparentemente inevitable.
—Donal.
Aidan se quedó inmóvil, mirando a su madre. —Perdona —dijo después de un momento de silencio—, ¿has dicho que *Donal* se va a casar?
—En efecto. —Fiona sonrió radiante, alisando su falda con la mano libre—. Tu tía está encantada. Pensó que nunca le encontraría otra esposa después de, bueno... ya sabes.
*Después de los rumores de que asesinó a su primera esposa.*
Aidan no lo dijo en voz alta. Donal MacAndrew era la oveja negra de la familia, y aunque nunca se había probado nada, Aidan creía firmemente que Donal era capaz de lo que se le había acusado. Shona MacAndrew había dado a su marido dos hijas, ambas bebés enfermizas que no sobrevivieron a su primer año, y luego ella misma pereció en una caída por las escaleras. Los rumores decían que Shona llevaba meses negándole a Donal su lecho antes de eso.
Aidan no comentó nada de esto, solo dijo: —No había ningún indicio de esto hace un mes. ¿Quién es la novia, entonces?
—Emily Mortlake —dijo Fiona con suficiencia—. La *Honorable* Emily Mortlake, para ser exactos. Inglesa —hizo una pequeña mueca de disgusto—, pero de *tan* buena familia. ¡El vizconde de Leverton es su padre, y el tío de su madre es un duque!
A Aidan no le impresionaban los títulos. Como jefe del clan, él mismo tenía media docena. Lo que quería saber era cómo, precisamente, su primo bueno para nada había conseguido una novia inglesa tan bien conectada, y si era demasiado tarde para advertir a su familia y detener la boda sin crear un escándalo de proporciones serias.
Y muy probablemente era demasiado tarde, se dio cuenta cuando llegaron frente a la iglesia al final de la calle y vio a la multitud reunida que entraba. Ya debía haber un centenar de invitados; esto no era algo que se hubiera organizado apresuradamente en un día o dos. La mayoría del clan MacAndrew extendido estaba presente, lo que significaba una semana de viaje para algunos de ellos.
*¿Esperó Donal deliberadamente a que yo dejara Edimburgo para poner las cosas en marcha, y luego retrasó informarme por temor a que interviniera?* Aidan no dudaría que su primo hubiera interceptado las cartas de Fiona también.
El propio Donal estaba de pie junto al altar, impecablemente vestido y sonriente, la imagen de un novio ansioso. Un rostro hermoso ocultaba un temperamento feo, como Aidan sabía muy bien.

Donal era cuatro años mayor y hasta que Aidan creció lo suficiente para defenderse, Donal se deleitaba atormentándolo. Donal no parecía encantado de verlo ahora, mientras Aidan acompañaba a su madre a un asiento en el banco delantero, saludaba a su tía que ya estaba sentada allí, y tomaba su propio asiento.

El organista de la iglesia tocó una nota, y la congregación parlanchina se calló. Unos momentos después, Aidan vio por primera vez a la mujer que aparentemente había aceptado casarse con su primo mientras caminaba por el pasillo del brazo de su padre.

Era alta, esa fue su primera impresión. Tan alta como su padre, o presumía que era su padre quien la escoltaba. Esbelta. Cabello claro, un poco demasiado pálido para llamarlo dorado, recogido en elaboradas trenzas y rizos alrededor de su rostro. Vestida costosamente con una seda de color lavanda pálido con más encaje del que le quedaba bien.

La Honorable Señorita Emily Mortlake también estaba pálida como una sábana, temblando como una hoja en la brisa, y definitivamente arrastrando los pies mientras su padre prácticamente la arrastraba por el pasillo.

*Esto me gusta cada vez menos.*

El ministro comenzó la ceremonia con una bienvenida y una bendición, pero Aidan escuchó poco de ello, su atención fija en la mano de la Señorita Mortlake. No descansaba casualmente sobre la manga de su padre. Estaba siendo sostenida allí por un agarre de nudillos blancos, la mano del hombre alrededor de su muñeca como un grillete.

*Ella no quiere estar aquí.*

—Si algún hombre puede mostrar justa causa por la que no puedan ser legalmente unidos, que hable ahora o calle para siempre —dijo el ministro.

La iglesia estaba en silencio. Donal le lanzó una mirada a Aidan y negó ligeramente con la cabeza. Bien podría haber gritado *¡No interfieras!*

A su lado en el banco, su madre se movió. Aidan bajó la mirada y encontró tanto a su madre como a su tía mirándolo con expresiones idénticas y suplicantes.

Y por el bien de su familia, Aidan guardó silencio.

—Lo haré —dijo Donal unos momentos después, en respuesta a la siguiente pregunta del ministro.

—¿Y tú quieres tomar a este hombre como tu legítimo esposo, para vivir juntos según la ordenanza de Dios en el santo estado del Matrimonio? ¿Le obedecerás y le servirás, le amarás, honrarás y cuidarás en la enfermedad y en la salud; y, renunciando a todos los demás, te

mantendrás sólo para él, mientras ambos viviereis? —preguntó el ministro a la novia, con un tono casi aburrido mientras hacía la pregunta de rigor.

Hubo un breve silencio. Aidan vio que los dedos del padre de Emily se apretaban aún más alrededor de su muñeca, lo suficientemente fuerte como para dejarle un moretón, pensó, y comenzó a dar un paso adelante, sin saber siquiera en su mente qué iba a hacer.

—No.

*¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee **La Novia Dijo No** ahora!*



# Otros libros de la autora Catherine Bilson

**LA SERIES Las Novias Ruborizadas**

**Un Conde para Ellen**

**Un Marqués para Marianne**

**Un Duque para Diana**

**Un Capitán para Clarissa**

**Su Querida Duquesa**

**La Novia Dijo No**

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!